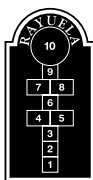






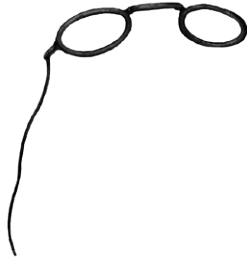
# PRIMEROS CUENTOS





# PRIMEROS CUENTOS

Joaquim Maria Machado de Assis



Traducción  
Eduardo Langagne

Textos de Difusión Cultural  
Serie Rayuela



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
Coordinación de Difusión Cultural  
Dirección de Literatura  
México, 2017

Esta traducción ha sido posible por el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, a través del Sistema Nacional de Creadores, del que el traductor es miembro.

Primera edición: septiembre de 2017

D.R. © de la traducción: Eduardo Langagne

D.R. © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México  
Coordinación de Difusión Cultural  
Dirección de Literatura  
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán  
C.P. 04510 México, Distrito Federal

Diseño de portada: Roxana Deneb y Diego Álvarez

ISBN: 978-607-02-9602-4

ISBN de la serie: 968-36-3762-0

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Todos los derechos reservados.

*Impreso y hecho en México*

Mi agradecimiento especial a Paola Velasco,  
por sus cuidados y sugerencias.





## PRÓLOGO

### MACHADO DE ASSIS: PRIMEROS CUENTOS

Joaquim Maria Machado de Assis es uno de los mayores autores literarios de nuestro continente. Este libro reúne algunos de sus primeros cuentos y añade otros dos, escritos en épocas posteriores y cercanas, para dar una perspectiva más amplia de su obra. Los textos proceden de dos de los volúmenes de su amplia bibliografía: *Contos fluminenses* (*Cuentos fluminenses*), su primer libro de cuentos, y *Papéis avulsos* (*Papeles sueltos*).

*Cuentos fluminenses* reúne páginas que Machado de Assis publicó entre junio de 1864 y enero de 1869 en el *Jornal das Famílias*, un periódico que se imprimía en la propia ciudad de Río de Janeiro y que editó B.L. Garnier, Livreiro-Editor en febrero de 1870. Ahí aparecieron siete cuentos, cinco de los cuales se ofrecen en esta edición. Vale comentar que fluminense es el gentilicio que refiere a los nacidos en el estado de Río de Janeiro. Los nacidos en la propia ciudad de Río son llamados cariocas, palabra que por error se utiliza en México y otros lugares para aludir a los ciudadanos del Brasil en su conjunto. En 1870, cuando aparece la primera edición de *Cuentos fluminenses*, Machado de Assis ya era un escritor consagrado, había publicado crítica teatral y diversos artículos, además de poesía. Había también hecho público, en 1864, su primer libro de poemas, *Crisálidas*.

*Papeles sueltos*, por su parte, fue publicado en octubre de 1882 con una nota firmada por el escritor carioca, donde apunta que el título dado al volumen:

hace creer que el autor compiló varios escritos de diverso orden con el fin de no extraviarlos. La verdad es esa, sin que sea esa exactamente. Son dispersos, sí, pero no llegaron aquí como pasajeros que coinciden al entrar en el mismo hostal. Son personas de una sola familia a quienes la obligación del padre los llevó a sentar a la misma mesa. En cuanto a su género, no sé qué decir que no sea inútil. El libro está en las manos del lector. Diré solamente que si hay aquí páginas que parecen meros cuentos y otras que no lo son, me defiendo de las segundas al decir que los lectores de las otras pueden encontrar en ellas algún interés [...].

Después de la compilación y edición de esos materiales sueltos, Joaquim Maria Machado de Assis tuvo oportunidad de revisar las dos nuevas impresiones de los primeros cuentos, que aparecieron en marzo y en octubre de 1899 prácticamente idénticas a las publicadas originalmente. En ellas incorporó algún pequeñísimo cambio que ya se encuentra en la versión de la Editora Globo de 1997 —referencia de esta traducción— que actualizó la ortografía con las reglas vigentes en el momento de su impresión. Adicionalmente, cotejé la edición electrónica de 2011 de *Cuentos fluminenses*, de la Fundación Casa de Rui Barbosa, anotada por la investigadora Marta de Senna, apoyada por Ana Maria Vasconcelos Martins de Castro, cuya consulta me permitió incorporar en este prólogo algunos datos de la vida y obra de Machado de Assis como, por ejemplo, que en las ediciones recientes de sus libros suelen mantenerse ciertas formas ortográficas utilizadas por el escritor, que aunque actualmente estén en desuso aún son consignadas por los principales diccionarios de la lengua portuguesa.

Hacia 1876, por su cargo público, al mulato Machado de Assis le tocó intervenir en los diversos procesos posteriores a los decretos de la abolición de la esclavitud. Un contexto valioso para tomar en cuenta por el lector es que desde 1870 ya se habían adoptado medidas antiesclavistas en el Brasil, aunque dos años después, en 1872, cuando se realizó el primer censo demográfico como parte de las políticas innovadoras de don Pedro II durante el periodo imperial, todavía eran esclavos un millón y medio de los diez millones de brasileños. En ese año, casi doscientos setenta y cinco mil personas habitaban la ciudad de Río de Janeiro, que unos veinte años más tarde, hacia 1890, ya en el periodo republicano, llegaría a rebasar el medio millón de habitantes.

Así vemos que la mayoría de los personajes de estos cuentos de Machado de Assis pertenecen a una comunidad que apenas alcanza los doscientos mil habitantes y habita una pequeña ciudad edificada principalmente entre los cerros. Éste es el entorno paisajístico donde se mueven los personajes y es el tiempo real de acción de la mayoría de los textos, que suceden en Río de Janeiro, ciudad en la que nació Machado de Assis y de la que sólo por motivos de salud saldría muchos años después, durante una corta temporada, para volver a ella y habitarla hasta su muerte.

Joaquim Maria Machado de Assis nació el 21 de junio de 1839 y falleció el 29 de septiembre de 1908 rodeado del reconocimiento de los lectores, ya que fue fundador y primer presidente de la Academia Brasileira de Letras desde 1896 hasta su muerte. Su padre, Francisco José de Assis, fue un mulato de piel muy oscura, descendiente de esclavos y de oficio pintor de paredes y dorador de muebles; su madre, Maria Leopoldina Machado Cámara, era una portuguesa blanca, lavandera, nacida en la Isla de San Miguel, en las Azores, “tal vez de ojos azules” —aventura un biógrafo—, como los nacidos en aquellas islas de la península ibérica.

Huérfano desde muy niño, alrededor de 1860, a sus veintiún años, lo encontramos como redactor en el *Diário do Rio de Janeiro*, el diario más popular de la ciudad. En 1869, a sus treinta, se casó con la hermana de su amigo el poeta Faustino Xavier de Novais, a pesar de las objeciones de alguna parte de la familia de ella por ser mulato. Con Carolina, que era portuguesa y blanca, como su madre, vivió casado casi treinta y cinco años, hasta la muerte de ella en 1904.

Su formación autodidacta le hizo aprender francés desde muy joven y le permitió traducir de esa lengua. Aprendió inglés después de los cuarenta años; estudió alemán y estudiaba griego en sus últimos años. Su vida creativa concilió problemas y padecimientos arrastrados a lo largo de su existencia, como tartamudez y epilepsia.

Machado de Assis ha sido considerado uno de los grandes maestros del realismo y el primer gran cuentista latinoamericano. Woody Allen ha confesado su admiración por la lectura de Machado de Assis, y Susan Sontag señaló en su momento que es “uno de los mejores escritores del siglo XIX y el mejor de América Latina”.

Uno de los mayores problemas en el establecimiento de los textos escritos en el XIX es la puntuación. Si bien los originales brasileños optan por una política a medio camino entre el respeto a Machado de Assis y las normas actualizadas, en esta traducción se intenta mantener al máximo el ritmo de la prosa machadiana manteniendo o suprimiendo algunos puntos y coma o comas que en el español fluido de nuestros días podrían ya no tener sitio.

Mi interés por actualizar y arriesgar una versión no se da sólo por atender al dictado que nos recuerda la necesidad de que cada generación cuente con sus propias traducciones —y por ende con nuevas reflexiones—, sino porque la obra del brasileño posee una vigencia que vale la pena volver a poner en suerte en las lecturas del siglo XXI. Estamos, de

cualquier manera, ante los primeros cuentos de uno de los mayores autores de nuestro continente, un notable predecesor de nuestra actual literatura; ciento cincuenta años después de escritos, los cuentos nos ofrecen un rico testimonio humano en su época y circunstancia.



## MISS DOLLAR

### CAPÍTULO I

Es conveniente para la novela que el lector permanezca mucho tiempo sin saber quién es *Miss Dollar*. Sin embargo, por otra parte, sin la presentación de *Miss Dollar* el autor se vería obligado a largas digresiones que llenarían el papel sin avanzar en la acción. No hay duda posible: voy a presentarles a *Miss Dollar*.

Si el lector es joven y dado al carácter melancólico, se imagina a *Miss Dollar* como una inglesa pálida y delgada, escasa de carnes y de sangre, abriendo a la flor del rostro dos grandes ojos azules y sacudiendo al viento unas largas trenzas rubias. La muchacha en cuestión debe ser vaporosa e ideal, como una creación de Shakespeare; debe ser el contraste del *roastbeef* británico, con el que se alimenta la libertad del Reino Unido. Una tal *Miss Dollar* debe recitar de memoria al poeta Tennyson y leer a Lamartine en el original; si supiera portugués, debería encantarse con la lectura de los sonetos de Camões o con los *Cantos* de Gonçalves Dias. El té y la leche deben ser el alimento de semejante criatura, agregándole algunos dulces y bizcochos para atender las urgencias del estómago. Su voz debe ser un murmullo de arpa eolia; su amor, un desmayo; su vida, una contemplación; su muerte, un suspiro.

La figura es poética, pero no es la de la heroína de esta novela.

Supongamos que el lector no es dado a estos devaneos y melancolías, en cuyo caso imagina una *Miss Dollar* totalmente diferente. Esta vez será una robusta americana, con las mejillas rojas por la sangre, formas redondeadas, ojos vivos y ardientes, mujer hecha, rehecha y perfecta. Amiga de la buena mesa y del buen vaso, esta *Miss Dollar* preferirá un cuarto de carnero a una página de Longfellow, cosa naturalísima cuando el estómago reclama, y nunca llegará a comprender la poesía del crepúsculo. Será una buena madre de familia, según la doctrina de algunos maestros de la civilización; esto es, fecunda e ignorante.

No será del mismo sentir el lector que haya pasado ya la segunda juventud y que ve venir una vejez sin recursos. Para ese, la *Miss Dollar* verdaderamente digna de ser contada en estas páginas sería una buena inglesa de cincuenta años, dotada de unas mil libras esterlinas y que, arribando al Brasil en busca de tema para escribir una novela, vivirá un romance verdadero, casándose con el lector aludido. Una *Miss Dollar* así sería incompleta si no tuviera anteojos verdes y un gran mechón gris a cada lado de la frente. Guantes de encaje blanco y sombrero de lino en forma de campana serían el último grito de la moda de este magnífico espécimen ultramarino.

Más vivo que otros, acude un lector afirmando que la heroína de la novela no es ni fue inglesa, sino brasileña por los cuatro costados, y que el nombre de *Miss Dollar* quiere decir sencillamente que la chica es rica.

El descubrimiento sería excelente si fuera exacto; desafortunadamente ni esta última ni las otras son exactas. La *Miss Dollar* de la novela no es una chica romántica, ni la mujer robusta, ni la vieja literata, ni la brasileña rica. Esta vez falla la proverbial perspicacia de los lectores: *Miss Dollar* es una perrita galgo.

A algunas personas, la calidad de la heroína les hará perder el interés por la novela. Error manifiesto. *Miss Dollar*, a pesar de no ser más que una perrita galgo, tuvo el



honor de ver su nombre en los diarios antes de entrar en este libro. El *Jornal do Commercio* y el *Correio Mercantil* publicaron en las columnas de anuncios las siguientes líneas, refulgentes de promesas:

Se perdió una perrita galgo, la noche de ayer, día 30. Responde al nombre de *Miss Dollar*. Quien la haya encontrado y quiera llevarla a la calle de Mata-caballos núm.\*\*\* recibirá doscientos mil *reis* de recompensa. *Miss Dollar* lleva un collar en el cuello, cerrado con un candado en el que se leen las siguientes palabras: *De tout mon coeur*.

Todas las personas que tenían necesidad urgente de doscientos mil *reis* y tuvieron la suerte de leer aquel anuncio, anduvieron ese día con extremo cuidado por las calles de Río de Janeiro, a ver si daban con la fugitiva *Miss Dollar*. Galgo que aparecía a lo lejos era perseguido con tenacidad hasta que se comprobaba que no era el animal buscado. Pero toda esta cacería por los doscientos mil *reis* era completamente inútil, puesto que el día en que apareció el anuncio *Miss Dollar* estaba acomodada en la casa de un individuo que vivía en los Cajueiros y coleccionaba perros.

## CAPÍTULO II

Cuáles eran las razones que habían llevado al doctor Mendoza a tener una colección de perros es algo que nadie podría decir; unos afirmaban que simplemente era una pasión por ese símbolo de la felicidad o de la obediencia; otros pensaban que, lleno de profunda desilusión por los seres humanos, Mendoza había encontrado que era una buena opción querer a los perros.

Fueran las que fueran las razones, lo cierto es que nadie tenía una colección más bonita y variada que él. Eran de

todas las razas, tamaños y colores. Cuidaba de ellos como si fueran sus hijos; si alguno se le moría se ponía melancólico. Casi se podría decir que en el espíritu de Mendoza el perro pesaba tanto como el amor; según una expresión célebre: quitad del mundo al perro y el mundo será un desierto.

El lector superficial concluye aquí que nuestro Mendoza era un hombre excéntrico. No lo era. Mendoza era un hombre como los otros; le gustaban los perros como a otros les gustan las flores. Los perros eran sus rosas y sus violetas; los cultivaba con el mismo esmero. Le gustaban las flores también, pero le gustaban en las plantas donde nacían: cortar un jazmín o cazar un canario le parecía un atentado idéntico.

El doctor Mendoza era un hombre de unos treinta y cuatro años, bien parecido, de maneras francas y distinguidas. Habíase recibido en medicina y durante algún tiempo había tratado enfermos; la clínica estaba ya acreditada cuando sobrevino una epidemia en la capital: el doctor Mendoza inventó un elixir contra la enfermedad, con tan buenos resultados, que su creador se ganó sus buenos miles de *reis*. Ahora ejercía la medicina como aficionado. Tenía cuanto necesitaba para sí y para su familia. La familia estaba integrada por los animales ya mencionados.

En la noche memorable en que se extravió *Miss Dollar*, Mendoza regresaba a casa cuando tuvo la suerte de encontrarse a la fugitiva en el Rossio. La perrita se acercó a acompañarlo y él, notando que era un animal sin dueño a la vista, se la llevó consigo a Cajueiros.

Apenas entró en su casa la examinó cuidadosamente. *Miss Dollar* era realmente un encanto; tenía las formas delgadas y graciosas de su hidalga raza; los ojos castaños y aterciopelados parecían expresar la más completa felicidad de este mundo, tan alegres y serenos eran. Mendoza la contempló y revisó con atención. Leyó el dístico del candado que cerraba el collar y se convenció finalmente de que la perrita era un animal muy querido, por quien quiera que fuera su dueño.

—Si no aparece el dueño te quedas conmigo —dijo entregando a *Miss Dollar* al muleque encargado de los perros.

El muleque trató de darle de comer a *Miss Dollar* mientras Mendoza planeaba un buen futuro para su nueva huésped, cuya familia debía perpetuarse en la casa.

El plan de Mendoza duró lo que duran los sueños: el espacio de una noche. Al día siguiente, leyendo los diarios, vio el anuncio transcrito líneas atrás prometiendo doscientos mil *reis* a quien entregara a la perrita fugitiva. Su pasión por los perros le dio la medida del dolor que debía estar sufriendo el dueño o dueña de *Miss Dollar*, visto que llegaba a ofrecer doscientos mil *reis* de gratificación a quien llevara a la perrita galgo prófuga. Consecuentemente, resolvió devolverla con bastante tristeza en el corazón. Llegó a dudar algunos instantes; pero al final vencieron los sentimientos de integridad y de compasión, características propias de aquella alma. Y como le costaba despedirse del animal, aun cuando estaba apenas llegado a su casa, se dispuso a llevarla él mismo y se preparó para ello. Comió, y después de enterarse si *Miss Dollar* había hecho la misma operación, salieron ambos de casa con dirección a Mata-caballos.

En aquel tiempo el barón del Amazonas todavía no había liberado a las repúblicas del Plata mediante la victoria de Riachuelo, nombre con el que después la cámara municipal consagró a la calle de Mata-caballos. Por tanto, la calle tenía su nombre tradicional, que de hecho no quería decir nada.

La casa que correspondía al número señalado en el anuncio del periódico era de bonita apariencia, e indicaba cierta abundancia de bienes de quien vivía allí. Antes de que Mendoza anunciara su llegada, *Miss Dollar*, al pie de la escalera de entrada y reconociendo sus patrios lares, comenzaba a saltar de contento y a emitir alegres sonidos guturales que, si hubiera entre los perros literatura, debían de ser un himno de acción de gracias.

Apareció un muleque para ver quién había llegado; Mendoza dijo que venía a entregar a la perrita fugitiva. Con una nueva expresión en el rostro, el muleque corrió a anunciar la buena nueva. *Miss Dollar*, aprovechando la puerta abierta, se precipitó escaleras arriba. Se disponía Mendoza a irse, ya que había cumplido su misión, cuando el muleque regresó diciéndole que subiera y entrara a la sala.

En la sala no había nadie. Algunas personas que tienen salas elegantemente dispuestas acostumbran dejar que las visitas las admiren durante un rato, antes de salir a saludarlas. Es posible que esa fuera la costumbre de los dueños de aquella casa, pero en esta ocasión no les importó semejante detalle, porque apenas el médico entró por la puerta del corredor, apareció en la otra del interior una vieja con *Miss Dollar* en los brazos y la alegría en el rostro.

—¿Quiere tener la bondad de sentarse? —dijo ella, señalando una silla a Mendoza.

—Me quedaré sólo un poco —dijo el médico, sentándose—. Vine a traerles la perrita que se encuentra conmigo desde ayer...

—No se imagina qué intranquilidad causó en casa la ausencia de *Miss Dollar*...

—Me lo imagino, señora mía; yo también quiero a los perros y si me faltara uno lo sentiría profundamente. Su *Miss Dollar*...

—¡Perdón! —interrumpió la vieja—, ¡mía no! *Miss Dollar* no es mía, es de mi sobrina.

—¡Ah!...

—Ahí viene ella.

Mendoza se levantó justamente cuando entraba en la sala la sobrina. Era una joven que aparentaba veintiocho años, en el pleno desarrollo de su belleza, una de esas mujeres que anuncian una vejez tardía e imponente. El vestido de seda oscura le daba un singular realce al color intensamente blanco de la piel. Era un vestido largo con cola, lo que aumentaba la majestad del porte y la estatura.

El corpiño del vestido le cubría todo el pecho, pero se adivinaba por debajo de la seda un bello tronco de mármol modelado por un escultor divino. Los cabellos castaños y naturalmente ondulados estaban peinados con esa simplicidad doméstica que es la mejor de todas las modas conocidas; le ornaban graciosamente la frente como una corona otorgada por la naturaleza. La extremada blancura de la piel no tenía el menor tono rosado que hiciera armonía ni contraste. La boca era pequeña y tenía una cierta expresión imperiosa. Pero la gran distinción de aquel rostro, aquello que más atraía la mirada, eran los ojos; imaginen dos esmeraldas nadando en leche.

Mendoza nunca había visto ojos verdes en toda su vida. Le habían dicho que existían los ojos verdes y hasta se sabía de memoria unos versos célebres de Gonçalves Dias, pero hasta entonces los ojos verdes eran para él lo mismo que el ave fénix de los antiguos. Un día, platicando con unos amigos a propósito de esto, aseguraba que si alguna vez llegara a encontrar un par de ojos verdes huiría de ellos con terror.

—¿Por qué? —le preguntó uno de los circunstantes sorprendido.

—El color verde es el color del mar —respondió Mendoza—; evito las tempestades de uno, evitaré las tempestades de los otros.

Yo dejo al criterio del lector esta singularidad de Mendoza, que de más a más es *preciosa*, en el sentido de Molière.

### CAPÍTULO III

Mendoza saludó respetuosamente a la recién llegada y ésta, con un gesto, lo invitó a sentarse de nuevo.

—Le agradezco infinitamente el haberme devuelto este pobre animal al que le tengo enorme estima —dijo Margarita, sentándose.

—Y yo doy gracias a Dios por haberlo encontrado; podía haber caído en manos de alguien que no lo devolviera.

Margarita le hizo un gesto a *Miss Dollar* y la perrita, saltando del regazo de la vieja, fue hasta ella; levantó las patas delanteras y las puso sobre sus rodillas. Margarita y *Miss Dollar* intercambiaron una larga mirada de afecto. Durante ese tiempo, una de las manos de la muchacha jugaba con una de las orejas de la galgo, y daba así lugar a que Mendoza admirara sus bellísimos dedos armados con uñas agudísimas.

Pero aunque Mendoza tuviera gran placer en estar allí, se dio cuenta de que era extraño y humillante su retraso. Parecía estar esperando la gratificación. Para huir de esa interpretación tan poco galante, sacrificó el placer de la charla y la contemplación de la muchacha, y se levantó diciendo:

—Mi misión está cumplida.

—Pero... —interrumpió la vieja.

Mendoza comprendió la amenaza de la interrupción de la vieja.

—La alegría —dijo él— que devolví a esta casa es la mayor recompensa que yo puedo ambicionar. Ahora les pido permiso...

Las dos señoras comprendieron la intención de Mendoza; la muchacha le pagó la cortesía con una sonrisa y la vieja, reuniendo en el pulso cuantas fuerzas le quedaban en todo el cuerpo, apretó con amistad la mano del médico.

Mendoza salió impresionado por la interesante Margarita. Había notado, principalmente, además de su belleza —que era de primera agua—, cierta severidad triste en la mirada y en los modales. Si aquel era el carácter de la muchacha se llevaba bien con la personalidad del médico; si era resultado de algún episodio de la vida, era una página de novela que debía ser descifrada por ojos hábiles. A decir verdad, el único defecto que Mendoza le encontró

fue el color de los ojos; no porque fuera feo, sino porque tenía desconfianza de los ojos verdes. Este recelo, hay que decirlo, era más literario que otra cosa. Mendoza se apegaba a la frase que había pronunciado una vez, citada antes, y la frase era la que le producía esa prevención. No me lo acusen de golpe: Mendoza era un hombre inteligente, instruido y dotado de buen sentido. Tenía, además, una gran tendencia a los afectos románticos, pero a pesar de eso era allí donde tenía su talón nuestro Aquiles. Era un hombre como los demás, otros Aquiles andan por ahí y son de la cabeza a los pies un enorme talón. El punto vulnerable de Mendoza era ese: el amor de una frase era capaz de desatarle los afectos; sacrificaba cualquier conjetura a una oración sentenciosa.

Refiriéndole a un amigo el episodio de la galgo y la entrevista con Margarita, Mendoza dijo que podría llegar a gustarle si no tuviera los ojos verdes. El amigo se rio con cierto aire de sarcasmo.

—Pero, doctor —le dijo—, no comprendo esa aprensión; yo incluso he escuchado decir que los ojos verdes anuncian comúnmente que su poseedor es un alma buena. Además el color de los ojos no tiene nada que ver, lo importante es la expresión de ellos. Pueden ser azules como el cielo y pérfidos como el mar.

La observación de este amigo anónimo tenía la ventaja de ser tan poética como la de Mendoza. Por eso conmovió profundamente el ánimo del médico, que no se quedó como el asno de Buridán entre el balde de agua y el de cebada. El asno dudaría, Mendoza no dudó. Recordó súbitamente la lección del casuista Sánchez y de entre las dos opiniones eligió la que le pareció *probable*.

Algún lector serio encontrará pueril esta circunstancia de los ojos verdes y la controversia sobre su probable cualidad. Con eso probará que tiene poca experiencia del mundo. Los almanaques pintorescos citan hasta la saciedad mil

excentricidades y rarezas de los grandes varones que la humanidad admira ya por instruidos en las letras, ya por valientes en las armas, y no por eso deja uno de admirar a esos mismos varones. No quiera el lector abrir una excepción sólo para encajar en ella a nuestro doctor. Aceptémoslo con sus ridículos, ¿quién no los tiene? El ridículo es una especie de lastre del alma cuando entra en el mar de la vida; algunas almas hacen toda la navegación sin otro tipo de cargamento.

Para compensar esas debilidades, ya he dicho que Mendoza tenía virtudes no vulgares. Adoptando la opinión que le pareció la más probable, que fue la de su amigo, Mendoza se dijo que en las manos de Margarita estaba tal vez la clave de su futuro. Ideó en ese sentido un plan de felicidad: una casa en un despoblado mirando al mar por el lado de occidente, con el fin de poder asistir al espectáculo de la puesta del sol. Margarita y él, unidos por el amor y por la Iglesia, beberían allí, gota a gota, la copa entera de la celestial felicidad. El sueño de Mendoza contenía otras particularidades que sería ocioso mencionar aquí; llegó a pasar algunas veces por Mata-caballos, pero con tan mala suerte que nunca vio a Margarita ni a la tía; finalmente, desistió de la empresa y volvió a sus perros.

La colección de perros era una verdadera galería de hombres ilustres. El más querido se llamaba *Diógenes*; había un galgo que atendía al nombre de *César*; un perro de aguas que se llamaba *Nelson*; *Cornelia* era una perrilla ratonera y *Calígula* un enorme perro de fila, *vera efigie* del gran monstruo que produjo la sociedad romana. Cuando se encontraba entre toda esa gente, ilustre por diferentes títulos, decía Mendoza que entraba en la historia; era así que se olvidaba del resto del mundo.



## CAPÍTULO IV

Se encontraba una vez Mendoza en la puerta de la heladería Carceller, donde acababa de tomar un sorbete en compañía de un individuo amigo suyo, cuando vio pasar un carruaje con dos señoras que le parecieron las de Matacaballos. Mendoza hizo un movimiento de sorpresa que no se le escapó a su amigo.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Nada, me pareció reconocer a aquellas señoras. ¿Las viste, Andrade?

—No.

El carruaje había entrado en la calle del Oidor y los dos subieron por la misma calle. Luego, arriba de la calle de la Frutería, se detuvo el carruaje ante la puerta de una tienda, las señoras se apearon y entraron. Mendoza no las vio salir, pero vio el carruaje y sospechó que era el mismo. Apresuró el paso sin decirle nada a Andrade, quien hizo lo mismo movido por esa natural curiosidad que siente un hombre cuando advierte algún secreto oculto.

Poco después estaban a la puerta de la tienda; Mendoza comprobó que eran las dos señoras de Matacaballos. Entró decidido, con el aire de quien iba a comprar algo y se acercó a las señoras. La primera que lo reconoció fue la tía. Mendoza las saludó respetuosamente. Ellas recibieron el saludo con afabilidad. Junto a Margarita estaba *Miss Dollar*, que por ese maravilloso olfato que la naturaleza les concedió a los perros y a los cortesanos de la fortuna, dio dos saltos de alegría apenas vio a Mendoza, llegando a alcanzarle el estómago con las patas delanteras.

—Parece que *Miss Dollar* quedó con buenos recuerdos de usted —dijo doña Antonia (así se llamaba la tía de Margarita).

—Creo que sí —respondió Mendoza, jugando con la galgo y mirando a Margarita.

Justamente en ese momento entró Andrade.

—Sólo ahora las reconocí —dijo él, dirigiéndose a las señoras.

Andrade estrechó las manos de las dos señoras, o mejor dicho: estrechó la mano de doña Antonia y los dedos de Margarita.

Mendoza no contaba con esta coincidencia y se alegró de tener a la mano el medio de volver íntimas las relaciones superficiales que mantenía con la familia.

—Sería bueno —le dijo a Andrade— que me presentaras a las señoras.

—¿Pero qué no las conoces? —preguntó Andrade estupefacto.

—Nos conocemos sin conocernos —respondió sonriendo la vieja tía— hasta ahora, quien nos había presentado fue *Miss Dollar*.

Antonia le contó a Andrade la pérdida y encuentro de la perrita.

—En ese caso —respondió Andrade— lo presento ya.

Hecha la presentación oficial, el cajero le trajo a Margarita los objetos que había comprado y las dos señoras se despidieron de los amigos, suplicándoles que las visitaran.

No mencioné nada de lo que dijo Margarita en el diálogo arriba transcrito porque, a decir verdad, la muchacha sólo profirió dos palabras a cada uno de los hombres.

—Pásenla bien —dijo ella dándoles las puntas de los dedos y saliendo para subir al carruaje.

Cuando quedaron solos, también los dos amigos salieron y siguieron por la calle del Oidor cuesta arriba, callados ambos; Mendoza pensaba en Margarita, Andrade pensaba en los medios de que podía servirse para entrar en confianza con Mendoza. La vanidad tiene mil formas de manifestarse, como el fabuloso Proteo. La vanidad de Andrade era ser el confidente de los demás; le parecía así obtener de la confianza aquello que sólo lograba de la indiscreción.

No le fue difícil descubrir el secreto de Mendoza; antes de haber llegado a la esquina de la calle de los Orfebres, Andrade ya sabía todo.

—Comprendes ahora —dijo Mendoza— que necesito ir a casa de ella; tengo necesidad de verla; quiero ver si consigo...

Mendoza se detuvo.

—¡Termina! —dijo Andrade—, quieres ver si consigues ser amado... ¿Por qué no? Pero desde ya te digo que no será fácil.

—¿Por qué?

—Margarita ha rechazado cinco propuestas de matrimonio.

—Naturalmente no amaba a los pretendientes —dijo Mendoza con el aire de un geómetra que encuentra la solución.

—Amaba apasionadamente al primero —respondió Andrade— y no le era indiferente el último.

—Hubo naturalmente una intriga.

—Tampoco. ¿Te sorprende? Es lo que me pasa. Es una muchacha rara. Si te crees capaz de ser el Colón de aquel mundo, lánzate al mar con la armada; pero ten cuidado con la revuelta de las pasiones, que son feroces marejadas en estas navegaciones de descubrimiento.

Entusiasmado con esta alusión histórica bajo la forma de alegoría, Andrade miró a Mendoza quien, concentrado en pensar en la muchacha, no hizo caso a la frase de su amigo. Andrade se contentó con su propia aprobación y sonrió con el mismo aire de satisfacción que debe tener un poeta cuando escribe el último verso de un poema.

## CAPÍTULO V

Días después, Andrade y Mendoza fueron a la casa de Margarita donde pasaron media hora platicando ceremoniosamente. Las visitas se repitieron; eran sin embargo más frecuentes por parte de Mendoza que de Andrade. Doña Antonia se mostró más familiar que Margarita y sólo

después de algún tiempo Margarita bajó del Olimpo de silencio en el que habitualmente se encerraba.

Era difícil dejar de hacerlo. Mendoza, aunque no muy dado a la convivencia de las salas, era un caballero apropiado para entretener a dos señoras que parecían mortalmente aburridas. El médico conocía el piano y lo tocaba agradablemente; sabía esas mil naderías que entretienen generalmente a las señoras cuando ellas no quieren o no pueden entrar en el terreno elevado del arte, de la historia y de la filosofía. Así que no le fue difícil establecer intimidad con la familia.

Posteriormente a las primeras visitas, Mendoza se enteró por vía de Andrade que Margarita era viuda. Mendoza no reprimió un gesto de asombro.

—Pero tú me habías hablado de tal manera que parecías referirte a una soltera —le dijo a su amigo.

—Es verdad que no me expliqué bien; los matrimonios rechazados fueron todos propuestos después de su viudez.

—¿Hace cuánto que está viuda?

—Hace tres años.

—Todo se explica —dijo Mendoza después de un silencio—, quiere ser fiel a la sepultura: es una Artemisa de este siglo.

Andrade era escéptico con respecto a las Artemisas; sonrió ante la observación de su amigo y, como éste insistiera, le replicó:

—Pero si ya te dije que amaba apasionadamente al primer pretendiente y no le era indiferente el último.

—Entonces no comprendo.

—Ni yo.

Desde ese momento Mendoza trató de cortejar asiduamente a la viuda. Margarita recibió sus primeras miradas con un aire de tan superior desdén que el hombre casi abandona la empresa; pero la viuda, al mismo tiempo que parecía rechazar el amor, no rechazaba la amistad, y lo trataba con la mayor dulzura de este mundo siempre que él la mirara como toda la gente.

Amor repelido es amor multiplicado. Cada nuevo rechazo de Margarita aumentaba la pasión de Mendoza. Ya no le merecían atención el feroz *Calígula* ni el elegante *Julio César*. Los dos esclavos que ayudaban a Mendoza comenzaron a notar la profunda diferencia que había entre los hábitos de hoy y los de antes, y supusieron que algo le preocupaba. Se convencieron de ello un día que Mendoza, entrando en la casa, le pegó a *Cornelia* en el hocico con la punta del botín, cuando esta encantadora perrita —madre de dos *Gracos* ratoneros— festejaba la llegada del doctor.

Andrade no fue insensible a los sufrimientos de su amigo e intentó consolarlo. Todo consuelo en estos casos es tan deseado como inútil; Mendoza escuchaba las palabras de Andrade y le confiaba todas sus penas. Andrade le recordó a Mendoza un excelente medio para matar la pasión: ausentarse de la casa. A esto respondió Mendoza citando a La Rochefoucauld:

“La ausencia disminuye las pasiones mediocres y aumenta las grandes, como el viento apaga las velas y atiza las hogueras.”

La cita tuvo el mérito de callarle la boca a Andrade, que creía tanto en la constancia como en las Artemisas, pero que no quería contrariar la autoridad del moralista, ni la resolución de Mendoza.

## CAPÍTULO VI

Transcurrieron así tres meses. El cortejo de Mendoza no adelantaba un paso, pero la viuda nunca dejó de ser amable con él. Era principalmente esto lo que retenía al médico a los pies de la insensible viuda: no lo abandonaba la esperanza de vencerla.

Algún lector analítico podría desear que Mendoza no fuera tan asiduo a la casa de una señora expuesta a las calumnias

del mundo. En eso pensó el médico, pero consoló su conciencia con la presencia de un individuo, hasta aquí no mencionado por motivo de su nulidad, y que era nada menos que el hijo de doña Antonia: la niña de sus ojos. Se llamaba Jorge ese muchacho que gastaba doscientos mil *reis* al mes, sin ganarlos, gracias a la magnanimidad de la madre. Frecuentaba los salones de los peluqueros, donde se pasaba más tiempo que una romana de la decadencia del imperio en manos de sus siervas latinas. No se perdía una representación de importancia en el Alcázar; montaba buenos caballos y enriquecía con gastos extraordinarios las bolsas de algunas damas célebres y de varios parásitos oscuros. Calzaba guantes de la letra E y botas del número treinta y seis, dos cualidades que echaba en cara a todos sus amigos que no bajaban del cuarenta y de la letra H. Pensaba Mendoza que la presencia de este gentil pimpollo salvaba la situación. Mendoza quería darle esta satisfacción al mundo, esto es, a la opinión de los ociosos de la ciudad. ¿Pero bastaría eso para callarles la boca?

Margarita parecía indiferente tanto a las interpretaciones de la sociedad como a los hábitos del joven. ¿Sería ella tan indiferente a todo lo demás en este mundo? No. Amaba a su madre, tenía un capricho por *Miss Dollar*, le gustaba la buena música, leía novelas. Se vestía bien, sin ser muy rigurosa en materia de modas; no bailaba vals, cuando mucho alguna cuadrilla en los saraos a los que la invitaban. No hablaba mucho, pero se expresaba bien. Tenía el gesto gracioso y animado, pero sin pretensiones ni presunciones.

Cuando Mendoza aparecía por su casa, Margarita lo recibía con visible alegría. El médico se ilusionaba siempre, a pesar de estar ya acostumbrado a esas manifestaciones. En efecto, a Margarita le agradaba enormemente la presencia del joven, pero no parecía darle nunca una importancia tal que lisonjeara su corazón. Le gustaba verle como le gusta a uno un día bonito, sin morir de amores por el sol.

No era posible sufrir por mucho tiempo la posición en que se encontraba el médico. Una noche, por un esfuerzo del que antes se hubiera creído incapaz, Mendoza le dirigió a Margarita una pregunta indiscreta:

—¿Fue feliz con su marido?

Margarita frunció la frente de asombro y clavó los ojos en los del médico, que parecían continuar calladamente la pregunta.

—Sí, lo fui —dijo ella después de algunos momentos.

Mendoza no dijo palabra: no contaba con aquella respuesta. Confiaba demasiado en la intimidad que había entre ambos, y quería descubrir de algún modo la causa de la insensibilidad de la viuda. Le falló el cálculo, Margarita se volvió seria por algún tiempo. La llegada de doña Antonia salvó a Mendoza de una situación infortunada. Poco después Margarita recuperó el buen humor y la conversación se volvió animada e íntima como siempre. La llegada de Jorge llevó el alborozo de la charla a mayores proporciones. Doña Antonia, con ojos y oídos de madre, consideraba que su hijo era el joven más lindo de este mundo; pero la verdad es que no había en toda la cristiandad espíritu más frívolo. La madre se reía de todo lo que decía su hijo; el hijo llenaba, él solo, toda la conversación contando cuentos y repitiendo dichos y chismes del Alcázar. Mendoza notaba todas esas frioleras del joven y lo soportaba con resignación evangélica.

La entrada de Jorge animando la charla aceleró las horas; a las diez se retiró el médico, acompañado por el hijo de doña Antonia, que iba a cenar. Mendoza rehusó la invitación que le hizo Jorge y se despidió de él en la calle del Conde, esquina con la del Labrantío.

Esa misma noche Mendoza decidió dar un golpe decisivo: resolvió escribirle una carta a Margarita. Esto era temerario para quien conociera el carácter de la viuda pero, con los precedentes ya mencionados, era una verdadera locura.

No obstante el médico no dudó en emplear la vía epistolar confiando en que el papel diría las cosas de mejor manera que la boca. La carta fue escrita con febril impaciencia y al día siguiente, después de comer, Mendoza la metió dentro de un volumen de George Sand y lo envió con el muleque a Margarita.

La viuda rompió la capa de papel que envolvía el volumen y puso el libro sobre la mesa de la sala; media hora después regresó y tomó el libro para leer. Apenas lo abrió, cayó la carta a sus pies. La recogió y leyó lo siguiente:

Cualquiera que sea la causa de su esquivéz, la respeto, no me entrometo en ella. Pero si no me es dado entrometerme, ¿me será lícito quejarme? Ha de haber comprendido mi amor, de la misma manera que yo he comprendido su indiferencia, pero por grande que sea esa indiferencia está lejos de compararse con el amor profundo e imperioso que se aposentó en mi corazón cuando más me cuidaba yo de estas pasiones de los primeros años. No le voy a contar los insomnios y lágrimas, esperanzas y desencantos, páginas tristes de este libro que el destino pone en las manos del hombre para que lo lean dos almas. Eso le es indiferente.

No me atrevo a preguntarle sobre la esquivéz que ha mostrado con respecto a mí; pero ¿por qué motivo se extiende a tanta gente más? En la edad de las pasiones ardientes, adornada por el cielo con una belleza rara, ¿por qué quiere esconderse al mundo y defraudar a la naturaleza y al corazón de sus incontestables derechos? Perdóneme la audacia de la pregunta; me encuentro ante un enigma que mi corazón desearía descifrar. A veces pienso que algún gran dolor la atormenta y quisiera ser el médico de su corazón; le confieso que ambicionaba devolverle alguna ilusión perdida. Y me parece que no hay ofensa en esta ambición.

Pero si esa esquivéz denota simplemente un sentimiento de orgullo legítimo, perdóneme si me atreví a escribirle cuan-



do sus ojos expresamente me lo prohibían. Rompa la carta que no puede valerle un recuerdo, ni representar un arma.

La carta era toda de reflexión; las frases frías y medidas no explicaban el fuego del sentimiento. Pero no se le habrá escapado al lector la sinceridad y la sencillez con que Mendoza pedía una explicación que Margarita probablemente no podía dar.

Cuando Mendoza le dijo a Andrade que le había escrito a Margarita, su amigo se puso a reír atropelladamente.

—¿Hice mal? —preguntó Mendoza.

—Estropeaste todo. Los otros pretendientes comenzaron también por carta; fue justamente el certificado de la defunción del amor.

—Tendré paciencia si sucediera lo mismo —dijo Mendoza levantando los hombros con aparente indiferencia—, pero desearía que no estuvieras siempre hablando de los pretendientes: yo no soy un pretendiente en ese sentido.

—¿No quieres casarte con ella?

—Sin duda, si fuera posible —respondió.

—Pues era justamente lo que los otros querían; te casarías y entrarías en posesión de los bienes que le correspondieron en herencia y que llegan más allá de los cien *contos*. Amigo mío, si te hablo de pretendientes no es por ofenderte, porque uno de esos cuatro pretendientes rechazados fui yo.

—¿Tú?

—Es verdad; pero descansa, no fui el primero, ni tampoco el último.

—¿Le escribiste?

—Como los otros; y como ellos no obtuve respuesta. Esto es, la obtuve: me devolvió la carta. Por lo tanto, ya que le escribiste, espera lo demás; verás si lo que te digo es o no es exacto. Estás perdido, Mendoza, hiciste muy mal.

Andrade tenía esa afición característica de no omitir ninguno de los colores sombríos de una situación, con el

pretexto de que a los amigos se les debe decir la verdad. Dibujado el cuadro, se despidió de Mendoza y salió.

Mendoza se fue a casa, donde pasó la noche en claro.

## CAPÍTULO VII

Andrade se equivocó. La viuda contestó a la carta del médico, aunque se limitó a esto:

Le perdono todo, pero no le perdonaré si me escribe de nuevo. Mi esquivéz no tiene causa alguna; es una cuestión de temperamento.

El sentido de la carta era todavía más lacónico que la expresión. Mendoza la leyó muchas veces tratando de completarla, mas fue trabajo perdido. Pero una cosa concluyó de inmediato: había algo oculto que alejaba a Margarita del matrimonio; después concluyó otra cosa: que Margarita le iba a perdonar una segunda carta si se la escribía.

La primera vez que Mendoza volvió a Mata-caballos se le dificultó encontrar la manera de hablarle a Margarita; la viuda lo sacó del trance tratándolo como si nada hubiera entre ambos. Mendoza no tuvo ocasión de aludir a las cartas a causa de la presencia de doña Antonia, pero agradeció este hecho, ya que no sabía qué decir a la viuda en caso de que se llegaran a quedar a solas.

Días después, Mendoza le escribió una segunda carta y la envió por el mismo canal que la otra. La carta le fue devuelta sin respuesta. Mendoza se arrepintió de haber esquivado la orden de la muchacha y decidió, de una vez por todas, no regresar a la casa de Mata-caballos. No tenía ánimos para aparecer por allá ni creía conveniente permanecer junto a una persona a quien amaba sin esperanza.

Al cabo de un mes no había perdido ni un poquito siquiera del sentimiento que profesaba por la viuda. La amaba con el mismísimo ardor. La ausencia, como él había pensado, acrecentó su amor, como el viento atiza un incendio. En vano leía o intentaba distraerse en la vida agitada de Río de Janeiro; empezó a escribir un ensayo sobre la teoría del oído, pero la pluma se le iba del lado del corazón y el escrito salió con una mezcla de nervios y sentimientos. Estaba entonces muy de moda la novela de Renan sobre la vida de Jesús; Mendoza llenó su escritorio con todos los folletos publicados al respecto de parte a parte y se puso a estudiar en profundidad el misterioso drama de Judea. Hizo cuanto pudo para ocupar el espíritu y olvidar a la altiva Margarita, pero le fue imposible.

Un día en la mañana se le presentó en casa el hijo de doña Antonia; lo habían llevado dos motivos: preguntarle por qué no había ido a Mata-caballos y mostrarle unos pantalones nuevos. Mendoza aprobó los pantalones y disculpó como pudo su ausencia, diciendo que estaba atareado. Jorge no era un espíritu que comprendiera la verdad escondida debajo de una palabra indiferente; viendo a Mendoza sumergido en medio de un montón de libros y folletos, le preguntó si estaba preparándose para ser diputado. ¡Jorge pensaba que se estudiaba para ser diputado!

—No —respondió Mendoza.

—Es verdad que mi prima por allá también anda con libros, y no creo que pretenda ir a la Cámara.

—¡Ah! ¿Su prima?

—No se imagina; no hace otra cosa. Se encierra en su cuarto y pasa días enteros leyendo.

Informado por Jorge, Mendoza supuso que Margarita era nada menos que una mujer de letras, alguna modesta poetisa, que olvidaba el amor de los hombres en los brazos de las musas. La suposición era gratuita e hija de un espíritu ciego por el amor como el de Mendoza. Hay diferentes

razones para leer mucho sin tener comercio con las musas.

—La prima nunca leyó tanto; ahora fue cuando le dio por eso —dijo Jorge sacando de su caja un magnífico habano con valor de tres tostones y ofreciendo otro a Mendoza—. Fúmesese éste —continuó— y dígame si hay alguien como Bernardo para tener buenos puros.

Terminados los puros, Jorge se despidió del médico llevándose la promesa de que iría por casa de doña Antonia lo más pronto que pudiera.

Antes de quince días, Mendoza regresó a Mata-caballos.

Se encontró en la sala con Andrade y doña Antonia que lo recibieron con júbilo. Mendoza parecía en efecto resurgir de una tumba; había adelgazado y estaba muy pálido. La melancolía le daba a su rostro una mayor expresión de abatimiento. Alegó trabajos extraordinarios y se puso a conversar con la misma alegría de antes. Pero esa alegría, como se comprenderá, era completamente falsa. Después de un cuarto de hora, la tristeza se le reconoció otra vez en la cara. Durante ese tiempo Margarita no apareció en la sala; Mendoza, que hasta entonces no había preguntado por ella, no sé por qué razón, viendo que no aparecía, consultó si estaba enferma. Doña Antonia le contestó que Margarita estaba un poco mal.

El malestar de Margarita duró unos tres días; era un simple dolor de cabeza, que su primo atribuyó a la exagerada lectura.

Después de algunos días más, doña Antonia se sorprendió por una idea de Margarita: la viuda quería irse a vivir al campo por algún tiempo.

—¿Te aburre la ciudad? —le preguntó la buena vieja.

—Algo —respondió Margarita—, me gustaría vivir unos dos meses en el campo.

Doña Antonia no podía negarle nada a su sobrina; estuvo de acuerdo en ir al campo y comenzaron los preparativos. Mendoza supo del cambio en el Rossio, paseando una

noche; se lo dijo Jorge, yendo hacia el Alcázar. Para el joven el cambio de residencia era una suerte, porque eliminaba la única obligación que todavía tenía en este mundo, que era la de cenar con su madre.

Mendoza no encontró nada de qué admirarse por esa decisión; las decisiones de Margarita comenzaban a parecerle simplicidades.

Cuando regresó a casa, encontró un recado de doña Antonia concebido en estos términos:

Debemos salir durante algunos meses; espero que no deje de despedirse de nosotros. La salida es el sábado, y yo deseo encargarle algo.

Mendoza tomó té y se dispuso a dormir. No pudo. Quiso leer, se sentía incapaz de eso. Era temprano, salió. Inconscientemente dirigió sus pasos a Mata-caballos. La casa de doña Antonia estaba cerrada y silenciosa, evidentemente estaban ya durmiendo. Mendoza pasó por delante y se detuvo junto a la reja del jardín frente a la casa. Desde afuera podía ver la ventana del cuarto de Margarita, poco elevada y que daba al jardín. Había luz, naturalmente Margarita estaba despierta. Mendoza dio algunos pasos más; la puerta del jardín estaba abierta. Sintió latir su corazón con fuerza desconocida. Surgió en su espíritu una sospecha. No hay corazón confiado que no tenga desfallecimientos de estos; ¿sería equivocada la sospecha? Mendoza, además, no tenía ningún derecho sobre la viuda; había sido rechazado categóricamente. Si había algún deber por parte de él, era la retirada y el silencio.

Mendoza quiso mantenerse en el límite que le estaba indicado; la puerta abierta del jardín podía ser un olvido por parte de los criados. El médico reflexionó bien que todo aquello era fortuito y haciendo un esfuerzo se alejó del lugar. Más adelante se detuvo y reflexionó; había un demonio

que lo impelía puerta adentro. Mendoza regresó y entró con precaución.

Apenas había dado unos pasos cuando apareció frente a él *Miss Dollar*, ladrando; parece que la galgo había salido de la casa sin ser notada; Mendoza acarició a la perrita y ella pareció reconocer al médico, pues cambió los ladridos por fiestas. En la pared del cuarto de Margarita se dibujó una sombra de mujer; era la viuda que se acercaba a la ventana para ver la causa del ruido. Mendoza se pegó como pudo a unos arbustos que estaban junto a la verja; no viendo a nadie, Margarita volvió hacia adentro.

Pasados algunos minutos Mendoza salió del lugar en el que se encontraba y se dirigió a un lado de la ventana de la viuda. Lo acompañaba *Miss Dollar*. Desde el jardín no podía mirar, aunque hubiese sido más alto, al aposento de la muchacha. La perrita apenas llegó a aquel punto subió rápidamente una escalera de piedra que comunicaba el jardín con la casa; la puerta de Margarita quedaba justamente en el corredor que seguía a la escalera. La puerta estaba abierta. El joven imitó a la perrita; subió los seis escalones de piedra gradualmente; cuando puso los pies en el último oyó a *Miss Dollar* que brincaba en el cuarto y ladraba cerca de la puerta, como para avisar a Margarita que se acercaba un extraño.

Mendoza dio un paso más. Pero en ese momento atravesó el jardín un esclavo que acudía al ladrido de la perrita; el esclavo examinó el jardín y no viendo a nadie, se retiró. Margarita fue a la ventana y preguntó qué pasaba; el esclavo se lo explicó y la tranquilizó, diciéndole que no había nadie.

Justamente cuando ella se retiraba de la ventana apareció en la puerta la figura de Mendoza. Margarita se estremeció con un movimiento nervioso y quedó más pálida de lo que era; después, concentrando en los ojos toda la suma de indignación que podía contener un corazón, le preguntó con voz temblorosa:

—¿Qué quiere aquí?

Fue en ese momento, y sólo entonces, cuando Mendoza reconoció toda la bajeza de su procedimiento, o para decirlo más acertadamente, toda la alucinación de su espíritu. Le pareció ver en Margarita la figura de su conciencia reprobándole tamaña indignidad. El pobre hombre no intentó disculparse; su respuesta fue sencilla y verdadera.

—Sé que cometí un acto infame —dijo—, no tenía razón para ello. Estaba loco; ahora reconozco la extensión del mal. No le pido que me disculpe, doña Margarita, no merezco perdón, merezco desprecio; adiós.

—Comprendo, señor —dijo Margarita—, quiere obligarme por la fuerza del descrédito, ya que no me pudo comprometer por el corazón. No es de caballeros.

—¡Oh!, eso... le juro que ese no fue mi pensamiento...

Margarita cayó en una silla, pareciendo llorar. Mendoza dio un paso para entrar, ya que hasta entonces no había pasado de la puerta. Margarita levantó los ojos cubiertos por las lágrimas y con un gesto imperioso le indicó que saliera.

Mendoza obedeció. Ni uno ni otro durmieron esa noche.

Ambos se doblegaban al peso de la vergüenza: pero, en honor de Mendoza, la de él era mayor que la de ella; y el dolor de una no podía compararse con el remordimiento del otro.

## CAPÍTULO VIII

Al día siguiente estaba Mendoza en casa fumando puro tras puro, recurso de las grandes ocasiones, cuando se detuvo a su puerta un carruaje del que se apeó la madre de Jorge. La visita le pareció de mal augurio, pero en cuanto entró la vieja se disipó el recelo.

—Creo —dijo doña Antonia— que mi edad permite visitar a un hombre soltero.

Mendoza intentó sonreír al oír esta broma, pero no pudo. Invitó a la buena señora a sentarse y él se sentó también, esperando que ella le explicara la causa de su visita.

—Le escribí ayer —dijo ella— para que fuera a verme hoy; pero preferí venir temiendo que por algún motivo usted no fuera a Mata-caballos.

—¿Quería encargarme algo?

—Nada —respondió la vieja sonriendo—, “encargarle”, dije yo, como hubiera podido decir cualquier otra cosa indiferente; quiero informarlo.

—¡Ah! ¿De qué?

—¿Sabe quién se quedó hoy en la cama?

—Doña Margarita.

—Sí; amaneció un poco enferma; dice que pasó la noche mal. Yo creo conocer la razón —agregó doña Antonia, riéndose maliciosamente con Mendoza.

—¿Cuál será entonces la razón? —preguntó el médico.

—¿No la advierte?

—No.

—Margarita lo ama.

Mendoza se levantó de la silla como si lo moviera un resorte. La declaración de la tía de la viuda era tan inesperada que el hombre creyó estar soñando.

—Lo ama —repitió doña Antonia.

—No lo creo —respondió Mendoza después de un silencio—, ha de ser una equivocación suya.

—¡Equivocación! —dijo la vieja.

Doña Antonia le contó a Mendoza que, curiosa por conocer la causa de las vigiliias de Margarita, había descubierto en su cuarto un *Diario de impresiones*, escrito por ella, a imitación de no sé cuántas heroínas de novelas; ahí había leído la verdad que le acababa de decir.

—Pero si me ama —observó Mendoza, sintiendo que un mundo de esperanza entraba en su alma—, si me ama, ¿por qué rechaza mi corazón?



—El *Diario* explica eso mismo; yo se lo digo: Margarita fue infeliz en el matrimonio; el marido tenía únicamente interés en disfrutar de la fortuna de Margarita, eso le originó la idea de que nunca sería amada por sí misma, sino por el capital que tiene. Atribuye su amor a la codicia. ¿Está convencido?

Mendoza comenzó a protestar.

—Es inútil —dijo doña Antonia—, yo creo en la sinceridad de su afecto; ya desde hace mucho advertí eso, pero ¿cómo convencer a un corazón desconfiado?

—No lo sé.

—Ni yo —dijo la vieja—, pero para eso vine aquí; le pido que vea si puede hacer algo para que mi Margarita vuelva a ser feliz, si en algo puede influir el amor que usted le tiene.

—Creo que es imposible...

Mendoza pensó en contarle a doña Antonia la escena de la víspera, pero se arrepintió a tiempo.

Doña Antonia salió poco después.

La situación de Mendoza, al tiempo que se había vuelto más definida, era más difícil que antes. Hubiera sido posible intentar algo antes de la escena del cuarto, pero después de esto, él creía imposible conseguir nada.

La enfermedad de Margarita duró dos días, al fin de los cuales la viuda se levantó un poco abatida y lo primero que hizo fue escribirle a Mendoza, pidiéndole que fuera a su casa.

Mendoza se sorprendió mucho de la invitación, pero obedeció de inmediato.

—Después de lo que sucedió hace tres días —le dijo Margarita—, usted comprenderá que yo no puedo quedar expuesta a la maledicencia... Dice que me ama; pues bien, nuestro matrimonio es inevitable.

¡*Inevitable!* Esta palabra amargó al médico, que por lo demás no podía rehusarse a esta reparación. Pensaba al mismo tiempo que era amado; y aunque la idea sorprendiera su espíritu, otra venía a disipar ese instantáneo placer, y era la sospecha que Margarita alimentaba respecto de él.

—Estoy a sus órdenes —respondió.

Se admiró doña Antonia de la rapidez del matrimonio cuando Margarita se lo anunció ese mismo día. Supuso que había sido un milagro del joven. Pero tiempo después notó que los novios tenían más cara de entierro que de matrimonio. Le preguntó sobre eso a su sobrina y sólo obtuvo una respuesta evasiva.

La ceremonia del matrimonio fue modesta y reservada. Andrade fue el padrino, doña Antonia la madrina; Jorge habló en el Alcázar con un cura amigo suyo para celebrar el acto. Doña Antonia quiso que los novios se quedaran a vivir en la casa con ella. Cuando Mendoza se encontró a solas con Margarita, le dijo:

—Me casé para salvar tu reputación; no quiero comprometer por la fatalidad de las cosas a un corazón que no me pertenece. Me tendrás como amigo; hasta mañana.

Mendoza salió después de este *speech*, dejando a Margarita suspensa entre el concepto que tenía de él y la impresión de sus palabras.

No había posición más singular que la de estos novios separados por una quimera. El más bello día de la vida se volvía para ellos un día de desgracia y de soledad; la formalidad del matrimonio había sido sencillamente el preludio del más completo divorcio. Menos escepticismo por parte de Margarita, más caballerosidad por parte del joven, les hubieran ahorrado el desenlace sombrío de esta comedia del corazón. Vale más imaginar que describir las torturas de aquella primera noche de bodas.

Pero aquello que el espíritu del hombre no vence, ha de vencerlo el tiempo, quien finalmente tiene la razón. El tiempo convenció a Margarita de que era gratuita su sospecha y, coincidiendo con ella su corazón, se hizo efectivo el matrimonio sólo celebrado.

Andrade ignoró estas cosas; cada vez que se encontraba con Mendoza lo llamaba Colón del amor. Tenía la manía de

todo sujeto a quien las ideas se le ocurren trimestralmente: apenas atrapaba una la iba repitiendo hasta la saciedad.

Los dos esposos son todavía novios y prometen serlo hasta la muerte. Andrade ingresó a la diplomacia y promete ser uno de los astros de nuestra representación internacional. Jorge continúa siendo un alegre juerguista; doña Antonia se prepara para despedirse de este mundo.

En cuanto a *Miss Dollar*, causa indirecta de todos estos acontecimientos, al salir un día a la calle fue atropellada por un carruaje; murió poco después. Margarita no pudo retener algunas lágrimas por la pobre perrita; el cuerpo fue enterrado en el jardín, a la sombra de un naranjo; cubre su sepultura una lápida con esta sencilla inscripción:

*A Miss Dollar.*



## LUIS SOARES

### CAPÍTULO I

Cambiar el día por la noche —decía Luis Soares— es restaurar el imperio de la naturaleza corrigiendo la obra de la sociedad. El calor del sol está diciendo a los hombres que vayan a descansar y a dormir mientras que la frescura propia de la noche es la verdadera estación en la que se debe vivir. Libre en todas mis acciones, no quiero sujetarme a la ley absurda que la sociedad me impone: velaré de noche, dormiré de día.

Contrariamente a varios ministerios, Soares seguía este programa con un escrúpulo digno de una gran conciencia. La aurora era para él el crepúsculo, y el crepúsculo la aurora. Dormía doce horas consecutivas durante el día, es decir: de las seis de la mañana a las seis de la tarde. Almorzaba a las siete y tomaba una comida formal a las dos de la madrugada. No cenaba. Se limitaba a tomar una taza de chocolate que el criado le daba a las cinco de la mañana cuando él entraba en casa. Soares tomaba el chocolate, fumaba dos habanos, hacía algunos ajustes con el criado, leía una página de alguna novela, y se acostaba.

No leía periódicos. Pensaba que un periódico era la cosa más inútil de este mundo después de la Cámara de Diputados, de las obras de los poetas y de las misas. No quiere esto decir que Soares fuera ateo en religión, política y poesía. No. Soares era solamente indiferente. Miraba hacia todas

las grandes cosas con la misma cara con que miraba a una mujer fea. Podría llegar a ser un gran perverso, pero hasta aquí era solamente una gran inutilidad.

Gracias a una buena fortuna que le había dejado su padre, Soares podía gozar la vida que llevaba, esquivando todo tipo de trabajo y entregado solamente a los instintos de su naturaleza y a los caprichos de su corazón. Corazón es tal vez demasiado. Era dudoso que Soares lo tuviera. Él mismo lo decía. Cuando alguna dama le pedía que la amara, Soares respondía:

—Mi deliciosa pequeña, yo nací con la gran ventaja de no tener cosa alguna dentro del pecho ni dentro de la cabeza. Eso que llaman juicio y sentimiento son para mí verdaderos misterios. No los comprendo porque no los siento.

Soares decía además que la fortuna sustituía a la naturaleza dejándole en la cuna en que nació una buena suma de millones de *reis*; pero olvidaba que la fortuna, a pesar de ser generosa, es exigente, y requiere de parte de sus ahijados algún esfuerzo propio. La fortuna no es Danaide. Cuando ve que un barril agota el agua que se le pone dentro, lleva sus cántaros a otra parte. Soares no pensaba en esto. Consideraba que sus bienes renacían como las cabezas de la Hidra antigua. Gastaba a manos llenas, y los *contos de reis*, tan difícilmente acumulados por su padre, se le escapaban de las manos como pájaros esquivos que gozan del aire libre.

Así pues, se encontró pobre cuando menos lo esperaba. Un día de mañana, quiero decir a las aves marías, los ojos de Soares vieron escritas las palabras fatídicas del festín babilónico. Era una carta que el criado le entregaba diciendo que el banquero de Soares la había dejado a medianoche. El criado hablaba como el amo vivía: al mediodía le llamaba medianoche.

—Ya te dije —respondió Soares— que sólo recibo cartas de mis íntimos amigos, o en su caso...

—De alguna muchacha, bien lo sé. Es por eso que no le he dado las cartas que el banquero ha traído desde hace un mes. Hoy, sin embargo, el hombre dijo que era indispensable que yo le diera ésta.

Soares se sentó en la cama y preguntó al criado medio alegre y medio fastidiado:

—¿Entonces tú eres criado de él o mío?

—Mi amo, el banquero dijo que se trata de un gran peligro.

—¿Qué peligro?

—No sé.

—Deja ver la carta.

El criado le entregó la carta.

Soares la abrió y la leyó dos veces. La carta decía que ya no poseía más que seis *contos de reis*. Para Soares seis *contos de reis* eran menos que seis monedas cualesquiera.

Por primera vez en su vida sintió una gran conmoción. La idea de no tener dinero nunca le había acudido al espíritu; no imaginaba que un día se encontrase en la posición de cualquier otro hombre que necesitara trabajar.

Almorzó sin ganas y salió. Fue al Alcázar. Los amigos lo sintieron triste; le preguntaron si era alguna herida de amor. Soares respondió que estaba enfermo. Las cortesanas de la localidad consideraron de buen gusto estar tristes también. La consternación fue general.

Uno de sus amigos, José Pires, propuso un paseo a Botafogo para distraer la melancolía de Soares. El muchacho aceptó. Pero el paseo a Botafogo era tan común que no podía distraerlo. Decidieron ir al Corcovado, idea que fue aceptada y ejecutada inmediatamente.

¿Pero qué hay que pueda distraer a un muchacho en las condiciones de Soares? El viaje a Corcovado sólo le produjo una gran fatiga, útil por cierto, porque al regreso el joven durmió a pierna suelta.

Cuando despertó mandó decir a Pires que viniera a conversar con él con urgencia. De ahí a una hora se detenía

un carro a la puerta: era Pires que llegaba, pero acompañado de una muchacha morena que respondía al nombre de Victoria. Entraron los dos por la sala de Soares con la franqueza y el ruido naturales entre personas de la familia.

—¿No estás enfermo? —Preguntó Victoria al dueño de la casa.

—No —respondió—, pero ¿por qué viniste?

—¡Eso sí que está bueno! —dijo José Pires—, vino porque es mi amiga, mi inseparable taza de café... la mugre de mi uña... ¿Quieres hablarme en privado?

—Quería hacerlo.

—Pues hablemos ahí en cualquier rincón; Victoria se queda en la sala viendo los álbumes.

—Nada —interrumpió la chica—, en ese caso ya me voy. Es mejor; sólo pongo una condición: que ambos han de ir después a mi casa; tendremos una cenita.

—¡Vale! —dijo Pires.

Victoria salió; los dos muchachos se quedaron solos.

Pires era un tipo insensato y entrometido. En cuanto escuchaba una novedad se preparaba para conocer todos los detalles. Lo halagaba la confianza de Soares, y adivinaba que el muchacho iría a comunicarle alguna cosa importante. Para eso asumió un aire digno de la situación. Se sentó cómodamente en una silla de brazos; puso el mango del bastón en su boca y comenzó el ataque con estas palabras:

—Estamos solos. ¿Para qué me quieres?

Soares le confió todo; le leyó la carta del banquero; le mostró en toda su desnudez su miseria. Le dijo que en aquella situación no veía solución posible, y le confesó ingenuamente que la idea del suicidio lo había alimentado durante largas horas.

—¡Un suicidio! —exclamó Pires—, estás loco.

—¡Loco! —respondió Soares—, pues ciertamente no veo otra salida en este callejón. Además es apenas medio suicidio, porque la pobreza ya es media muerte.



—Estoy de acuerdo en que la pobreza no es cosa agradable, y hasta creo...

Pires se interrumpió; una súbita idea le atravesó el espíritu: la idea de que Soares acabase la conferencia pidiéndole dinero. Pires tenía un precepto en su vida: era no prestar dinero a los amigos. No se presta sangre, decía él.

Soares no reparó en la frase cortada del amigo, y dijo:

—Vivir pobre después de haber sido rico... Es imposible.

—¿En este caso qué quieres tú? —preguntó Pires, a quien le pareció que era bueno atacar al toro de frente.

—Un consejo.

—Inútil consejo, puesto que ya tienes una idea fija.

—Tal vez. Aunque te confieso que no se deja la vida con facilidad; mala o buena, siempre cuesta morir. Por otro lado, ostentar mi miseria delante de las personas que me vieron rico es una humillación que no acepto. ¿Qué harías tú en mi lugar?

—Hombre —respondió Pires—, hay muchos medios...

—Venga uno.

—Primer medio. Ve a Nueva York y procura una fortuna.

—No me conviene; en ese caso me quedo en Río de Janeiro.

—Segundo medio. Busca un casamiento rico.

—Es buena sugerencia. ¿Pero dónde está ese casamiento?

—Búscalos. ¿No tienes una prima a la que le gustas?

—Creo que ya no le gusto; y además no es tan rica; tiene apenas unos treinta *contos*, gasto de un año.

—Es un buen principio de vida.

—Nada; otro medio.

—Tercer medio, y es el mejor. Ve a la casa de tu tío, exprésale tu estima, dile que estás arrepentido de la vida pasada, acepta un empleo, en fin, ve si te vuelves su heredero universal.

Soares no respondió; la idea le pareció buena.

—Apuesto a que te agrada este tercer medio —señaló Pires riendo.

—No es malo. Acepto; y bien sé que es difícil y demorado; pero no tengo mucho para escoger.

—Menos mal —dijo Pires levantándose—. Ahora lo que se requiere es tener juicio. El sacrificio ha de costarte, pero recuerda que es el único medio para que tengas dentro de poco tiempo una fortuna. Tu tío es un hombre con achaques y molestias; cualquier día avienta las botas. Aprovecha el tiempo. Y ahora vamos a la cena de Victoria.

—No voy —dijo Soares—, quiero acostumbrarme desde ahora a vivir una vida nueva.

—Bien, adiós.

—Mira, te confié esto sólo a ti; guárdame el secreto.

—Soy una tumba —respondió Pires bajando la escalera.

Pero al día siguiente ya los muchachos y muchachas sabían que Soares se iba a hacer anacoreta... por no tener dinero. El propio Soares reconoció esto frente a los amigos. Todos parecían decirle: ¡qué pena! ¡Nos vamos a perder de mucho!

Pires nunca más lo visitó.

## CAPÍTULO II

El tío de Soares era el mayor Luis da Cunha Vilela, efectivamente un hombre ya viejo y enfermizo. A pesar de eso no se podía decir que moriría pronto. El mayor Vilela observaba un riguroso régimen con el que iba entreteniéndose la vida. Tenía unos buenos sesenta años. Era un viejo alegre y severo al mismo tiempo. Le gustaba reír pero era implacable con las malas costumbres. Constitucional por necesidad, era en el fondo de su alma absolutista. Lloraba por la sociedad antigua; criticaba constantemente a la nueva. En fin, fue el último hombre que abandonó el peluquín con coleta.

Vivía el mayor Vilela en Catumbí, acompañado de su sobrina Adelaida, y con una vieja parienta. Su vida era patriarcal.

Le importaba poco o nada lo que pasaba afuera, se entregaba al cuidado de su casa, adonde pocos amigos y algunas familias vecinas lo iban a ver, y a pasar las noches con él. El mayor conservaba siempre la misma alegría, aun en las ocasiones en que el reumatismo lo postraba. Los reumáticos difícilmente aceptarán eso; pero puedo afirmar que era verdad.

Fue un día de mañana, un día en que, felizmente, el mayor no sentía el menor achaque, y reía y jugaba con sus dos parientas, cuando Soares apareció en Catumbí a la puerta del tío.

Cuando el mayor recibió la tarjeta con el nombre del sobrino, supuso que era una broma. Podía contar con todos en casa, menos con el sobrino. Hacía ya dos años que no lo veía, entre la última y la penúltima vez había mediado año y medio. Pero el muleque le dijo tan seriamente que *nhonhò* Luis estaba en la sala de espera que el viejo terminó por creerlo.

—¿Qué te parece, Adelaida?

La muchacha no respondió.

El viejo fue a la sala de visitas.

Soares había pensado la manera de aparecérselo al tío. Arrodillarse era demasiado dramático; caerle en los brazos exigía cierto impulso íntimo que él no tenía; además lo avergonzaba tener que fingir entusiasmo. Planeó comenzar una conversación ajena al fin que lo llevaba ahí, y acabar dispuesto a soltar una desdichada confesión. Pero este medio tenía el inconveniente de que a la reconciliación la precedería un sermón, que el muchacho quería evitar. Aún no había decidido cuál de las muchas estrategias que le vinieron a la cabeza emplearía, cuando el mayor apareció a la puerta de la sala.

Se detuvo en la puerta sin decir palabra y lanzó sobre el sobrino una mirada severa e interrogadora.

Soares dudó un instante; pero como la situación podía prolongarse sin beneficio para él, el muchacho siguió un

movimiento natural y se acercó al tío extendiéndole la mano.

—Tío —dijo—, no necesita decir nada más; su mirada me dice todo. Fui pecador y me arrepiento. Aquí estoy.

El mayor le extendió la mano, que el muchacho besó con el respeto de que era capaz.

Después se encaminó hacia una silla y se sentó; el muchacho permaneció de pie.

—Si tu arrepentimiento es sincero te abro mi puerta y mi corazón. Si no es sincero te puedes ir; hace mucho tiempo que no frecuento la casa de la ópera; no me gustan los comediantes.

Soares juró que era sincero. Dijo que había sido disipado y loco, pero que a los treinta años era justo tener juicio. Reconocía ahora que su tío siempre había tenido la razón. Al principio tenía la opinión de que eran simples rabietas de un viejo, y nada más; pero ¿no era natural esta liviandad en un muchacho educado en el vicio? Felizmente se corregía a tiempo. Lo que él ahora quería era entrar en el buen camino, y comenzaba por aceptar un empleo público que lo obligara a trabajar y hacerse serio. Se trataba de ganar una posición.

Oyendo el discurso del que hice un extracto arriba, el mayor procuraba adivinar el fondo del pensamiento de Soares. ¿Sería sincero? El viejo concluyó que el sobrino hablaba con el alma en las manos. Su ilusión llegó al punto de verle una lágrima en los ojos, lágrima que no apareció, ni siquiera fingida.

Cuando Soares acabó, el mayor le extendió la mano y apretó la que el muchacho le extendió también.

—Lo creo, Luis. Menos mal que te arrepentiste a tiempo. Eso que vivías no era vida ni muerte; la vida es más digna y la muerte más tranquila que la existencia que malbarataste. Entrás ahora en casa como un hijo pródigo. Tendrás el mejor lugar en la mesa. Esta familia es la misma familia.

El mayor continuó en ese tono; Soares escuchó a pie firme el discurso del tío. Se decía a sí mismo que era una parte del castigo que iba a sufrir y una gran reducción de sus pecados.

El mayor acabó llevando al muchacho hacia adentro, donde los esperaba el almuerzo.

En el comedor estaban Adelaida y la vieja parienta. La señora Antonia de Moura Vilela recibió a Soares con grandes exclamaciones que avergonzaron sinceramente al muchacho. En cuanto a Adelaida, apenas lo saludó sin mirarlo; Soares retribuyó el saludo.

El mayor reparó en esa frialdad; pero parece que algo sabía, porque solamente esbozó una pálida sonrisa, cosa que le era peculiar.

Se sentaron a la mesa y el almuerzo corrió entre las bromas del mayor, las recriminaciones de la señora Antonia, las explicaciones del muchacho y el silencio de Adelaida. Cuando el almuerzo acabó, el mayor invitó al sobrino a que fumase, concesión enorme que el muchacho aceptó finalmente. Las dos señoras salieron; quedaron los dos a la mesa.

—¿Estás entonces dispuesto a trabajar?

—Lo estoy, tío.

—Bueno, voy a ver si te consigo un empleo. ¿Qué empleo prefieres?

—El que usted quiera, tío, mientras sea un trabajo.

—Bien. Llevarás mañana una carta mía a uno de los ministros. Dios quiera que puedas obtener el empleo sin dificultad. Quiero verte trabajador y serio; quiero verte hombre. Las disipaciones no producen nada, a no ser deudas y disgustos... ¿Tienes deudas?

—Ninguna, respondió Soares.

Soares mentía. Tenía una deuda con el sastre, relativamente pequeña; quería pagarla sin que el tío supiera.

Al día siguiente el mayor escribió la carta prometida que el sobrino llevó al ministro; y corrió con tan buena y

feliz suerte que en un mes estaba empleado en una secretaría con una buena remuneración.

Es necesario hacer justicia al muchacho. El sacrificio que hizo al transformar sus hábitos de vida fue enorme y, a juzgarlo por sus antecedentes, nadie lo habría creído capaz de tal cosa. Pero el deseo de perpetuar una vida de disipación puede explicar la mudanza y el sacrificio. En la existencia de Soares, aquello no pasaba de un paréntesis más o menos extenso. Ansiaba cerrarlo y continuar el periodo como había comenzado, esto es, viviendo con Aspasia y enfiestándose con Alcibiades.

El tío no desconfiaba de nada pero temía que el muchacho fuera nuevamente tentado a la fuga, o porque lo sedujera el recuerdo de las disipaciones anteriores, o porque lo aburriera la monotonía y la fatiga del trabajo. Con el fin de impedir el desastre, pensó inspirarle la ambición política. El mayor pensaba que la política sería un remedio decisivo para aquel enfermo, como si no fuera conocido que los laureles de Lovelace y los de Turgot andan muchas veces en la misma cabeza.

Soares no desanimó al mayor. Dijo que era natural acabar su existencia en la política, y llegó a decir que algunas veces había soñado con una silla en el parlamento.

—Pues yo veré si te puedo conseguir eso —respondió el tío—. Lo que es necesario es que estudies la ciencia de la política, la historia de nuestro parlamento y de nuestro gobierno; y principalmente es necesario que continúes siendo lo que eres hoy: un muchacho serio.

Apenas lo decía el mayor, lo hacía Soares, quien desde entonces se metió con los libros y leía con ahínco las discusiones de las cámaras.

Soares no vivía con el tío, pero pasaba allá todo el tiempo que le sobraba del trabajo y regresaba a casa después del té, que era patriarcal, bien diferente de las cenas del tiempo anterior.

No afirmo que entre las dos fases de la existencia de Luis Soares no hubiera algún vínculo de unión, y que el emigrante de las tierras de Gnido no hiciera de cuando en cuando alguna excursión a la patria. En todo caso esas excursiones eran tan secretas que nadie sabía de ellas, tal vez ni los habitantes de las referidas tierras, con excepción de los pocos elegidos para recibir al expatriado. El caso era singular, porque en aquel país no se reconoce al ciudadano naturalizado extranjero, al contrario de Inglaterra, que no da a los súbditos de la reina el derecho de escoger otra patria.

Soares se encontraba de cuando en cuando con Pires. El confidente de aquel converso manifestaba su antigua amistad ofreciéndole un habano y contándole algunas de sus victorias en las campañas de amor, en que aquel individuo cerril suponía ser un general consumado.

Hacía cinco meses ya que el sobrino del mayor Vilela se hallaba empleado, e incluso los jefes de la dependencia no tenían un solo motivo de queja contra él. La dedicación era digna de la mejor causa. Exteriormente se veía en Luis Soares un monje; si se le rascaba un poco se encontraba el diablo.

Y bueno, el diablo vio de lejos una conquista...

### CAPÍTULO III

La prima Adelaida tenía veinticuatro años y su belleza, en el pleno desarrollo de su juventud, tenía la característica de hacer morir de amores. Era alta y bien proporcionada; tenía una cabeza modelada por el tipo antiguo; la frente era espaciosa y alta, los ojos rasgados y negros, la nariz levemente aguileña. Quien la contemplaba durante algunos momentos sentía que ella tenía todas las energías, la de las pasiones y la de la voluntad.

Ha de recordar el lector el frío saludo intercambiado entre Adelaida y su primo; también ha de recordar que

Soares dijo a su amigo Pires haber sido amado por su prima. Líguense estas dos cosas. La frialdad de Adelaida resultaba de un recuerdo que le era doloroso; Adelaida había amado al primo no con un simple amor de primos, que en general resulta de la convivencia y no de una súbita atracción. Lo había amado con todo el vigor y calor de su alma; pero ya entonces el muchacho iniciaba sus pasos en otras regiones y permaneció indiferente a los afectos de la muchacha. Un amigo que sabía del secreto le pregunto un día por qué razón no se casaba con Adelaida, a lo que el muchacho respondió fríamente:

—Quien tiene mi fortuna no se casa; pero si se casa es siempre con quien tenga más. Los bienes de Adelaida son la quinta parte de los míos; para ella es negocio de China; para mí es un mal negocio.

El amigo que había oído esta respuesta no dejó de dar una prueba de su afecto al muchacho, yendo a contar todo a la muchacha. El golpe fue tremendo, no tanto por la certeza que le daba de no ser amada, como por la circunstancia de que ni siquiera se le consideraba digna de estimación. La confesión de Soares era un cuerpo del delito. El confidente oficioso esperaba tal vez recoger o cosechar los despojos de la derrota; pero Adelaida tan deprisa escuchó la delación, como despreció al delator.

El incidente no pasó de esto.

Cuando Soares volvió a casa del tío, la muchacha se encontraba en una dolorosa situación; estaba obligada a convivir con un hombre al cual no podía apreciar. Por su parte el muchacho también se encontraba incómodo, no porque le dolieran las palabras que dijo algún día, sino por causa del tío que ignoraba todo. No lo ignoraba; era lo que suponía el muchacho. El mayor supo de la pasión de Adelaida y supo también de la antipatía que despertaba en el corazón del muchacho. Tal vez no sabía de las palabras textuales repetidas por el amigo de Soares; pero si no conocía



el texto, conocía el espíritu. Sabía que, por ser amado, el joven había comenzado a despreciar a la prima, y que ésta, viéndose rechazada, había empezado a detestar al primo. El mayor supuso durante algún tiempo que la ausencia de Soares tenía por motivo la presencia de la joven en la casa.

Adelaida era hija de un hermano del mayor, hombre muy rico e igualmente excéntrico, que había muerto hacía diez años dejando a la muchacha entregada a los cuidados del hermano. Como el padre de Adelaida había hecho muchos viajes, parece que gastó en ellos la mayor parte de su fortuna. Cuando murió apenas le tocaron a Adelaida, hija única, cerca de treinta *contos*, que el tío conservó intactos para que fueran la dote de la pupila.

Soares se las arregló como pudo, en la singular situación en que se encontraba. No conversaba con la prima; apenas intercambiaba con ella las palabras estrictamente necesarias para no llamar la atención del tío. La muchacha hacía lo mismo.

¿Pero quién puede meter mano en el corazón? La prima de Luis Soares sintió que poco a poco le iba renaciendo el antiguo afecto. Procuró combatirlo sinceramente; pero no se impide el crecimiento de una planta sino arrancándole las raíces. Las raíces existían aún. A pesar de los esfuerzos de la muchacha el amor vino poco a poco invadiendo el lugar del odio, y si hasta entonces el suplicio era grande, ahora era enorme. Se trabó una lucha entre el orgullo y el amor. La muchacha sufrió en silencio; no articuló una palabra.

Luis Soares se daba cuenta de que cuando sus dedos tocaban los de su prima, ella experimentaba una gran emoción: se ponía roja o empalidecía. Aquel muchacho era un gran navegador en los mares del amor: les conocía la calma y la tempestad. Se convenció de que la prima lo amaba otra vez. El descubrimiento no lo alegró; por el contrario, fue motivo de gran irritación. Le preocupaba que el tío, descubriendo el sentimiento de la sobrina, le propusiese el casamiento;

¿rehusarlo no sería comprometer la esperada herencia en el futuro? La herencia sin el casamiento era el ideal del muchacho. “Darme alas —pensaba él— atándome los pies, es lo mismo que condenarme a prisión. Es el destino del loro doméstico; no aspiro a tenerlo.”

Se cumplieron las predicciones del muchacho. El mayor descubrió la causa de la tristeza de la muchacha y resolvió poner término a aquella situación proponiendo al sobrino el casamiento.

Soares no podía rehusar abiertamente sin comprometer la edificación de su fortuna.

—Este casamiento —le dijo el tío— es complemento de mi felicidad. De un sólo tiro reúno a dos personas que estimo tanto, y muero tranquilo sin llevar ningún pesar para el otro mundo. Confío que aceptarás.

—Acepto, tío; pero observo que el casamiento se asienta en el amor y yo no amo a mi prima.

—Bueno, has de amarla; cástate primero...

—No deseo exponerla a una desilusión.

—¿Cuál desilusión! —dijo el mayor sonriendo—. Me gusta oírte hablar ese lenguaje poético, pero el casamiento no es poesía. Es verdad que es bueno que dos personas antes de casarse se tengan ya alguna estima mutua. Eso creo que lo tienes. Los fuegos ardientes, mi querido sobrino, son cosas que quedan bien en verso, e inclusive en prosa; pero en la vida, que no es prosa ni verso, el casamiento apenas exige cierta afinidad de personalidad, de educación y de aprecio.

—Usted, tío, sabe que no me rehúso a una orden suya.

—¿Orden, no! No te ordeno, te propongo. Dices que no amas a tu prima; pues bien, hazlo por eso, y de aquí a algún tiempo cásense, que me darán gusto. Lo que yo quiero es que sea pronto, porque no estoy lejos de entregar la cáscara.

El muchacho aceptó. No pudiendo resolver la dificultad, la retrasó. El mayor quedó satisfecho con el arreglo y

consoló a la sobrina con la promesa de que podía casarse un día con el primo. Era la primera vez que el viejo tocaba semejante asunto, y Adelaida no disimuló su asombro, asombro que halagó profundamente la perspicacia del mayor.

—Ah, ¿tú piensas —dijo él— que yo por ser viejo ya perdí los ojos del corazón? Veo todo, Adelaida; veo incluso aquello que se quiere esconder.

La muchacha no pudo retener algunas lágrimas; como el viejo la consoló dándole esperanzas, ella respondió moviendo la cabeza:

—¡Esperanzas, ninguna!

—¡Descansa en mí! —dijo el mayor.

Aun cuando el ofrecimiento del tío era espontáneo e hijo del amor que profesaba a su sobrina, ella comprendió que semejante intervención podía hacer suponer al primo que ella limosneaba los afectos de su corazón.

Aquí habló el orgullo de la mujer, que prefería el sufrimiento a la humillación. Cuando expuso estas objeciones al tío, el mayor sonrió afablemente y procuró calmar la susceptibilidad de la muchacha.

Pasaron algunos días sin más incidentes; el muchacho disfrutaba con el aplazamiento que le había dado el tío. Adelaida readquirió su aire frío e indiferente. Soares comprendió el motivo, y a aquella manifestación de orgullo respondía con una sonrisa. Dos veces notó Adelaida esa expresión de desdén por parte del primo. ¡Que más necesitaba para reconocer que el muchacho sentía por ella la misma indiferencia de otros tiempos! Además de todo, siempre que los dos se encontraban solos, Soares era el primero que se apartaba de ella. Era el mismo hombre.

“No me ama, ¡no me amaré nunca!” —se decía la muchacha.

## CAPÍTULO IV

Un día de mañana el mayor Vilela recibió la siguiente carta:

Mi valiente mayor:

Llegué de Bahía hoy mismo, e iré contigo esta tarde para verte y abrazarte. Prepara una comida. Creo que no me has de recibir como a cualquier individuo. No olvides el vatapá.

Tu amigo, Anselmo.

—¡Bravo! —dijo el mayor—. Tenemos por aquí a Anselmo; prima Antonia, mande hacer un buen vatapá.

El Anselmo que había llegado de Bahía se llamaba Anselmo Barroso de Vasconcelos. Era un hacendado rico y veterano de la independencia. Con sus setenta y ocho años aún se mostraba erguido y capaz de grandes hechos. Había sido íntimo amigo del padre de Adelaida, que lo presentó al mayor, y desde entonces se hizo amigo de él después que el otro murió. Anselmo acompañó al amigo hasta sus últimos instantes y lloró la pérdida como si fuera su propio hermano. Las lágrimas cimentaron la amistad entre él y el mayor.

Por la tarde apareció Anselmo, bromista y vivo como si comenzase para él una nueva juventud. Abrazó a todos; dio un beso a Adelaida, a quien felicitó por el desarrollo de sus gracias.

—No se ría de mí —le dijo—, yo fui el mayor amigo de su padre. ¡Pobre amigo! Murió en mis brazos.

Soares, que sufría con la monotonía de la vida que llevaba en casa de su tío, se alegró con la presencia del bromista anciano, que era una verdadera explosión de fuegos artificiales. Anselmo no pareció simpatizar con el sobrino del mayor. Cuando el mayor escuchó esto, dijo:

—Lo siento mucho, porque Soares es un muchacho serio.

—Creo que es demasiado serio. Muchacho que no ríe...

No sé qué incidente interrumpió la frase del hacendado. Después de cenar, Anselmo dijo al mayor:

—¿Qué día es mañana?

—Quince

—¿De qué mes?

—¡De cuál va a ser!, de diciembre.

—Bueno; mañana 15 de diciembre necesito tener una conversación contigo y tus parientes. Si el vapor se hubiese demorado un día más en el camino, habría preparado un buen discurso.

Al día siguiente se verificó la conferencia pedida por Anselmo. Estaban presentes el mayor, Soares, Adelaida y doña Antonia, únicos parientes del finado.

—Hoy hace diez años que falleció el padre de esta muchacha —dijo Anselmo señalando a Adelaida—. Como saben el doctor Bento Vilela fue mi mejor amigo, y yo tengo conciencia de haber correspondido a su afecto hasta los últimos instantes. Saben que él era un genio excéntrico; toda su vida tuvo una gran originalidad. Ideaba veinte proyectos, cual más grandioso, cual más imposible, sin llegar al final de ninguno, porque su espíritu creador tan de prisa componía una cosa como comenzaba a planear otra.

—Es verdad —interrumpió el mayor.

—Bento murió en mis brazos, y como última prueba de su amistad me confió un papel con la indicación de que sólo lo abriera en presencia de sus parientes, diez años después de su muerte. En el caso de que yo muriera, mis herederos asumirían esta obligación; a falta de ellos, lo haría el mayor, la señora doña Adelaida o, en pocas palabras, cualquier persona que por la sangre estuviera ligada a él. En fin, si no hubiera nadie en las condiciones mencionadas quedaba encargado un notario. Todo eso había yo declarado en mi testamento, que voy a reformar. El papel al que me refiero lo tengo aquí en el bolso.

Hubo un movimiento de curiosidad.

Anselmo sacó del bolso una carta cerrada con lacre negro.

—Es éste —dijo—, está intacto. No conozco el texto; pero puedo más o menos saber lo que está adentro por circunstancias que voy a referir.

Redobló la atención general.

—Antes de morir —continuó Anselmo—, mi querido amigo me entregó una parte de su fortuna; quiero decir, la mayor parte, porque su pequeña hija recibió apenas treinta *contos*. Yo recibí de él trescientos *contos*, que guardé hasta ahora intactos, y que debo restituir siguiendo las indicaciones de esta carta.

A un movimiento de sorpresa en todos, siguió un movimiento de ansiedad. ¿Cuál sería la voluntad misteriosa del padre de Adelaida? Doña Antonia recordó que cuando era muchacha había sido novia del difunto, y por un momento se regodeó en la idea de que el viejo maniático se hubiera acordado de ella a las puertas de la muerte.

—En esto reconozco yo a mi hermano Bento —dijo el mayor aspirando un poco de rapé—; el hombre de los misterios, de las sorpresas y las ideas extravagantes, sea dicho sin agravio de sus pecados, si es que los tuvo...

Anselmo había abierto la carta. Todos prestaron oídos. El veterano leyó lo siguiente:

Mi estimadísimo amigo Anselmo:

Quiero que me brindes un último favor. Tienes contigo la mayor parte de mi fortuna, y diría que la mejor, si tuviese que aludir a mi querida hija Adelaida. Guarda esos trescientos *contos* de aquí a diez años, y al terminar el plazo, lee esta carta frente a mis parientes.

Si en esa época mi hija Adelaida estuviera viva y casada entrégale la fortuna. Si no estuviera casada, entrégasela también, pero con una condición: que se case con mi sobrino Luis Soares, hijo de mi hermana Luisa; lo quiero mucho, y a pesar de ser rico, deseo que entre en posesión de la fortuna

con mi hija. En el caso de que ella se rehúse a esta condición, quédate tú con toda la fortuna.

Cuando Anselmo acabó de leer esta carta siguió un silencio de sorpresa general, del que participaba el propio veterano, ajeno hasta entonces al contenido de la carta.

Soares tenía los ojos en Adelaida; ella los tenía en el suelo.

Como el silencio se prolongaba, Anselmo decidió romperlo.

—Ignoraba, como todos —dijo—, el contenido de esta carta; felizmente llega a tiempo de realizarse la última voluntad de mi finado amigo.

—Sin duda alguna —dijo el mayor.

Al escuchar esto, la muchacha levantó insensiblemente los ojos hacia el primo, y se encontraron con los de él. Los de él derramaban contento y ternura; la muchacha los observó durante algunos instantes. Una sonrisa, ya no burlesca, pasó por los labios del muchacho. La chica sonrió con tamaño desdén a las burlas de un cortesano.

Anselmo se levantó.

—Ahora que están conscientes de esto —dijo a los dos primos—, espero que lo resuelvan, y como el resultado no puede ser dudoso, desde ya los felicito. Mientras, han de darme permiso, que tengo que ir a otras partes.

Con la salida de Anselmo se dispersó la reunión. Adelaida fue hacia su habitación con la vieja parienta. El tío y el sobrino se quedaron en la sala.

—Luis —dijo el primero—, eres el hombre más feliz del mundo.

—¿Le parece, tío? —dijo el muchacho procurando disfrazar su alegría.

—Sí. Tienes una mujer que te ama locamente. De repente le cae en las manos una fortuna inesperada; y esa fortuna sólo puede tenerla con la condición de que se case contigo. Hasta los muertos trabajan a tu favor.

—Le garantizo, tío, que la fortuna no pesa nada en estos casos y si me determino a casar con la prima será por otro motivo.

—Bien sé que la riqueza no es esencial; no lo es. Pero finalmente tiene algún valor. Es mejor tener trescientos *contos* que treinta; siempre es un cero más. De cualquier manera no te aconsejo que te cases con ella si no tuvieras algún afecto. Date cuenta de que no me refiero a esas pasiones de que me hablaste. Casarse mal, a pesar de la riqueza, es siempre casarse mal.

—Estoy convencido de eso, querido tío. Por eso aún no he dado mi respuesta, ni la doy por ahora. Si yo me apasionara por la prima, estaría listo para entrar en posesión de esa inesperada riqueza.

Como el lector habrá adivinado, la resolución del casamiento ya estaba asentada en el espíritu de Soares. En vez de esperar la muerte del tío, le parecía mejor entrar inmediatamente en posesión de un excelente peculio, lo que se le figuraba aún más fácil, ya que era la voz de la tumba la que lo imponía.

Soares contaba también con la profunda veneración de Adelaida por su padre. Esto, ligado al amor que la muchacha sentía por él, debía producir el deseado efecto.

Esa noche el muchacho durmió poco. Soñó con el oriente, y la imaginación le dibujó un harén exhalando las mejores esencias de Arabia, el piso cubierto con tapetes de Persia; sobre suaves divanes se ostentaban las más perfectas bellezas del mundo. Una circasiana bailaba en medio del salón al sonido de un pandero de marfil. Pero un furioso eunuco precipitándose en la sala con el yatagán desenvainado lo enterró todo en el pecho de Soares, que despertó con la pesadilla y ya no pudo conciliar el sueño.

Se levantó más temprano y fue a pasear hasta llegar la hora del almuerzo y de ir al trabajo.



## CAPÍTULO V

El plan de Luis Soares estaba hecho.

Se trataba de deponer las armas poco a poco, simulando ser vencido ante la influencia de Adelaida. La circunstancia de la riqueza volvía necesaria toda moderación. La transición debía ser lenta. Estaba obligado a ser diplomático.

Los lectores habrán visto que, a pesar de ciertas argucias de parte de Soares, no era capaz de comprender bien las cosas y por otro lado su carácter era indeciso y variado.

Dudó en casarse con Adelaida cuando su tío le habló de eso, cuando era verdad que habría de obtener más tarde la fortuna del mayor. Decía entonces que no tenía vocación de loro. La situación ahora era la misma; aceptaba una fortuna mediante una prisión. Es verdad que si esta resolución era contraria a la primera, podía originarse en el cansancio que le iba produciendo la vida que llevaba. Además de que, esta vez, la riqueza no se hacía esperar; era entregada inmediatamente después del matrimonio.

“Trescientos *contos* —pensaba el muchacho— es cuanto basta para que yo sea más de lo que fui. Lo que no han de decir los otros.”

Previendo la felicidad, Soares comenzó el asedio de la plaza, plaza rendida por cierto. Ya buscaba el muchacho los ojos de la prima, ya los encontraba; ya les pedía lo que había rechazado hasta entonces, el amor de la muchacha. Cuando, a la mesa, sus manos se encontraban, Soares tenía cuidado en demorar el contacto, y si la muchacha retiraba la mano, no se desanimaba por ello. Cuando se encontraba a solas con ella, no huía como antes, ahora le dirigía alguna palabra, a la que Adelaida respondía con frío refinamiento.

“Quiere vender caro el pescado”, pensaba Soares.

Una vez se atrevió a más. Adelaida tocaba el piano cuando él entró sin que ella lo viese. Cuando acabó, Soares estaba detrás de ella.

—¡Qué lindo! —dijo—, déjeme besar esas manos inspiradas. La muchacha lo miró seria, tomó el pañuelo que había dejado sobre el piano y salió sin decir palabra.

Esta escena le mostró a Soares toda la dificultad de la empresa; pero confiaba en sí mismo, no porque se reconociera capaz de grandes esfuerzos, sino por una especie de esperanza en su buena estrella.

—Es difícil remontar la corriente —dijo—, pero se remonta. No se hacen Alejandros en la conquista de las plazas desarmadas.

Con todo, las desilusiones se iban sucediendo, y si no lo alentase la idea de riqueza, habría abatido las armas.

Un día decidió escribirle una carta. Pensó que era difícil exponerle todo cuanto sentía; pero pensó también que una carta, por mucho odio que ella sintiera, siempre sería leída.

Adelaida devolvió la carta por medio del muleque de la casa que se la había entregado.

La segunda carta tuvo la misma suerte. Cuando mandó la tercera el muleque no la quiso recibir.

Luis Soares tuvo un instante de desengaño. Si antes la joven le era indiferente, ahora ya comenzaba a odiarla; si se casara con ella era probable que la tratara como enemigo mortal.

La situación se volvía ridícula para él; o ya lo era desde hacía mucho antes, pero sólo entonces lo comprendió. Para escapar de este absurdo, decidió dar un golpe final, más grande. Aprovechó la primera ocasión que pudo e hizo una declaración precisa a la muchacha, llena de súplicas, de suspiros, tal vez de lágrimas. Confesó sus errores, reconoció que no la había comprendido; pero se arrepentía y confesaba todo. La influencia de ella había acabado por derrotarlo.

—¿Derrotarlo? —dijo ella—, no comprendo. A qué influencia se refiere.

—Bien lo sabe; a la influencia de su belleza, de su amor... No suponga que le estoy mintiendo. ¡Hoy me sien-

to tan apasionado que sería capaz de cometer un crimen!

—¿Un crimen?

—¿No es crimen el suicidio? ¿De qué me serviría la vida sin su amor? ¡Vamos, dígalos!

La muchacha lo miró unos instantes sin decir palabra. El muchacho se arrodilló.

—Sea la muerte o sea la felicidad —dijo—, quiero recibirla de rodillas.

Adelaida sonrió y soltó lentamente estas palabras:

—¡Trescientos *contos*! Es mucho dinero para comprar un miserable.

Soares se quedó petrificado. Durante unos minutos se mantuvo en la misma posición, con los ojos fijos en la muchacha, que se apartaba lentamente. El muchacho se doblaba al peso de la humillación. No había previsto tan cruel respuesta de parte de Adelaida. Ni una palabra de odio, ni un indicio de rabia, apenas un calmo desdén, un desprecio tranquilo y soberano. Soares sufrió mucho cuando perdió la fortuna; pero ahora que su orgullo fue humillado, su dolor era infinitamente mayor.

¡Pobre muchacho!

La joven fue hacia dentro. Parece que contaba con la escena; porque entrando en casa fue de inmediato a buscar al tío, y le declaró que, a pesar de cuanto veneraba la memoria de su padre, no podía obedecerlo y desistía del casamiento.

—¿Pero no lo amas tú? —Le preguntó el mayor.

—Lo amé

—¿Amas a otro?

—No.

—Entonces explícate.

Adelaida expuso francamente el procedimiento de Soares desde que había llegado, el cambio que había experimentado, su ambición, la escena del jardín. El mayor escuchó atentamente a la muchacha, procuro disculpar al

sobrino, pero en el fondo creía que Soares era un mal tipo.

Después que pudo refrenar su cólera, Soares entró en casa y fue a decir hasta mañana a su tío.

Pretextó que tenía un negocio urgente.

## CAPÍTULO VI

Adelaida contó minuciosamente al amigo de su padre los sucesos que la obligaban a no cumplir la condición de la carta póstuma confiada a Anselmo. En consecuencia de este rechazo, la fortuna debía quedar con Anselmo; la muchacha se contentaba con lo que tenía.

No se dio Anselmo por vencido, y antes de aceptar el rechazo fue a ver si sondeaba el espíritu de Luis Soares.

Cuando el sobrino del mayor vio entrar por su casa al hacendado, sospechó que el motivo estaría relacionado con el casamiento. Anselmo era perspicaz, de modo que a pesar de la apariencia de víctima con la que Soares se le presentó, comprendió que Adelaida tenía razón.

De modo que todo estaba terminado. Anselmo se dispuso a partir para Bahía y así lo declaró a la familia del mayor.

En las vísperas de su partida se encontraban todos juntos en la sala de visitas, cuando Anselmo soltó estas palabras:

—Mayor, está cada vez mejor y fuerte. Yo creo que un viaje a Europa le hará bien. A esta muchacha también le gustará ver Europa, y creo que la señora doña Antonia, a pesar de la edad, también querrá ir. Por mi parte sacrifico Bahía y voy también. ¿Aprueban la idea?

—Hombre —dijo el mayor—, es necesario pensar...

—¡Cuál pensar! Si piensan no se embarcarán. ¿Qué dices, muchachita?

—Yo obedezco a mi tío —respondió Adelaida.

—Además de que —dijo Anselmo— ahora que doña

Adelaida ha recibido una gran fortuna, ha de querer apreciar lo que hay de bonito en los países extranjeros, a fin de valorar mejor lo que hay en el nuestro...

—Sí —dijo el mayor—; pero usted habla de una gran fortuna...

—Trescientos *contos*.

—Que son suyos.

—¡Míos! ¿Entonces soy un raterillo? ¿Qué me importa a mí la fantasía de un generoso amigo? El dinero es de esta muchacha, su legítima heredera, y no mío, que por cierto tengo bastante.

—¡Esto es maravilloso, Anselmo!

—¿Qué sería si no fuera así?

El viaje a Europa quedó convenido.

Luis Soares escuchó toda la conversación sin decir palabra; pero la idea de que tal vez pudiera ir con el tío le sonrió al espíritu. Al día siguiente tuvo un desengaño cruel. El mayor le dijo que antes de partir lo dejaría recomendado con el ministro. Aun así, Soares intentó ver si lograba seguir a la familia. ¿Era simple codicia de la fortuna del tío, deseo de ver nuevas tierras, o impulso de venganza contra la prima? Era todo eso, tal vez.

A última hora se fue la esperanza postrera. La familia partió sin él. Abandonado, pobre, teniendo por única perspectiva el trabajo diario, sin esperanzas en el futuro y, lo que es más, humillado y herido en su amor propio, Soares tomó la triste resolución de los cobardes.

Un día, de noche, el criado escuchó un tiro en el cuarto de Soares; corrió, encontró un cadáver.

Pires supo de la noticia en la calle, y corrió a la casa de Victoria, a la que encontró en el tocador.

—¿Ya lo sabes? —Le preguntó.

—No, ¿qué cosa?

—Soares se mató.

—¿Cuándo?

—En este momento.

—¡Desdichado! ¿Es en serio?

—Sí, es en serio. ¿Vas a salir?

—Voy al Alcázar.

—¿Hoy se canta *Barbe bleue*, no es verdad?

—Sí

—Pues yo también voy.

Y comenzó a tararear la canción de *Barbe bleue*.

Luis Soares no tuvo otra oración fúnebre de sus amigos más íntimos.

## EL SECRETO DE AUGUSTA

### CAPÍTULO I

Son las once de la mañana.

Doña Augusta Vasconcelos está reclinada sobre un sofá, con un libro en la mano. Adelaida, su hija, pasea los dedos por el teclado del piano.

—¿Papá ya se despertó? —pregunta Adelaida a su madre.

—No —responde, sin apartar los ojos del libro.

Adelaida se levantó y se acercó a Augusta.

—Pero es tan tarde, mamá, son las once. Papá duerme mucho.

Augusta dejó caer el libro en su regazo, y dijo mirando a Adelaida:

—Es que naturalmente se acostó muy tarde.

—Ya me di cuenta de que nunca me despido de papá cuando me voy a acostar. Anda siempre afuera.

Augusta sonrió:

—Eres una pueblerina, te acuestas temprano, como las gallinas. Aquí la costumbre es otra. Tu padre tiene que hacer de noche.

—¿Es por la política, mamá? —preguntó Adelaida.

—No sé —respondió Augusta.

Comencé diciendo que Adelaida era hija de Augusta, y esta información, indispensable para la historia, no lo era menos en la vida real en que ocurrió el episodio que voy a contar, porque a primera vista nadie diría que eran madre

e hija: parecían dos hermanas, tan joven era la mujer de Vasconcelos.

Augusta tenía treinta años y Adelaida quince; pero comparativamente la madre parecía más joven aun que la hija. Conservaba la misma frescura de los quince años, y tenía de más lo que le faltaba a Adelaida, que era la conciencia de la belleza y de la juventud; conciencia que sería loable si no tuviese como consecuencia una inmensa y profunda vanidad. Su estatura era mediana pero imponente. Era muy blanca y sonrosada. Tenía los cabellos castaños y los ojos azules. Las manos largas y bien perfiladas parecían creadas para las caricias del amor. Augusta daba un mejor empleo a sus manos: las vestía con guantes de fina y tersa piel.

Los encantos de Augusta estaban todos también en Adelaida, pero en embrión. Se adivinaba que a los veinte años Adelaida rivalizaría con Augusta; pero por ahora se conservaban en la muchacha ciertos residuos de infancia que no daban realce a los elementos que la naturaleza había puesto en ella.

Sin embargo, era perfectamente capaz de despertar el amor en un hombre, sobre todo si ese hombre fuese poeta y le gustasen las vírgenes de quince años, además porque era un poco pálida y los poetas de todas las épocas se han rendido siempre ante las criaturas de piel descolorida.

Augusta vestía con suprema elegancia; gastaba mucho, es verdad; pero aprovechaba bien los enormes gastos, si acaso eso es aprovecharlos. Debe, por supuesto, hacerse justicia: Augusta no regateaba nunca; pagaba el precio que le pedían por cualquier cosa. Ponía en eso su dignidad, y creía que el procedimiento contrario era ridículo, y de baja estofa.

En este punto Augusta compartía los sentimientos y servía a los intereses de algunos mercaderes que entienden como deshonor hacer descuentos en el precio de sus mercaderías.

El proveedor de telas de Augusta, cuando hablaba a este respecto, solía decirle:



—Pedir un precio y dar la mercancía por otro precio menor, es confesar que había intención de estafar al cliente.

El proveedor prefería estafar sin confesarlo.

Otra cosa justa que debemos reconocer, era que Augusta no ahorraba esfuerzos para que Adelaida fuera tan elegante como ella.

No era poco el trabajo.

Adelaida, desde los cinco años, había sido educada en el campo, en casa de unos parientes de Augusta, más dados al cultivo del café que a los gastos del guardarropa. Adelaida fue educada con esos hábitos y esas ideas. Por eso, cuando llegó a la ciudad, donde se reunió con la familia, hubo en ella una verdadera transformación. Pasaba de una civilización a otra, como si hubieran transcurrido muchos años. Lo que le valió es que tenía en su madre a una excelente maestra. Adelaida se transformó, y en el día en que comienza esta narración ya era otra. Aunque todavía estaba muy lejos de ser como Augusta.

En el momento en que Augusta respondía a la curiosa pregunta de su hija acerca de las ocupaciones de Vasconcelos, un carruaje se paró a la puerta.

Adelaida corrió a la ventana.

—Es doña Carlota, mamá —dijo la muchacha regresando a la sala.

Pocos minutos después entraba en la sala la doña Carlota en cuestión. Los lectores conocerán a este nuevo personaje con el simple comentario de que era una copia de Augusta; hermosa como ella, elegante como ella, vanidosa como ella.

Todo esto quiere decir que ambas eran las más afables enemigas que puede haber en este mundo.

Carlota venía a pedirle a Augusta que fuese a cantar en un concierto que iba a dar en su casa, planeado por ella con el fin de estrenar un magnífico vestido nuevo.

Augusta, de buena voluntad, accedió al pedido.

—¿Cómo está tu marido? —le preguntó a Carlota.  
—Salió a la Plaza; ¿y el tuyo?  
—El mío duerme.  
—¿Como un justo? —preguntó Carlota sonriendo maliciosamente.  
—Así parece —respondió Augusta.  
En ese momento, Adelaida, que a pedido de Carlota había ido a ejecutar un nocturno al piano, regresó al grupo.  
La amiga de Augusta le preguntó:  
—Apuesto a que ya tienes algún novio en mente.  
La muchacha se sonrojó mucho, y balbuceó:  
—No diga eso.  
—¡Seguro que sí lo tienes! O estarás muy cerca del momento en que habrás de tenerlo, y desde ahora te auguro que ha de ser bien parecido...  
—Es muy pronto —dijo Augusta.  
—¡Pronto!  
—Sí; está muy niña, se casará cuando llegue el momento, y ese día aún está lejos...  
—Ya sé —dijo Carlota riendo—, quieres prepararla bien... Apruebo tu intención. Pero en ese caso no le quites las muñecas todavía.  
—Ya no las tiene.  
—Entonces es difícil alejar a los pretendientes. Una cosa sustituye a la otra.  
Augusta sonrió, y Carlota se levantó para salir.  
—¿Ya te vas? —dijo Augusta.  
—Me es necesario; adiós.  
—Adiós.  
Intercambiaron algunos besos y Carlota salió de inmediato.  
Casi en seguida llegaron dos mensajeros; uno con algunos vestidos y el otro con una novela; eran encargos hechos en la víspera. Los vestidos eran carísimos y la novela tenía este título: *Fanny*, por Ernesto Feydeau.

## CAPÍTULO II

Hacia la una de la tarde de ese mismo día se levantó Vasconcelos de la cama.

Vasconcelos era un hombre de cuarenta años, bien parecido, dotado de un maravilloso par de patillas grisáceas, que le daban un aire de diplomático, cosa de la que estaba alejado por lo menos unas buenas cien leguas. Tenía una cara risueña y una actitud extrovertida: todo él respiraba una robusta salud.

Poseía una buena fortuna y no trabajaba; o sea, trabajaba mucho en la destrucción de la fortuna referida, obra en la que su mujer colaboraba concienzudamente.

La observación de Adelaida era verdadera: Vasconcelos se acostaba tarde, se despertaba siempre después del mediodía y salía al anochecer, a la hora de las aves marías, para volver a la madrugada siguiente. Quiere decir que con regularidad hacía algunas breves excursiones a la casa de la familia.

Sólo una persona tenía el derecho de exigir a Vasconcelos una mayor asiduidad en su casa: era Augusta; pero ella nada le decía. No por eso se llevaban mal, porque el marido, en compensación a la tolerancia de su esposa no le negaba nada, y todos los caprichos de ella eran pronto satisfechos.

Si ocurría que Vasconcelos no podía acompañarla a todos los paseos y bailes, se encargaba de ello un hermano de él, comendador de dos órdenes, político de oposición, excelente jugador de cartas en el rocambor, y hombre amable en sus horas libres, que eran pocas. El hermano, Lorenzo, era lo que se puede llamar un hermano terrible. Obedecía a todos los deseos de su cuñada, pero no le ahorraba de cuando en cuando un sermón al hermano. Buena semilla que no germinaba.

Despertó, pues, Vasconcelos, y despertó de buen humor. La hija se alegró mucho al verlo, y él mostró una gran afabilidad hacia su mujer, que le retribuyó del mismo modo.

—¿Por qué te despiertas tan tarde? —preguntó Adelaida acariciando las patillas de Vasconcelos.

—Porque me acuesto tarde.

—¿Pero por qué te acuestas tarde?

—¡Eso ya es mucho preguntar! —dijo Vasconcelos sonriendo.

Y continuó:

—Me acuesto tarde porque así lo exigen las necesidades políticas. Tú no sabes qué es la política; es una cosa muy fea, pero muy necesaria.

—¡Sé lo que es la política! ¡Sí que lo sé! —dijo Adelaida.

—¿Ah, sí? Explícame entonces lo que es.

—Allá en el campo, cuando le rompieron la cabeza al juez de paz, dijeron que había sido por política; lo que me pareció extraño, porque lo político hubiera sido que no le rompieran la cabeza...

Vasconcelos rio mucho con la observación de su hija, y fue a almorzar, exactamente cuando entraba el hermano, que no pudo dejar de exclamar:

—¡A buena hora almuerzas tú!

—Ya empiezas con tus reprimendas. Yo almuerzo cuando tengo hambre... No intentes ahora esclavizarme a las horas y a las denominaciones. Llámalo almuerzo o *lunch*, lo cierto es que estoy comiendo.

Lorenzo le contestó con un gesto.

Terminado el almuerzo se anunció la llegada del señor Batista. Vasconcelos fue a recibirlo en su despacho.

Batista era un muchacho de veinticinco años; era el prototipo del parrandero; excelente compañero en una cena de sociedad equívoca; nulo comensal en una mesa de sociedad honesta. Tenía chispa y cierta inteligencia, pero era indispensable que estuviera en su propio ambiente para que se le desarrollaran esas cualidades. Por lo demás, era apuesto; tenía un lindo bigote; calzaba finos botines de Campas, y se vestía con un excelente gusto; fumaba tanto como un soldado y tan bien como un *lord*.

—Apuesto a que acabas de despertar —dijo Batista entrando al despacho de Vasconcelos.

—Hace tres cuartos de hora. Almorcé en este instante. Toma un habano.

Batista aceptó el cigarro y se estiró en una silla americana, mientras Vasconcelos encendía un fósforo.

—¿Viste a Gómez? —preguntó Vasconcelos.

—Lo vi ayer. Gran noticia: rompió con la sociedad.

—¿De veras?

—Cuando le pregunté por qué motivo nadie lo había visto desde hacía un mes, me respondió que estaba pasando por una transformación, y que del Gómez que fue sólo quedará el recuerdo. Parece mentira, pero el muchacho habla con convicción.

—No creo; debe ser alguna broma que nos quiere hacer. ¿Qué novedades hay?

—Nada; mejor dicho, eres tú quien debería saber algo...

—Yo... Nada.

—¿Ah, no? ¿No estuviste ayer en el Jardín?

—Sí, ahí estuve; hubo una cena...

—Cena de familia, ¿no? Yo fui al Alcázar. ¿A qué hora terminó la reunión?

—A las cuatro de la mañana...

Vasconcelos se extendió en una hamaca, y la conversación continuó en ese tono, hasta que un muleque vino a avisarle que estaba en la sala el señor Gómez.

—¡He aquí al hombre! —dijo Batista.

—Dile que suba —ordenó Vasconcelos.

El muleque bajó para dar el recado; pero Gómez apareció un cuarto de hora después, pues se había demorado abajo conversando con Augusta y Adelaida.

—Quien está vivo siempre aparece —dijo Vasconcelos al ver al muchacho.

—Ustedes no me procuran... —dijo él.

—Perdón, yo fui dos veces a buscarte, y me dijeron que habías salido.

—Sólo por casualidad, porque yo casi nunca salgo.

—¿Pero entonces estás hecho un perfecto ermitaño?

—Estoy hecho una crisálida; voy a reaparecer como mariposa —dijo Gómez sentándose.

—Oh, tenemos poesía... ¿Qué te parece, Vasconcelos?...

El nuevo personaje, este Gómez tan deseado y tan escondido, aparentaba tener cerca de treinta años. Él, Vasconcelos y Batista eran la trinidad del placer y de la disipación, ligada por una indisoluble amistad. Cuando Gómez, desde casi un mes antes, dejó de aparecer en los círculos de costumbre, todos lo notaron, pero sólo Vasconcelos y Batista lo sintieron de verdad. En ese momento no insistieron mucho en arrancarlo de la soledad, solamente por la consideración de que tal vez hubiera en eso algún interés del muchacho por quedarse así.

Gómez fue, por lo tanto, recibido como un hijo pródigo.

—¿Pero dónde te metiste? ¿Qué es eso de la crisálida y la mariposa? ¿Te crees que soy del campo?

—Es lo que les digo, mis amigos. Me están saliendo alas.

—¡Alas! —dijo Batista sofocando una carcajada.

—Sólo que sean alas de gavilán para caer sobre...

—No, estoy hablando en serio.

Y, en efecto, Gómez mostraba un aire serio y convincente.

Vasconcelos y Batista se miraron uno al otro.

—Pues si es verdad lo que dices, explícanos qué alas son esas, y sobre todo hacia dónde es que quieres volar.

A estas palabras de Vasconcelos, agregó Batista:

—Sí, debes darnos una explicación, y si nosotros, que somos tu consejo de familia, consideramos que la explicación es satisfactoria, la aprobaremos; sino, te quedarás sin alas y volverás a ser lo que siempre has sido...

—De acuerdo —apoyó Vasconcelos.

—Es muy fácil; me están saliendo alas de ángel, y quiero volar al cielo del amor.

—¡Del amor! —exclamaron los dos amigos de Gómez.

—Así es —continuó Gómez—. ¿Qué fui yo hasta hoy? Un verdadero disipado, un perfecto parrandero, gastando a manos llenas mi fortuna y mi corazón. Pero ¿es esto suficiente para llenar una vida? Creo que no...

—Hasta ahí estoy de acuerdo... Eso no basta; es necesario que haya otra cosa; la diferencia está en la manera de...

—Exactamente —dijo Gómez—, exactamente; es natural que ustedes piensen de otra manera, pero yo creo que tengo razón en decir que sin el amor casto y puro la vida no es más que un desierto.

Batista dio un salto.

Vasconcelos clavó los ojos en Gómez.

—Apuesto a que te vas a casar —le dijo.

—No sé si me voy a casar; sí sé que amo, y espero acabar por casarme con la mujer a quien amo.

—¡Casarte! —exclamó Batista.

Y soltó una estridente carcajada.

Pero Gómez hablaba tan seriamente, insistía con tanta gravedad en aquellos proyectos de regeneración, que los dos amigos terminaron por oírlo con igual seriedad.

Gómez hablaba en un lenguaje extraño y enteramente nuevo en boca de un muchacho que había sido el más loco y ruidoso en los festines de Baco y de Citera.

—¿Entonces, nos dejas? —preguntó Vasconcelos.

—¿Yo? Sí, y no; me encontrarán en los salones. En los hoteles y en las casas de mala nota, nunca más.

—*De profundis...* —canturreó Batista.

—Pero al final de cuentas —dijo Vasconcelos—, ¿dónde está tu Marión? ¿Se puede saber quién es ella?

—No es Marión, es Virginia... Pura simpatía al principio, después afecto profundo, hoy pasión verdadera. Luché mientras pude, pero rendí las armas ante una fuerza mayor. Mi

gran temor era no tener un alma capaz de ofrecer a esa gentil criatura. Pues bien, la tengo, y tan fogosa y tan virgen como cuando tenía dieciocho años. Sólo la casta mirada de una virgen podría ser capaz de descubrir entre mi lodo esa perla divina. Renazco mejor de lo que era...

—Está claro, Vasconcelos, el muchacho está loco; enviémoslo a Playa Bermeja; y como puede tener un arrebato, yo me voy...

Batista tomó su sombrero.

—¿A dónde vas? —le dijo Gómez.

—Tengo algo que hacer, pero pronto apareceré por tu casa, quiero ver si aún es tiempo de alejarte de ese abismo.

Y salió.

### CAPÍTULO III

Los dos se quedaron solos.

—¿Entonces es cierto que estás enamorado?

—Lo estoy. Bien sabía que ustedes difícilmente creerían en ello; yo mismo no lo creo todavía, sin embargo es verdad. Terminó por donde tú empezaste. ¿Será mejor o peor? Yo creo que es mejor.

—¿Tienes interés en mantener oculto el nombre de la persona?

—Lo oculto por ahora a todos, menos a ti.

—Es una prueba de confianza...

Gómez sonrió.

—No —dijo él—, es una condición *sine qua non*; antes que nadie tú debes saber quién es la elegida de mi corazón; se trata de tu hija.

—¿Adelaida? —preguntó Vasconcelos sorprendido.

—Sí, tu hija.

La revelación de Gómez cayó como una bomba. Vasconcelos ni por sombras sospechaba semejante cosa.



— ¿Este amor tiene tu aprobación? —le preguntó Gómez.  
Vasconcelos reflexionaba, y tras algunos minutos de silencio, dijo:

— Mi corazón aprueba tu elección; eres mi amigo, estás enamorado, y si además ella te ama...

Gómez iba a hablar, pero Vasconcelos continuó, sonriendo:

— Pero ¿y la sociedad?

— ¿Qué sociedad?

— La sociedad que nos considera libertinos, a ti y a mí, es natural que no apruebe mi apoyo.

— Ya veo que es un rechazo —dijo Gómez entristecido.

— ¡Cuál rechazo, tonto! Es una objeción que tú podrás destruir diciendo: la sociedad es una gran calumniadora y una famosa indiscreta. Mi hija es tuya con una condición.

— ¿Cuál?

— La condición de la reciprocidad. ¿Ella te quiere?

— No sé —respondió Gómez.

— Pero lo sospechas...

— No lo sé; sé que la amo y que daría mi vida por ella, pero ignoro si soy correspondido.

— Lo serás... yo me encargaré de tantear el terreno. Dentro de dos días te daré mi respuesta. ¡Ah, si todavía tengo que verte como mi yerno!

La respuesta de Gómez fue caer en sus brazos. La escena ya era cercana a la comedia, cuando dieron las tres de la tarde. Gómez recordó que tenía un *rendez-vous* con un amigo; Vasconcelos, por su parte, tenía que escribir algunas cartas.

Gómez se retiró sin hablar con las mujeres.

Cerca de las cuatro Vasconcelos se disponía a salir, cuando le vinieron a avisar de la visita del señor José Brito.

Al oír este nombre, el alegre Vasconcelos frunció el entrecejo.

Poco después entraba en su gabinete privado el señor José Brito.

El señor José Brito era para Vasconcelos un verdadero fantasma, un eco del abismo, una voz de la realidad: era un acreedor.

—No contaba hoy con su visita —dijo Vasconcelos.

—Me sorprende —respondió el señor José Brito, con una hiriente placidez—, porque hoy es 21.

—Creí que era 19 —balbuceó Vasconcelos.

—Antes de ayer lo fue; pero hoy es 21. Mire —continuó el acreedor tomando el *Jornal do Commercio* que estaba sobre una silla—, jueves 21.

—¿Viene a buscar el dinero?

—Aquí está la letra —dijo el señor José Brito, sacando la billetera del bolsillo y un papel de la billetera.

—¿Por qué no vino más temprano? —preguntó Vasconcelos, tratando así de retrasar la cuestión principal.

—Vine a las ocho de la mañana —respondió el acreedor—, usted estaba durmiendo; vine a las nueve, ídem; vine a las diez, ídem; vine a las once, ídem; vine al mediodía, ídem. Quise venir a la una de la tarde, pero tenía que mandar a un hombre a la cárcel y no me fue posible terminar temprano. A las tres comí, y a las cuatro aquí estoy.

Vasconcelos mordisqueaba el habano a ver si se le ocurría alguna buena idea para escapar del pago con el que no había contado.

No se le ocurría nada; pero el propio acreedor le dio una alternativa.

—Además —dijo él—, la hora poco importa, ya que yo estaba seguro de que usted me va a pagar.

—Ah —dijo Vasconcelos—, creo que usted se equivoca; yo no contaba con que viniera hoy, y no preparé el dinero...

—Pero entonces, ¿qué piensa hacer? —preguntó el acreedor con ingenuidad.

Vasconcelos sintió que la esperanza entraba en su alma.

—Nada más simple —dijo—, espere hasta mañana...

—Mañana quiero asistir al embargo de un individuo que mandé a procesar por una larga deuda; no puedo...

—Perdón, yo le llevo el dinero a su casa...

—Eso sería bueno si los asuntos comerciales se arreglasen así. Si fuésemos dos amigos es natural que yo me contentase con su promesa, y todo terminaría mañana; pero yo soy su acreedor, y sólo tengo en cuenta salvar mis intereses... Por lo tanto, creo que lo mejor será que me pague hoy...

Vasconcelos se pasó la mano por los cabellos.

—¡Pero si no tengo! —dijo él.

—Es algo que lo debe incomodar mucho, pero que a mí no me causa la menor impresión... Aunque me debería preocupar, ya que usted está hoy en situación precaria.

—¿Yo?

—Es verdad; sus casas de la calle de la Emperatriz están hipotecadas; la de la calle de San Pedro fue vendida, y el dinero ya se esfumó; sus esclavos se han ido uno a uno, sin que usted se dé cuenta, y los gastos que usted hizo para montar una casa a cierta dama de la sociedad equívoca, son inmensos. Yo sé todo; sé más que usted...

Vasconcelos estaba visiblemente aterrado.

El acreedor decía la verdad.

—Bueno, en fin —dijo Vasconcelos—, ¿qué haremos?

—Algo simple; duplicamos la deuda, y usted me entregue ahora mismo un depósito.

—¡Duplicar la deuda!, pero esto es un...

—Es una tabla de salvación; soy moderado. Vamos, acepte. Firmeme el depósito y rompemos la letra.

Vasconcelos aún quiso hacer una objeción; pero era imposible convencer al señor José Brito.

Firmó el depósito por dieciocho *contos*.

Cuando el acreedor se fue, Vasconcelos se puso a meditar seriamente sobre su vida.

Hasta entonces gastaba tanto y tan ciegamente que no se había dado cuenta del abismo que había ido cavando a sus pies.

Vino a advertirlo, sin embargo, la voz de uno de sus verdugos.

Vasconcelos reflexionó, calculó, recapituló en sus gastos y en sus obligaciones, y vio que de la fortuna que poseía tenía en realidad menos de la cuarta parte.

Para vivir como había vivido hasta ese momento, aquello era nada menos que la miseria.

¿Qué hacer en tal situación?

Vasconcelos tomó su sombrero y salió.

Iba cayendo la noche.

Después de andar algún tiempo por las calles entregado a sus meditaciones, Vasconcelos entró en el Alcázar.

Era un medio de distraerse.

Allí encontraría a la sociedad de costumbre.

Batista vino al encuentro de su amigo.

—¿Qué cara es ésta? —le dijo.

—No es nada, me pisaron un callo —respondió Vasconcelos, que no encontraba mejor respuesta.

Pero un pedicuro que se encontraba cerca de los dos oyó lo dicho y nunca más perdió de vista al infeliz Vasconcelos, a quien el asunto más insignificante molestaba. La mirada persistente del pedicuro lo incomodó tanto que Vasconcelos salió del lugar.

Entró al Hotel de Milán para cenar. Por más preocupado que estuviera, se presentó la exigencia de su estómago.

Así, a la mitad de la cena recordó aquello que no debió haber salido de su cabeza: el pedido de casamiento que esa tarde le había hecho Gómez.

Fue un rayo de luz.

“Gómez es rico —pensó Vasconcelos—, la forma de escapar a mayores disgustos es ésta; Gómez se casa con Adelaida, y como es mi amigo no me negará lo que yo necesite. Por mi parte, trataré de ganar lo perdido... ¡Qué buena suerte fue acordarme del casamiento!”

Vasconcelos comió alegremente, volvió después al Alcázar donde algunos muchachos, y otras personas le hicieron olvidar completamente sus infortunios.

A las tres de la mañana, Vasconcelos entraba a su casa con la tranquilidad y regularidad de costumbre.

#### CAPÍTULO IV

Al día siguiente, lo primero que hizo Vasconcelos fue consultar el corazón de Adelaida. Quería, desde luego, hacerlo en ausencia de Augusta. Afortunadamente Augusta tenía que ir a la calle de la Frutería ver unas telas nuevas y salió con su cuñado, dejando a Vasconcelos en total libertad.

Como los lectores ya saben, Adelaida quería mucho a su padre, y era capaz de hacer todo por él. Tenía, además de eso, un excelente corazón. Vasconcelos contaba con esas dos fuerzas.

—Ven aquí, Adelaida —dijo él entrando a la sala—, ¿sabes cuántos años tienes?

—Tengo quince.

—¿Sabes cuántos años tiene tu madre?

—Tiene veintisiete, ¿no?

—Tiene treinta; quiere decir que tu madre se casó a los quince años.

Vasconcelos calló a fin de ver el efecto que producían estas palabras, pero fue inútil la expectativa; Adelaida no comprendió nada.

El padre continuó:

—¿No has pensado en el casamiento?

La muchacha se sonrojó mucho, dudó en hablar, pero como su padre insistiese, respondió:

—¡Pero, papá, yo no quiero casarme!...

—¿No te quieres casar? ¡Eso sí está bueno! ¿Y por qué?

—Porque no tengo ganas, y vivo bien aquí.

—Pero tú puedes casarte y seguir viviendo aquí...

—Sí, pero no tengo ganas.

—Vamos... Amas a alguien, confíesalo.

—No me preguntes eso, papá... yo no amo a nadie.

El lenguaje de Adelaida era tan sincero que Vasconcelos no podía dudar.

“Dice la verdad —pensó— es inútil intentar por ese lado...”

Adelaida se sentó a sus pies, y dijo:

—Te pido, papito, que no hablemos más del asunto...

—Hablemos, hija mía; tú eres una niña, no sabes calcular. Imagínate que tu madre y yo morimos mañana. ¿Quién te ha de amparar? Sólo un marido.

—Pero a mí no me gusta nadie...

—Por ahora; pero te gustaría si el novio es un apuesto muchacho, de buen corazón... Yo ya elegí uno que te ama mucho, y a quien tú podrías llegar a amar.

Adelaida se estremeció.

—¿Yo? —dijo ella—. Pero... ¿quién es?

—Gómez.

—Papá, yo no lo amo...

—Eso es cierto ahora; pero no me negarás que él es digno de ser amado. Dentro de dos meses estarás enamorada de él.

Adelaida no dijo una palabra. Inclino la cabeza y empezó a retorcer entre los dedos una de sus trenzas negras y pobladas. El pecho le palpitaba con fuerza; la muchacha tenía los ojos clavados en la alfombra.

—Vamos. Está decidido, ¿no? —preguntó Vasconcelos.

—Pero, papá, y ¿si yo fuera infeliz?...

—Eso es imposible, hija mía, serás muy feliz, y amarás mucho a tu marido.

—Oh, papá —le dijo Adelaida con los ojos húmedos—, te pido que no me cases todavía...

—Adelaida, el primer deber de una hija es obedecer a su padre, y yo soy tu padre. Quiero que te cases con Gómez; te has de casar con él.

Para que alcanzaran todo su efecto, estas palabras debían ser seguidas de una rápida retirada. Vasconcelos lo comprendió y salió de la sala dejando a Adelaida en la mayor desolación.

Adelaida no amaba a nadie. Su rechazo no tenía como punto de partida ningún otro amor; tampoco era el resultado de la aversión que tuviera hacia su pretendiente.

La muchacha sentía, simplemente, una total indiferencia por el muchacho.

En estas condiciones, el casamiento no dejaba de ser una odiosa imposición.

Pero, ¿qué haría Adelaida? ¿A quién recurriría?

Recurrió a las lágrimas.

En cuanto a Vasconcelos, subió a su despacho y escribió las siguientes líneas al futuro yerno:

Todo camina bien; te autorizo a que vengas a hacerle la corte a la pequeña; y espero que dentro de dos meses el casamiento esté concluido.

Cerró la carta y la envió.

Poco después regresaron Augusta y Lorenzo.

Mientras Augusta subió a la *toilette* para cambiarse de ropa, Lorenzo fue a ver a Adelaida, que estaba en el jardín.

Reparó en que tenía los ojos rojos, y le preguntó la causa, pero la muchacha negó que fuera por llorar.

Lorenzo no creyó en las palabras de la sobrina, y la instó a que le dijera lo que había pasado.

Adelaida tenía gran confianza en su tío, a pesar de la rudeza de sus maneras. Al cabo de algunos minutos de insistencia, Adelaida le contó a Lorenzo la escena con su padre.

—¿Entonces es por eso que estás llorando, pequeña?

—Pues sí, ¿cómo huir al casamiento?

—Descansa, no te casarás; yo te prometo que no te casarás...

La muchacha sintió un estremecimiento de alegría.

—¿Me prometes, tío, que convencerás a papá?

—Lo convenceré o lo venceré, no importa; tú no te casarás. Tu padre es un tonto.

Lorenzo subió al despacho de Vasconcelos, exactamente en el momento en que éste se disponía a salir.

—¿Vas a salir? —le preguntó Lorenzo.

—Sí.

—Debo hablarte.

Lorenzo se sentó, y Vasconcelos, que ya tenía el sombrero en la cabeza, esperó de pie que él hablase.

—Siéntate —dijo Lorenzo.

Vasconcelos se sentó.

—Hace dieciséis años...

—Empiezas de muy lejos; trata de abreviar por lo menos media docena de años. Si no, no te prometo oír lo que vas a decirme.

—Hace dieciséis años —continuó Lorenzo— que estás casado; pero la diferencia entre el primer día y el día de hoy es grande.

—Naturalmente, dijo Vasconcelos *tempora mutantur et...*

—En aquel tiempo —continuó Lorenzo—, decías que habías encontrado un paraíso, el verdadero paraíso, y fuiste durante dos o tres años un modelo de marido. Después cambiaste completamente; y el paraíso se hubiera convertido en un verdadero infierno si tu mujer no fuese tan indiferente y fría como es, evitando así las más terribles escenas domésticas.

—Pero Lorenzo, ¿qué tienes con eso?

—Nada; ni es de eso de lo que voy a hablarte. Lo que me interesa es que no sacrifiques a tu hija por un capricho, entregándola a uno de tus compañeros de juerga...

Vasconcelos se levantó:

—¡Estás loco!

—Estoy calmado, y te doy el prudente consejo de que no sacrifiques a tu hija a un libertino.

—Gómez no es un libertino; tuvo una vida de muchacho, es verdad, pero le gusta Adelaida, y se ha reformado completamente. Es un buen casamiento, y por eso creo que todos



debemos aceptarlo. Es mi voluntad y en esta casa quien manda soy yo.

Lorenzo trató de hablar todavía, pero Vasconcelos ya iba lejos.

“¿Qué hacer?”, pensó Lorenzo.

## CAPÍTULO V

La oposición de Lorenzo no causaba gran impresión a Vasconcelos. Él podía, es verdad, sugerir a su sobrina ideas de resistencia; pero Adelaida, que era un espíritu débil, cedería ante el último que le hablase, y los consejos de un día serían vencidos por la imposición del día siguiente.

Era además conveniente obtener el apoyo de Augusta. Vasconcelos pensó en tratar el asunto lo más pronto que le fuese posible.

Urgía, mientras tanto, organizar sus negocios, y Vasconcelos buscó un abogado a quien entregó todos los papeles y las informaciones, encargándole que lo orientase en todas las necesidades de la situación, cuáles eran los medios que podría oponer en cualquier caso de reclamación por deuda o hipoteca.

Nada de esto hacía suponer por parte de Vasconcelos una reforma de sus costumbres. Se preparaba solamente para continuar su vida anterior.

Dos días después de la conversación con su hermano, Vasconcelos buscó a Augusta, para hablar francamente sobre el casamiento de Adelaida.

Ya en ese intervalo, el futuro novio, siguiendo el consejo de Vasconcelos, empezó a cortejar a la hija. Era posible que, si el casamiento no le hubiera sido impuesto, Adelaida terminase gustando del muchacho. Gómez era un hombre guapo y elegante; y además, conocía todos los recursos que deben usarse para impresionar a una mujer.

¿Habría Augusta advertido la asidua presencia del muchacho? Vasconcelos hacía esa pregunta a su espíritu en el momento en que entraba a la *toilette* de su mujer.

—¿Vas a salir? —preguntó él.

—No; tengo visitas.

—¡Ah! ¿Quién?

—La mujer de Seabra —dijo ella.

Vasconcelos se sentó, y buscó una forma de empezar a hablar del asunto que lo había llevado ahí.

—¡Estás muy linda hoy!

—¿De veras? —dijo ella sonriendo—. Pues hoy estoy como siempre; me parece raro que me lo digas hoy...

—No; realmente hoy estás más bonita que de costumbre, a tal punto que soy capaz de tener celos...

—¡Qué cosa! —dijo Augusta con una sonrisa irónica.

Vasconcelos se rascó la cabeza, sacó el reloj, le dio cuerda; después empezó a jalarse la barba, tomó una hoja del diario, leyó dos o tres anuncios, tiró la hoja al suelo, y finalmente, al cabo de un silencio ya prolongado, Vasconcelos creyó mejor atacar la plaza de frente.

—He estado pensando últimamente en Adelaida —dijo él.

—¡Ah!, ¿por qué?

—Ya es una muchacha...

—¡Muchacha! —exclamó Augusta—, es una niña...

—Ya es mayor de lo que tú eras cuando te casaste...

Augusta frunció ligeramente la frente.

—Sí... ¿y entonces?

—Bueno, es que yo deseo hacerla feliz; y feliz por el casamiento. Un muchacho digno de ella en todos los aspectos me la pidió hace días, y yo le dije que sí. Sabiendo quién es, aprobarás mi elección; es Gómez. La casamos, ¿no?

—¡No! —respondió Augusta.

—¿Cómo no?

—Adelaida es una niña; no tiene ni la madurez ni la edad adecuada... Se casará a su debido tiempo.

—¿A su debido tiempo? ¿Tú crees que el novio esperará ese debido tiempo?

—Paciencia —dijo Augusta.

—¿Tienes alguna objeción que hacerle a Gómez?

—Ninguna. Es un muchacho distinguido; pero no le conviene a Adelaida.

Vasconcelos dudaba en continuar; le parecía que nada podría arreglarse; pero la idea de la fortuna le dio fuerzas y preguntó:

—¿Por qué?

—¿Estás seguro de que es el hombre que le conviene a Adelaida? —inquirió Augusta, eludiendo la pregunta del marido.

—Yo digo que sí le conviene.

—Le convenga o no, la pequeña no debe casarse todavía.

—¿Y si ella lo amara?...

—¿Qué importa eso? ¡Deberá esperar!

—Pero, Augusta, no podemos prescindir de este casamiento... Es una necesidad fatal.

—¿Fatal? No comprendo...

—Me explicaré. Gómez tiene una buena fortuna.

—También nosotros tenemos una...

—Te equivocas —interrumpió Vasconcelos.

—¿Qué quieres decir?

Vasconcelos siguió:

—Más tarde o más temprano tenías que saberlo, y yo me alegro de tener esta ocasión para decirte toda la verdad. La verdad es que, si no estamos pobres, estamos arruinados.

Augusta oyó estas palabras con los ojos sorprendidos. Cuando él terminó, dijo:

—¡No es posible!

—¡Desgraciadamente es verdad!

Hubo un momento de silencio.

“Todo está arreglado”, pensó Vasconcelos.

Augusta rompió el silencio.

—Pero —dijo ella—, si nuestra fortuna está menguada, creo que deberías estar haciendo algo más útil que conversar; y reconstruirla.

Vasconcelos hizo con la cabeza un movimiento de asombro, y como si ese ademán fuese una pregunta, Augusta se apresuró a responder:

—No te sorprendas; creo que tu deber es reconstruir nuestra fortuna.

—No me sorprende ese deber; me sorprende que me lo recuerdes de ese modo. Se diría que la culpa es mía...

—¡Bien! —dijo Augusta—, vas a decir que soy yo...

—La culpa, si es que hay culpa, la tenemos ambos.

—¿Por qué? ¿Es también mía?

—También. Tus gastos enloquecidos contribuyeron en gran parte a este resultado; yo nada te negué ni nada te niego, y ésa es mi culpa. Si es eso lo que me echas en cara, lo acepto.

Augusta se encogió de hombros con un gesto de despecho; y le dirigió a Vasconcelos una mirada de tamaño desdén que bastaría para iniciar un juicio de divorcio.

Vasconcelos vio el gesto y la mirada.

—El amor al lujo y lo superfluo —dijo él— siempre producirá estas consecuencias. Son terribles, pero explicables. Para conjurarlas es necesario vivir con moderación. Nunca pensaste en eso. Al cabo de seis meses de casada empezaste a vivir en el torbellino de la moda, y el pequeño arroyo de los gastos se volvió un inmenso río de desperdicios. ¿Sabes lo que me dijo una vez mi hermano? Me dijo que la idea de mandar a Adelaida al campo te fue sugerida por la necesidad de vivir sin pendientes de naturaleza alguna.

Augusta se había incorporado y dio algunos pasos; estaba temblorosa y pálida.

Vasconcelos seguía con sus recriminaciones, cuando la mujer lo interrumpió diciendo:

—Pero ¿por qué motivo no evitaste esos gastos que yo hacía?

—Quería la paz doméstica.

—¡No! —exclamó ella—; lo que tú querías, por tu parte, era tener una vida libre e independiente; al ver que yo me entregaba a esos gastos, imaginaste que podías comprar mi tolerancia con tu tolerancia. Ése es el único motivo; tu vida no será igual a la mía, pero es peor... Si yo gastaba mucho en casa, tú lo hacías en la calle... Es inútil negarlo, porque yo lo sé todo; conozco, de nombre, a todas las rivales que sucesivamente me diste, y nunca te dije una palabra, ni ahora te censuro, porque sería inútil y tarde.

La situación había cambiado. Vasconcelos había empezado constituyéndose en juez y pasaba a la condición de acusado. Negar era imposible; discutir era arriesgado e inútil. Prefirió los sofismas.

—Si así fuera (y yo no discuto ese punto), la culpa en todo caso sería de ambos, y no encuentro razón para que me la arrojes en la cara. Debo reconstituir nuestra fortuna, de acuerdo; hay un medio, y es éste: el casamiento de Adelaida con Gómez.

—¡No! —dijo Augusta.

—Bien; seremos pobres, estaremos peor de lo que estamos ahora; venderemos todo...

—Perdón —dijo Augusta—, yo no sé por qué razón no has de ser tú, que eres fuerte y tienes la mayor parte de responsabilidad en este desastre, quien emplee sus esfuerzos para la reconstrucción de la fortuna destruida.

—Es un largo trabajo; y de aquí hasta entonces la vida continúa y se desgasta. El medio, ya te lo dije, es éste: casar a Adelaida con Gómez.

—¡No quiero! —dijo Augusta—, no consiento semejante casamiento.

Vasconcelos iba a responder, pero Augusta, tras proferir estas palabras, salió precipitadamente de la habitación.

Vasconcelos salió unos minutos después.

## CAPÍTULO VI

Lorenzo no tuvo conocimiento de la escena entre su hermano y su cuñada, y después de la intransigencia de Vasconcelos decidió no decir nada más. Mientras tanto, como quería mucho a su sobrina y no deseaba verla entregada a un hombre de costumbres que él reprobaba, esperó que la situación tomara un carácter más inaplazable para asumir un papel más activo.

Pero, a fin de no perder tiempo y poder usar algún arma poderosa, Lorenzo inició una investigación mediante la cual pudiese reunir informaciones minuciosas acerca de Gómez.

Gómez sentía que el casamiento era algo decidido, y no perdía un solo día en la conquista de Adelaida.

Al hacerlo, notó que Augusta se iba volviendo más fría e indiferente, sin que él se explicara el motivo; en su espíritu entró la sospecha de que hubiera en ella alguna oposición.

Por su parte, Vasconcelos, desanimado por la escena de la *toilette*, esperó mejores días, y contó sobre todo con el imperio de la necesidad.

Pero un día, exactamente cuarenta y ocho horas después de la gran discusión con Augusta, Vasconcelos se hizo esta pregunta para sus adentros:

“Augusta rechaza dar la mano de Adelaida a Gómez, ¿por qué?”

De pregunta en pregunta, de deducción en deducción, se abrió campo en el espíritu de Vasconcelos para una sospecha dolorosa.

“¿Lo amaré?”, se preguntó.

Después, como si el abismo atrajese al abismo, y una sospecha reclamase a otra, Vasconcelos se preguntó:

“¿Habrán sido amantes en algún momento?”

Por primera vez, Vasconcelos sintió que la serpiente de los celos mordía su corazón.

De los celos, digo yo, por usar un eufemismo. No sé si aquello eran celos: era amor propio ofendido.

¿Las sospechas de Vasconcelos tendrían razón?

Debo decir la verdad: no tenían. Augusta era vanidosa, pero era fiel a su infiel marido; y eso por dos motivos: uno de conciencia, otro de temperamento. Aunque ella no estuviese convencida de su deber de esposa, lo cierto es que nunca había traicionado el juramento conyugal. No estaba hecha para las pasiones, a no ser las pasiones ridículas que impone la vanidad. Ella amaba, antes que todo, su propia belleza; su mejor amigo era aquel que le dijera que ella era la más hermosa de las mujeres. Pero si le daba su amistad, no le daría nunca el corazón; eso la salvaba.

La verdad es ésta, pero ¿quién se la diría a Vasconcelos? Una vez que sospechó que su honor pudiese haber sido afectado, comenzó a recapitular toda su vida. Gómez frecuentaba su casa desde hacía seis años, y tenía en ella plena libertad. La traición era fácil. Vasconcelos empezó a recordar las palabras, los gestos, las miradas, todo lo que hasta entonces le fue indiferente, y que en aquel momento tomaba un carácter sospechoso.

Dos días anduvo Vasconcelos lleno de este pensamiento. No salía de casa. Cuando Gómez llegaba, Vasconcelos observaba a su mujer con desusada persistencia; la misma frialdad con que ella recibía al muchacho era a los ojos del marido una prueba del delito.

Estaba en esto, cuando en la mañana del tercer día (Vasconcelos ya se levantaba temprano) entró al despacho su hermano, siempre con el aire rudo de costumbre.

La presencia de Lorenzo inspiró en Vasconcelos la idea de contarle todo.

Lorenzo era un hombre sensato, y en caso de necesidad era un apoyo.

El hermano oyó todo cuanto Vasconcelos le contó, y cuando terminó, rompió su silencio con estas palabras:

—Todo eso es una tontería; si tu mujer rechaza el casamiento será por cualquier otro motivo, menos ese.

—Pero es al casamiento con Gómez a lo que ella se opone.

—Claro, porque le hablaste de Gómez; háblale de otro y ya verás que tal vez lo rechaza de igual modo. Debe haber otro motivo; tal vez Adelaida se lo contó, tal vez ella le haya pedido a su madre que se opusiera, porque tu hija no ama al muchacho, y no puede casarse con él.

—No se casará.

—No sólo por eso, sino porque...

—¡Termina!

—Sino porque este casamiento es una especulación de Gómez.

—¿Una especulación? —preguntó Vasconcelos.

—Igual a la tuya —dijo Lorenzo—. Tú le entregas a tu hija con los ojos puestos en su fortuna; él acepta con sus ojos puestos en tu fortuna...

—Pero él tiene...

—No tiene nada, está arruinado como tú. Averigüé y supe la verdad. Quiere naturalmente continuar la misma vida disipada que tuvo hasta hoy, y tu fortuna es un medio...

—¿Estás seguro de eso?

—¡Segurísimo!...

Vasconcelos se sintió aterrorizado. En medio de todas las sospechas, aún le quedaba la esperanza de ver su honor a salvo, y realizar el negocio que le daría una excelente situación.

Pero la revelación de Lorenzo lo mató.

—Si quieres una prueba, manda llamarlo y dile que estás pobre, y que por eso rehusas entregarle a tu hija; obsérvalo bien, y verás el efecto que tus palabras le han de producir.

No fue necesario que mandara llamar al pretendiente. Una hora después él solo se presentó en casa de Vasconcelos.

Vasconcelos mandó subirlo a su despacho.



## CAPITULO VII

Después de los primeros saludos, Vasconcelos dijo:

—Iba a mandarte llamar.

—¡Ah! ¿Para qué? —preguntó Gómez.

—Para que conversáramos acerca del... casamiento.

—¡Ah! ¿Hay algún obstáculo?

—Hablemos.

Gómez se puso más serio; presintió alguna dificultad grande. Vasconcelos tomó la palabra:

—Hay circunstancias —dijo— que deben ser bien definidas para que podamos comprendernos bien...

—Es mi opinión...

—¿Amas a mi hija?

—¿Cuántas veces quieres que te lo diga?

—¿Tu amor está por encima de todas las circunstancias?

—De todas, salvo aquellas que comprometan su felicidad.

—Debemos ser francos; además del amigo que siempre fuiste, eres ahora casi mi hijo... La discreción entre nosotros sería indiscreta...

—¡Sin duda! —respondió Gómez.

—Acabo de enterarme de que mis negocios andan muy mal; los gastos que hice alteraron profundamente la economía de mi vida, de modo que no te miento diciéndote que estoy en la ruina.

Gómez reprimió una mueca.

—Adelaida —continuó Vasconcelos— no tiene fortuna, no tendrá dote; es solamente una mujer lo que te doy. Lo que te aseguro es que es un ángel, y que ha de ser una excelente esposa.

Vasconcelos se calló, y su mirada clavada en el muchacho parecía querer arrancarle de las facciones las impresiones del alma.

Gómez debía responder; pero durante algunos minutos hubo entre ambos un profundo silencio.

Finalmente el pretendiente tomó la palabra.

—Aprecio —dijo él— tu franqueza, y te hablaré con igual franqueza.

—No pido otra cosa...

—No fue ciertamente el dinero lo que me inspiró este amor; creo que me harás la justicia de creer que yo estoy por encima de esas consideraciones. Además, el día que te pedí a la querida de mi corazón, yo creía ser rico.

—¿Creías?

—Escucha. Apenas ayer mi abogado me comunicó el estado de mis negocios.

—¿Es malo?

—Si sólo fuera eso... Imagínate que hace seis meses estoy viviendo por los esfuerzos inauditos que realizó mi abogado para conseguirme algún dinero, ya que no se sentía con fuerzas como para decirme la verdad. ¡Ayer supe todo!

—¡Ah!

—¡Calcula cuál es la desesperación de un hombre que cree estar bien, y reconoce un día que no tiene nada!

—Me lo imagino. Por mi propia experiencia.

—Entré alegre aquí, porque la alegría que aún tengo reside en esta casa; pero la verdad es que estoy al borde de un abismo. La suerte nos castigó al mismo tiempo...

Después de este relato, que Vasconcelos oyó sin pestañear, Gómez entró al punto más difícil de la cuestión.

—Aprecio tu franqueza, y acepto a tu hija sin fortuna; tampoco yo la tengo, pero aún me restan fuerzas para trabajar.

—¿La aceptas?

—Escúchame. Acepto a Adelaida mediante una condición; que ella quiera esperar algún tiempo, a fin de que yo rehaga mi vida. Pretendo ir al gobierno y pedir un lugar cualquiera, si es que aún me acuerdo de lo que aprendí en la escuela... Apenas haya comenzado la vida, acá vendré a buscarla. ¿Te parece?

—Si ella está de acuerdo —dijo Vasconcelos aferrándose a esta tabla de salvación—, es asunto decidido.

Gómez continuó:

—Bien; háblale de eso mañana y envíame la respuesta. ¡Ah, si yo tuviera aún mi fortuna! ¡Así podría probarte mi afecto!

—Bueno, en eso quedamos.

—Espero tu respuesta.

Y se despidieron.

Vasconcelos se quedó haciendo esta reflexión:

“De todo lo que dijo lo único que creo es que ya no tiene nada. Pero es inútil esperar: duro con duro no hace buen muro.”

Por su parte, Gómez bajó la escalera diciéndose a sí mismo:

“Lo que me parece curioso es que, estando pobre, me lo dijera hasta ahora, cuando yo estoy también caído. Pero esperarás inútilmente: dos mitades de caballo no hacen un caballo.”

Vasconcelos bajó.

Su intención era comunicarle a Augusta el resultado de la conversación con el pretendiente. Una cosa, sin embargo, se lo impedía: era la insistencia de Augusta en no aceptar el casamiento de Adelaida, sin dar ninguna explicación del rechazo.

En eso estaba pensando cuando, al atravesar la sala de espera, oyó voces en la sala de visitas.

Era Augusta, que conversaba con Carlota.

Iba a entrar, cuando estas palabras le llegaron al oído:

—Pero Adelaida es muy niña.

Era la voz de Augusta.

—¿Muy niña? —exclamó Carlota.

—Sí, no está en edad de casarse.

—Yo, en tu lugar, no pondría trabas al casamiento, aun cuando se realizara sólo dentro de unos meses, porque Gómez no me parece un mal muchacho...

—No lo es; pero no quiero que Adelaida se case.

Vasconcelos pegó el oído a la cerradura y temía perder una sola palabra del diálogo.

—Lo que no comprendo —dijo Carlota— es tu insistencia. Más tarde o más temprano, Adelaida habrá de casarse.

—¡Oh!, ¡lo más tarde posible! —dijo Augusta.

Hubo un silencio.

Vasconcelos estaba impaciente.

—¡Ah! —continuó Augusta—, si supieses el terror que me da la idea del casamiento de Adelaida...

—¿Por qué, Dios mío?

—¿Por qué, Carlota?, tú piensas en todo, menos en una cosa. ¡Tengo miedo porque sus hijos serán mis nietos! La idea de ser abuela es horrible, Carlota.

Vasconcelos respiró, y abrió la puerta.

—¡Ah, eres tú! —dijo Augusta.

Vasconcelos saludó a Carlota, y apenas salió la mujer, se volvió hacia su esposa y dijo:

—Escuché tu conversación con esta señora...

—No era secreto, pero... ¿qué oíste?

Vasconcelos respondió sonriendo:

—Oí la causa de tus temores. No me imaginé nunca que el amor a la propia belleza pudiese llevar a semejante egoísmo. El casamiento con Gómez no se realizará; pero si Adelaida llega a enamorarse de alguien no sé cómo le negaremos nuestro consentimiento...

—Esperemos hasta entonces —respondió Augusta.

La conversación se detuvo allí, porque aquellos dos consortes se distanciaban cada vez más; uno tenía la cabeza en los placeres ruidosos de la juventud, mientras la otra meditaba exclusivamente en sí misma.

Al día siguiente Gómez recibió una carta de Vasconcelos concebida en éstos términos:

Querido Gómez:

Ha ocurrido algo inesperado: Adelaida no se quiere casar. Inútilmente empleé mi lógica; pero no pude convencerla.

Tuyo, Vasconcelos

Gómez dobló la carta, prendió con ella un habano y comenzó a fumar haciendo esta reflexión profunda:

“¿Dónde encontraré yo una heredera que me quiera por marido?”

Si alguien lo sabe, avísele con tiempo.

Después de lo que acabamos de contar, Vasconcelos y Gómez se encuentran a veces en la calle o en el Alcázar; conversan, fuman, se dan el brazo uno al otro, exactamente como dos amigos, que nunca fueron, o como dos bellacos, que sí lo son.



## FRAY SIMÓN

### CAPÍTULO I

Fray Simón era un fraile de la orden de los Benedictinos. Cuando murió aparentaba cincuenta años, pero en realidad tenía treinta y ocho. La causa de esta vejez prematura era consecuencia de lo que lo llevó al claustro a la edad de treinta años. Y por lo que se pudo saber —por unos fragmentos de memorias que dejó—, la causa era justa.

Era fray Simón de carácter taciturno y desconfiado. Pasaba días enteros en su celda, donde apenas salía a la hora del refectorio y de los oficios divinos. No contaba con amistad alguna en el convento, porque no era posible mantener con él los preámbulos que fundan y consolidan los afectos.

En un convento, donde la comunión de las almas debe ser más rápida y más profunda, fray Simón parecía huir a la regla general. Uno de los novicios le puso el apodo de Oso que se le quedó, pero sólo entre los novicios, como es adecuado. Los frailes profesos, a pesar del disgusto que el genio solitario de fray Simón les inspiraba, sentían por él cierto respeto y veneración.

Un día se anunció que fray Simón había enfermado gravemente. Se llamaron los socorros y se prestaron al enfermo todos los cuidados necesarios. La enfermedad era mortal; después de cinco días, fray Simón expiró.

Durante estos cinco días de molestia, la celda de fray Simón estuvo siempre frecuentada por los frailes. Fray Simón

no dijo una palabra durante esos cinco días; sólo en el último momento, cuando se aproximaba el minuto fatal, se sentó en el lecho, pidió que el abad se acercara, y le dijo al oído con voz sofocada y en un tono extraño.

—¡Muero odiando a la humanidad!

El abad reculó hasta tocar la pared al escuchar estas palabras y el tono en el que fueron dichas. En cuanto a fray Simón, cayó sobre su almohada y entró en la eternidad.

Después de realizar las honras que se le debían al hermano finado, la comunidad preguntó a su jefe qué palabras tan siniestras había escuchado que lo asustaron tanto. El abad las refirió persignándose. Pero los frailes no vieron en ellas sino un secreto del pasado, sin duda importante, pero no tanto que pudiera lanzar el terror en el espíritu del abad. Éste les explicó la idea que tuvo cuando escuchó las palabras de fray Simón, por el tono en que fueron dichas y la mirada fulminante que las acompañó: creía que fray Simón estaba loco; más aún, que ya había entrado loco a la orden. Los hábitos de soledad y la vida taciturna por las que había hecho votos el fraile, parecían síntomas de una alienación mental de carácter blando y pacífico; pero a los frailes les parecía imposible que durante ocho años fray Simón no hubiese revelado un día, de modo evidente, su locura; objetaron eso al abad, pero éste persistió en su creencia.

Mientras tanto se procedió al inventario de los objetos que pertenecían al finado, y entre ellos se encontró un legajo de papeles convenientemente enrollados, con este título: *Memorias que ha de escribir fray Simón de Santa Águeda, fraile benedictino.*

Este atado de papeles fue un gran descubrimiento para la curiosa comunidad. Iban a penetrar un poco, finalmente, en el misterio que envolvía el pasado de fray Simón, y tal vez a confirmar las sospechas del abad. El documento fue abierto y leído ante todos.



Eran, en su mayor parte, fragmentos incompletos, apuntes interrumpidos y notas insuficientes; pero de todo el conjunto se podía colegir que realmente fray Simón había estado loco durante cierto tiempo.

El autor de esta narrativa desprecia aquella parte de las *Memorias* que no ofrezcan importancia ninguna, pero procura aprovechar la que sea menos inútil o menos oscura.

## CAPÍTULO II

Las notas de fray Simón nada dicen del lugar de su nacimiento ni del nombre de sus padres. Lo que se pudo saber de sus orígenes es que, habiendo concluido los estudios preparatorios, no pudo seguir la carrera de las letras, como deseaba, y fue obligado a entrar como contador en la casa comercial de su padre.

Vivía entonces en casa de su padre una prima de Simón, huérfana de padre y madre. A la muerte de éstos, la educación y sustento de la muchacha fueron encomendados al padre de Simón. Parece que su caudal daba para eso. En cuanto al padre de la prima huérfana, habiendo sido rico, perdió todo en el juego y la mala administración de su comercio, hasta quedar reducido a la más honda miseria.

La huérfana se llamaba Helena; era bella, afable y extremadamente buena. Simón, que se había educado con ella y vivía bajo el mismo techo, no pudo resistir las elevadas cualidades y la belleza de su prima. Se enamoraron. En sus sueños de futuro ambos contaban con el casamiento, cosa que parece lo más natural del mundo para corazones que se aman.

No tardó mucho para que los padres de Simón descubrieran el amor que se profesaban. Ahora es preciso decir —a pesar de no haber declaración formal de esto en los apuntes del fraile—, es preciso decir que los referidos padres

eran de un egoísmo descomunal. Daban de buena voluntad el pan de la subsistencia a Helena; pero que la pobre huérfana se casara con su hijo era algo que no podían consentir. Habían puesto la mirada en una rica heredera, y disponían para sus adentros que el muchacho se casaría con ella.

Una tarde en que el muchacho adelantaba el registro de la contabilidad, su padre entró a la oficina con aire grave y risueño al mismo tiempo, pidiéndole al hijo que dejara el trabajo y lo escuchase. El muchacho obedeció. El padre habló así:

— Vas a partir para la provincia de \*\*\*. Necesito mandar unas cartas a Amaral, el encargado de mis negocios allá, y como son de gran importancia no quiero confiarlas a nuestro negligente correo... ¿Quieres ir en el vapor o prefieres nuestro bergantín?

La pregunta había sido hecha con gran tino.

Obligado a responderle, el viejo comerciante no dio lugar a que su hijo presentara objeciones.

El muchacho miró a su padre, bajó los ojos y respondió:

— Voy donde usted me diga, padre.

El padre agradeció mentalmente la sumisión del hijo, que le ahorraba dinero del pasaje en el vapor, y fue muy contento a dar parte a su mujer de que el muchacho no había puesto objeción alguna.

Esa noche los dos amantes tuvieron ocasión de encontrarse a solas en el comedor.

Simón contó a Helena lo que había pasado. Lloraron ambos algunas lágrimas furtivas, y guardaron la esperanza de que el viaje fuera de un mes cuando mucho.

A la mesa del té, el padre de Simón conversó sobre el viaje del muchacho, que debía ser de pocos días. Esto reanimó las esperanzas de los amantes. El resto de la noche pasó en consejos de parte del viejo al hijo sobre la manera de portarse en la casa del encargado. A las diez, como de costumbre, todos se recogieron a sus aposentos.

Los días pasaron deprisa. Finalmente despuntó aquel en que debía partir la barca. Helena salió de su cuarto con los ojos rojos de llorar. Interrogada bruscamente por la tía, dijo que era una inflamación ocasionada por lo mucho que había leído la noche anterior. La tía le prescribió la abstinencia de la lectura y baños de agua de malvas.

En cuanto al tío, habiendo llamado a Simón, le entregó una carta para el encargado y lo abrazó. La maleta y un criado estaban listos. La despedida fue triste. Los padres lloraron un poco, la joven mucho.

Simón, por su parte, tenía los ojos secos y ardorosos. Era refractario a las lágrimas. Por eso mismo padecía más.

El bergantín partió. Mientras podía ver tierra, Simón no se retiró de la cubierta; cuando finalmente se cerraron del todo las paredes de la *cárcel que navega*, para usar la frase pintoresca de Ribeyrolles, Simón bajó a su camarote, triste y con el corazón oprimido. Tenía como un presentimiento que interiormente le decía que volver a ver a su prima sería imposible. Parecía que iba hacia el exilio.

Llegando al lugar de su destino, Simón buscó al encargado de su padre y le entregó la carta. El señor Amaral leyó la carta, miró al muchacho, y después de cierto silencio le dijo, volviendo a la carta:

—Bien, ahora es necesario esperar que yo cumpla esta orden de su padre. Mientras tanto venga a vivir a mi casa.

—¿Cuándo podré regresar? —preguntó Simón.

—En pocos días, salvo que las cosas se complicaran.

Este *salvo*, puesto en la boca de Amaral incidentalmente, era la oración principal. La carta del padre de Simón versaba así:

Mi querido Amaral:

Motivos poderosos me obligan a alejar a mi hijo de esta ciudad. Reténgalo allá como pueda. El pretexto del viaje es la necesidad de ultimar algunos negocios con usted, lo que le

dirá al muchacho, haciéndole siempre creer que la demora es poca o ninguna. Usted, que tuvo en su adolescencia la triste idea de engendrar romances, vaya inventando circunstancias y ocurrencias imprevistas, de modo que el muchacho no me vuelva por acá hasta que yo lo indique. Soy, como siempre, etcétera.

### CAPÍTULO III

Pasaron días y días, pero el momento de volver a la casa paterna no llegaba. La mente del encargado, cual novelista, era de verdad fértil y no se cansaba de inventar pretextos que dejaban convencido al muchacho.

Mientras tanto, como el espíritu de los amantes no es menos ingenioso que el de los novelistas, Simón y Helena encontraron el medio de escribirse, y de este modo consolarse de la ausencia con la presencia de las letras y del papel. Bien decía Eloísa que el arte de escribir fue inventado por alguna amante separada de su amante. En estas cartas se juraban los dos su eterna fidelidad.

Al fin de dos meses de inútil espera y de activa correspondencia, la tía de Helena sorprendió una carta de Simón. Era la vigésima, según creo. Hubo gran temporal en casa. El tío, que estaba en la oficina, salió precipitadamente para enterarse del asunto. El resultado fue prohibir en casa la tinta, plumas y papel, e instituir vigilancia rigurosa sobre la infeliz muchacha.

Comenzaron, pues, a escasear las cartas al pobre deportado. Inquirió la causa de esto en cartas lloradas y extensas, pero como el rigor fiscal de la casa de su padre había adquirido proporciones descomunales, sucedía que todas las cartas de Simón iban a parar a las manos del viejo que, después de apreciar el estilo amoroso de su hijo, hacía quemar las ardientes epístolas.

Pasaron días y meses. Carta de Helena, ninguna. El encargado iba agotando su vena imaginativa y finalmente ya no sabía cómo retener al muchacho.

Llega una carta a Simón. Era letra del padre. Sólo se diferenciaba de las otras que recibía del viejo porque ésta era más larga, mucho más larga. El muchacho abrió la carta y leyó trémulo y pálido. Contaba en esta carta el honrado comerciante que Helena, la buena muchacha que él destinaba a convertir en su hija casándola con Simón, la buena Helena, había muerto. El viejo había copiado algunas de las últimas notas necrológicas que había visto en los diarios, y adjuntó algunos consuelos y pésames de casa. El último consuelo fue decirle que embarcase para reunirse con él.

La parte final de la carta decía:

De cualquier manera no se realizan mis planes; no te pude casar con Helena, puesto que Dios se la llevó. Pero regresa, hijo, ven. Podrás consolarte casándote con otra, la hija del consejero\*\*\*. Está hecha una mujer y es un buen partido. No te desalientes; acuérdate de mí.

El padre de Simón no conocía bien el amor del hijo, y aunque lo conociese, no tenía la habilidad de valorarlo. Tales dolores no se consuelan con una carta ni con un casamiento. Era mejor mandarlo llamar y después prepararle la noticia; pero dada así, fríamente en una carta, era exponer al muchacho a una muerte segura.

Permaneció Simón vivo en cuerpo y muerto moralmente. Tan muerto que por su propia idea fue a buscar una sepultura. Era mejor presentar aquí algunos de los papeles escritos por Simón para expresar mejor lo que sufrió después de la carta; pero hay muchos errores y yo no quiero corregir la exposición ingenua y sincera del fraile.

La sepultura que Simón escogió fue un convento. Respondió al padre que agradecía la propuesta de la hija

del consejero, pero que de aquel día en adelante pertenecía al servicio de Dios.

El padre quedó sorprendido. Nunca sospechó que su hijo pudiese tomar semejante resolución. Escribió con prisa buscando apartarlo de esa idea, pero no lo pudo conseguir.

En cuanto al encargado, para quien todo se enredaba cada vez más, dejó al muchacho seguir hacia el claustro, dispuesto a no figurar en un asunto del cual realmente nada sabía.

#### CAPÍTULO IV

Fray Simón de Santa Águeda fue obligado a ir a su provincia natal en misión religiosa, tiempo después de los hechos que acabo de narrar.

Se preparó y se embarcó.

La misión no era en la capital, sino en el interior. Entrando a la capital, le pareció un deber visitar a sus padres. Estaban cambiados física y moralmente. Era, con toda seguridad, el dolor y el remordimiento de haber precipitado a su hijo a la resolución que tomó. Habían vendido el negocio y vivían de sus rentas.

Recibieron a su hijo con alborozo y verdadero amor. Después de las lágrimas y los consuelos, llegaron al propósito del viaje de Simón.

—¿A qué vienes tú, hijo mío?

—Vengo a cumplir una misión del sacerdocio que abra-  
cé. Vengo a predicar, para que el rebaño de El Señor no se aparte nunca del buen camino.

—¿Aquí en la capital?

—No, en el interior. Comienzo por la villa de\*\*\*.

Los dos viejos se estremecieron; pero Simón no lo notó. Al día siguiente partió, no sin algunas exigencias de sus padres para que se quedara. Notaron que su hijo ni de pa-

sada había hablado de Helena. Tampoco quisieron lastimarlo hablando del tal asunto.

En unos días, en la villa de la que había hablado fray Simón, había un alborozo por escuchar las prédicas del misionero.

La vieja iglesia del lugar estaba hasta el tope de gente.

A la hora anunciada fray Simón subió al púlpito y comenzó el discurso religioso. La mitad de la gente salió aburrida a la mitad del sermón. La razón era simple. Acostumbrado a las vivas imágenes de los calderos ardientes de Pedro Botelho, el diablo, y otros pedacitos de oro de la mayoría de los predicadores, el pueblo no podía escuchar con placer el lenguaje simple, suave, persuasivo, al que servían de modelo las prédicas del fundador de nuestra religión.

El predicador estaba por terminar cuando entró apresuradamente a la iglesia una pareja, marido y mujer: él, honrado labrador, con una posición suficiente para cubrir las necesidades básicas y con la buena voluntad de trabajar; ella, señora estimada por sus virtudes, pero de una melancolía invencible.

Después de tomar el agua bendita, se colocaron ambos en un lugar donde pudieran ver fácilmente al orador.

Se escuchó entonces un grito y todos corrieron hacia la recién llegada, que se acababa de desmayar. Fray Simón tuvo que detener su discurso, mientras terminaba el incidente. Pero por una abertura que la turba dejaba, pudo ver el rostro de la desmayada.

Era Helena.

En el manuscrito del fraile hay una serie de puntos suspensivos diseminados a lo largo de ocho líneas. Él mismo no sabe lo que sucedió. Pero lo que sucedió fue que, apenas reconociera a Helena, continuó el fraile el discurso. Era entonces otra cosa: era un discurso sin nexo, sin asunto, un verdadero delirio. La consternación fue general.

## CAPÍTULO V

El delirio de fray Simón duró algunos días. Gracias a los cuidados pudo mejorar y pareció a todos que estaba bien, menos al médico, que quería continuar el tratamiento. Pero el fraile dijo positivamente que se retiraba al convento, y no hubo fuerza humana que lo detuviera.

El lector comprende naturalmente que el casamiento de Helena había sido obligado por los tíos.

La pobre señora no resistió la conmoción. Murió dos meses después, dejando inconsolable al marido que la amaba de veras.

Fray Simón, recogido en el convento, se volvió más solitario y taciturno. Conservaba aún algunos signos de locura. Ya conocemos el acontecimiento de su muerte y la impresión que causó al abad.

La celda de fray Simón de Santa Águeda estuvo mucho tiempo religiosamente cerrada. Sólo se abrió, algún tiempo después, para dar entrada a un viejo secular que por limosna alcanzó la autorización del abad de terminar sus días con la convivencia de los médicos del alma. Era el padre de Simón. La madre había muerto.

Fue creencia, en los últimos años de vida de este viejo, que él no estaba menos loco que fray Simón de Santa Águeda.



## TEORÍA DEL MEDALLÓN

### DIÁLOGO

—¿Tienes sueño?

—No, señor.

—Ni yo. Conversemos un poco. Abre la ventana. ¿Qué horas son?

—Las once.

—Ya salió el último invitado de nuestra modesta cena.

"Así que, mi elegante amigo, llegaste a tus veintiún años. Hace veintiún años, el día 5 de agosto de 1854, venías tú a la luz, un pedazo de nada, y ya eres hombre, largos bigotes, algunas enamoradas...

—Papá...

—No te apenes con esas tonterías, y hablemos como dos amigos serios. Cierra aquella puerta; voy a decirte cosas importantes. Siéntate y conversemos. Veintiún años, algunos documentos, un diploma, puedes entrar en el parlamento, en la magistratura, en la prensa, en la agricultura, en la industria, en el comercio, en las letras o en las artes. Hay infinitas carreras delante de ti. Veintiún años, hijo mío, forman apenas la primera sílaba de nuestro destino. Los mismos Pitt y Napoleón, a pesar de su precocidad, no lo fueron todo a los veintiún años. Pero cualquiera que sea la profesión que escojas, mi deseo es que te hagas grande e ilustre, o por lo menos notable, que te levantes encima de la oscuridad común. La vida, Juanjo, es una enorme lotería;

los premios son pocos, los rechazos son numerosos, y con los suspiros de una generación es que se amasan las esperanzas de otra. Esto es la vida; no es lloriquear, ni condenar, sino aceptar las cosas integralmente, con sus cargas y percances, glorias y desdoras, salir adelante.

—Sí, señor.

—Mientras tanto, así como es de buena economía guardar un pan para la vejez, así también es de buena práctica social reservar un oficio para la hipótesis de que los otros fallen, o no apuntalen suficientemente el esfuerzo de nuestra ambición. Es esto lo que te aconsejo hoy, día en el que alcanzas la mayoría de edad.

—Créeme que te agradezco; pero ¿qué oficio?, ¿no me lo dirás?

—Ninguno me parece más útil y adecuado que el de medallón. Ser medallón, ser figurón, persona importante, fue el sueño de mi mocedad; me faltaron no obstante las instrucciones de un padre, y acabó como ves, sin otro consuelo y relevo moral, más allá de las esperanzas que deposito en ti. Escúchame bien, mi querido hijo, escúchame y entiende. Eres joven, tienes naturalmente el ardor, la abundancia, las improvisaciones de la edad; no lo rechaces, pero modéralos de modo que a los cuarenta y cinco años puedas entrar francamente en el régimen del aplomo y de la medida. El sabio que dijo: “la gravedad es un misterio del cuerpo”, definió la compostura del medallón. No confundas esa gravedad con aquella otra que, aunque reside en el aspecto, es un puro reflejo o emanación del espíritu; esa es del cuerpo, solamente del cuerpo, una señal de la naturaleza o una manera de vivir. En cuanto a la edad de cuarenta y cinco años...

—Es verdad, ¿por qué cuarenta y cinco años?

—No es, como puedes suponer, un límite arbitrario, hijo del puro capricho; es la fecha normal del fenómeno. Generalmente, el verdadero medallón comienza a manifestarse

entre los cuarenta y cinco y cincuenta años, aunque algunos ejemplos se den entre los cincuenta y cinco y los sesenta; pero éstos son raros. Los hay también de cuarenta años, y otros más precoces, de treinta y cinco y de treinta; no son, todavía, comunes. No hablo de los de veinticinco años: ese madurar es privilegio del genio.

—Entiendo.

—Vayamos a lo principal. Una vez entrado en la carrera debes poner todo el cuidado en las ideas que hubieras de nutrir para uso ajeno y propio. Lo mejor será absolutamente no tenerlas; cosa que entenderás bien, imaginando, por ejemplo, un actor despojado del uso de un brazo. Él puede, por un milagro del artificio, disimular el defecto a los ojos del público; pero era mucho mejor disponer de los dos. Lo mismo se da con las ideas; se puede, con ímpetu, atenuarlas, esconderlas hasta la muerte; pero ni esa habilidad es común, ni tan constante esfuerzo convendría al ejercicio de la vida.

—Pero quién te dice que yo...

—Tú, hijo mío, si no me equivoco, pareces dotado de la perfecta inopia mental, conveniente al uso de este noble oficio. No me refiero tanto a la fidelidad con la que repites en una sala las opiniones escuchadas en una esquina, y viceversa, porque ese hecho, aunque indique cierta carencia de ideas, aun así puede no pasar de una traición de la memoria. No; me refiero al gesto correcto y perfilado con el que sueles divulgar francamente tus simpatías o antipatías acerca del corte de un chaleco, de las dimensiones de un sombrero, de la medida o el calado de unas botas nuevas. He ahí un síntoma elocuente, he ahí una esperanza. Mientras tanto, pudiendo suceder que con la edad puedas ser abatido por algunas ideas propias, urge aparejar fuertemente el espíritu. Las ideas son por su naturaleza espontáneas y súbitas; por más que las sufrimos, ellas irrumpen y se precipitan. De ahí la seguridad con la que el vulgo, cuyo

faro es extremadamente delicado, distingue al medallón completo del medallón incompleto.

—Creo que es así; pero es un obstáculo insuperable.

—No lo es; hay un medio; es tomar mano de un régimen debilitante, leer compendios de retórica, escuchar ciertos discursos, etcétera. El rocambor, el dominó y el *whist* son remedios aprobados. El *whist* tiene hasta la rara ventaja de acostumbrar al silencio, que es la forma más acentuada de la circunspección. No digo lo mismo de la natación, de la equitación y de la gimnasia, aunque ellas hagan reposar el cerebro; pero por eso mismo, que lo hacen reposar, le restituyen las fuerzas y la actividad perdidas. El billar es excelente.

—¿Cómo es eso?, si también es un ejercicio corporal.

—No digo que no, pero hay cosas en que la observación desmiente la teoría. Si te aconsejo excepcionalmente el billar es porque las estadísticas más escrupulosas muestran que tres cuartas partes de los habituados al taco comparten las opiniones del mismo taco. El paseo en las calles, especialmente cuando es de recreo y desfile, es utilísimo, con la condición de que no andes desacompañado, porque la soledad es taller de ideas, y el espíritu dejado a sí mismo, aunque sea en medio de la multitud, puede adquirir tal o cual actividad.

—¿Pero si yo no tuviera a la mano un amigo apto y dispuesto a ir conmigo?

—No te haría mal; tienes el valiente recurso de mezclarte con los ociosos de las plazas, en que toda la polvareda de la soledad se disipa. Las librerías, o por causa de la atmósfera de lugar, o por cualquier otra razón que se me escapa, no son propicias a nuestro fin; y no obstante hay gran conveniencia en entrar a ellas, de cuando en cuando, no digo a las ocultas sino a las que están a la vista de todos. Puedes resolver la dificultad de un modo simple: vas ahí a hablar del tema del día, de la anécdota de la semana, de un contrabando, de una calumnia, de un cometa, de cualquier cosa, cuando no prefieras interrogar directamente a los lectores habituales

de las bellas crónicas de Mazade; setenta y cinco por ciento de esos estimables caballeros te repetirán las mismas opiniones, y esa monotonía es enormemente saludable. Con este régimen, durante ocho, diez, dieciocho meses —supongamos dos años— reduces el intelecto, por más pródigo que sea, a la sobriedad, a la disciplina, el equilibrio común. No trato del vocabulario, porque el vocabulario está subentendido en el uso de las ideas; ha de ser naturalmente simple, tibio, apocado, sin notas rojas, sin colores de clarín...

—¡Eso es del demonio! No poder adornar el estilo, de cuando en cuando...

—Puedes; puedes emplear unas cuantas figuras expresivas, la hidra de Lerna, por ejemplo, la cabeza de Medusa, el tonel de las Danaides, las alas de Ícaro, y otras que románticos, clásicos y realistas emplean sin reserva, cuando las necesitan. Sentencias latinas, dichos históricos, versos célebres, aforismos jurídicos, máximas, y de buena manera traerlos contigo para los discursos de sobremesa, de felicitación, o de agradecimiento. *Caveant, consules* es un excelente cierre de artículo político; lo mismo diré de *Si vis pacem, para bellum*. Algunos acostumbran renovar el sabor de una cita intercalándola en una nueva frase, original y bella, pero no te aconsejo ese artificio; sería desnaturalizar las antiguas gracias. Mejor que todo eso, sin embargo, que finalmente no pasa de mero adorno, son las frases hechas, las locuciones convencionales, las fórmulas consagradas por los años, incrustadas en la memoria individual y pública. Esas fórmulas tienen la ventaja de no obligar a los otros a un esfuerzo inútil. No las relaciono ahora, pero lo haré por escrito. Así que el mismo oficio te irá enseñando los elementos de ese arte difícil de pensar lo pensado. En cuanto a la utilidad de tal sistema, basta concretar una hipótesis. Se hace una ley, se ejecuta, no produce efecto, subsiste el mal. He ahí una cuestión que puede aguzar las curiosidades vanas, dar enseñanza a una investigación pedantesca, a

una colecta fastidiosa de documentos y observaciones, análisis de causas probables, causas ciertas, causas posibles, un estudio infinito de las aptitudes del sujeto reformado, de la naturaleza del mal, de la manipulación del remedio, de las circunstancias de la aplicación; materia, en fin para todo un andamiaje de palabras, conceptos y desvaríos. Tú le ahorras a tus semejantes todo ese inmenso arancel, tú dices simplemente: ¡Antes de las leyes reformemos las costumbres! Y esta frase sintética, transparente, límpida, sacada del peculio común, resuelve más de prisa el problema, entra por los espíritus como un chorro súbito de sol.

—Veo en esto que condenas toda y cualquier aplicación de los procesos modernos.

—Entendámonos. Condeno la aplicación, alabo la denominación. Lo mismo diré de toda la reciente terminología científica; debes memorizarla. En lo que se refiere a que el rasgo peculiar del medallón sea una cierta actitud de dios Término, y las ciencias sean obra del movimiento humano, como tienes que ser medallón más tarde conviene tomar las armas de tu tiempo. Y de dos una: o ellas estarán usadas y divulgadas de aquí a treinta años, o se conservarán nuevas: en el primer caso, te pertenecen de foro propio; en el segundo, puedes tener la coquetería de traerlas para mostrar que también eres pintor. De oídas, con el tiempo, irás sabiendo a qué leyes, casos y fenómenos responde toda esa terminología; porque el método de interrogar a los propios maestros y oficiales de la ciencia, en sus libros, estudios y memorias, además de tedioso y cansado, trae el peligro de inocular ideas nuevas, y es radicalmente falso. Agrega a esto que en el día en que vinieras a enseñorearte del espíritu de aquellas leyes y fórmulas, serías probablemente llevado a emplearlas con tal o cual comedimiento, como la costurera, experta y acreditada, que, según un poeta clásico,

*Cuanto más tela tiene, más ahorra el corte,  
Menos monte alardea de retazos;*

”y este fenómeno, tratándose de un medallón, no sería científico.

—¡Upa! Que la profesión es difícil.

—Y aún no llegamos al final.

—Vamos a él.

—No te hablé aún de los beneficios de la publicidad. La publicidad es una señora rubia y señorial, que tú debes conquistar a fuerza de pequeños mimos, confites, cojincillos, cosas menudas, que antes exprimen la constancia del afecto que el atrevimiento y la ambición. Que Don Quijote solicite los favores de ella mediante acciones heroicas o costosas es un rasgo propio de este ilustre lunático. El verdadero medallón tiene otra política. Lejos de inventar un tratado científico de la cría de carneros, compra un carnero y lo ofrece a los amigos bajo la forma de una cena, cuya noticia no puede ser indiferente a sus conciudadanos. Una noticia trae otra; cinco, diez, veinte veces pone tu nombre ante los ojos del mundo. Comisiones o diputaciones para felicitar a un agraciado, un benemérito, un forastero, tienen singulares merecimientos, y así las hermandades y asociaciones diversas, sean mitológicas, cinegéticas o coreográficas. Los acontecimientos de cierto orden, aun de poca monta, pueden ser traídos al fuego, mientras que pongan en relevancia a tu persona. Me explico. Si cayeras de un carro, sin otro daño más allá del susto, es útil mandarlo decir a los cuatro vientos, no por el hecho en sí, que es insignificante, sino por el efecto del recordar un nombre caro a los afectos generales. ¿Te das cuenta?

—Me doy cuenta.

—Esa es publicidad constante, barata, fácil, de todos los días; pero hay otra. Cualquiera que sea la teoría de las artes, está fuera de duda que el sentimiento de la familia, la amistad personal y la estima pública instigan a la reproducción de los afectos de un hombre armado o benemérito. Nada obsta a que seas objeto de tal distinción, principalmente si

la sagacidad de los amigos no encuentra en ti rechazo. En semejante caso no sólo las reglas de la más vulgar cortesía mandan aceptar el retrato o el busto, como sería descortés impedir que los amigos lo expusieran en cualquier casa pública. De esa manera el nombre queda ligado a la persona; los que hubieran leído tu reciente discurso (supongamos) en la sesión inaugural de la Unión de Peluqueros, reconocerán en la compostura de los elogios al autor de esta obra comprometida en que la *alabanza del progreso* y el *sudor del trabajo* vencen las *enormes fauces* de la miseria. En el caso de que una comisión te lleve a casa el retrato, debes agradecerle el obsequio con un discurso lleno de gratitud y un vaso de agua: es costumbre antigua, razonable y honesta. Convidarás entonces a los mejores amigos, a los parientes, y si fuera posible una o dos personas de representación. Pero si ese día es un día de gloria o regocijo, no veo que puedas, decentemente, rehusar un lugar a la mesa a los *reporters* de los diarios. En todo caso si las obligaciones de esos ciudadanos los retuvieran en otra parte, puedes ayudarlos de cierta manera, redactando tú mismo la noticia de la fiesta; y dado que por tal o cual escrúpulo, por otra parte disculpable, no quieras con tu propia mano anexar tu nombre a los calificativos dignos de él, responsabiliza de la noticia a algún amigo o pariente.

—Te digo que lo que me enseñas no es nada fácil.

—Ni yo te digo otra cosa. Es difícil, come tiempo, mucho tiempo, lleva años, paciencia, trabajo y ¡felicidades los que llegan a entrar en la tierra prometida! Los que ahí no penetran los engulle la oscuridad. ¡Pero los que triunfan! Y tú triunfarás, créeme. Verás caer las murallas de Jericó al sonido de las trompetas sagradas. Sólo entonces podrás decir que estás afirmado. Comienza en ese día tu fase de ornamento indispensable, de figura obligada, de rótulo. Se acabó la necesidad de olfatear ocasiones, comisiones, hermandades; ellas vendrán contigo, con su aire pesadón y crudo de sustantivos



desadjetivados, y tú serás el adjetivo de esas oraciones opacas, el *odorífero* de las flores, el *anillado* de los cielos, el *generoso* de los ciudadanos, el *noticioso* y *suculento* de los relatorios. Y ser esto es lo principal, porque el adjetivo es el alma del idioma, su porción idealista y metafísica. El sustantivo es la realidad desnuda y cruda, es el naturalismo del vocabulario.

—¿Y te parece que todo ese oficio es apenas un repuesto para los déficits de la vida?

—Absolutamente; no queda excluida ninguna otra actividad.

—¿Ni la política?

—Ni la política. Toda la cuestión es no infringir las reglas y obligaciones capitales. Puedes pertenecer a cualquier partido, liberal o conservador, republicano o ultramontano, con la cláusula única de no ligar ninguna idea especial a esos vocablos, y reconocerles solamente la utilidad del *schibboleth* bíblico.

—¿Si fuera al parlamento, puedo ocupar la tribuna?

—Puedes y debes, es un modo de convocar la atención pública. En cuanto a la materia de los discursos, tienes la elección: o los negocios pequeños, o la metafísica política, pero prefiere la metafísica. Los negocios menudos, fuerza es confesarlo, no desdican de aquella tontería del buen tono, propia de un medallón acabado; pero, si pudieras, adopta la metafísica; es más fácil y más atrayente. Supón que deseas saber por qué motivo la séptima Compañía de Infantería fue transferida de Uruguaiana para Canguçu; serás escuchado solamente por el ministro de Guerra, que te explicará en diez minutos las razones de ese acto. No así la metafísica. Un discurso de metafísica política apasiona naturalmente a los partidos y al público, llama a los apartes y a las respuestas. Y después no obliga a pensar ni a descubrir. En ese ramo de los conocimientos humanos todo está hallado, formulado, rotulado, archivado; es sólo proveer las alforjas de la memoria. En todo caso no trasciendas nunca los límites de una envidiable vulgaridad.

- Haré lo que pueda. ¿Ninguna imaginación?
- Ninguna; antes haz correr el rumor de que tal don es ínfimo.
- ¿Ninguna filosofía?
- Entendámonos: En el papel y en la lengua, alguna; en la realidad nada. “Filosofía de la historia”, por ejemplo, es una alocución que debes emplear con frecuencia, pero te prohíbo que llegues a otras conclusiones que no sean las ya encontradas por otros. Huye a todo lo que pueda oler a reflexión, originalidad, etcétera, etcétera.
- ¿También a la risa?
- ¿Cómo a la risa?
- Permanecer serio, muy serio...
- Conforme. Tienes un genio holgazán, placentero, no has de reprimirlo ni eliminarlo; puedes jugar y reír alguna vez. Medallón no quiere decir melancólico. Un serio puede tener sus momentos de expansión alegre. Solamente, y éste punto es melindroso...
- Dime.
- Solamente no debes emplear la ironía, ese movimiento al lado de la boca, lleno de misterios, inventado por algún griego de la decadencia, contraído por Luciano, transmitido a Swift y Voltaire, característica propia de los escépticos y de los insolentes. No. Usa antes las chanzas, los juegos de palabras, nuestra buena charla amiga, gorducha, rechoncha, franca, sin biombos ni velos, que se mete por la cara de los otros, estalla como una palmada, hace saltar la sangre de las venas y reventar de risa los tirantes. Usa las charadas. ¿Qué hora es?
- Medianoche.
- ¿Medianoche? Entrás en tus veintidós años, mi dandi; estás definitivamente mayor. Vamos a dormir, que es tarde. Rumia bien lo que te dije, hijo mío. Guardadas las proporciones, la conversación de esta noche vale *El Príncipe* de Maquiavelo. Vamos a dormir.

## LA SANDALIA TURCA

Vean al bachiller Duarte. Acaba de ajustar el más firme y correcto nudo de corbata que apareció en aquel año de 1850, y le anuncian la visita del mayor Lopo Alves. Noten que es de noche y ya pasan de las nueve. Duarte se estremeció, y tenía dos razones para eso. La primera era porque, en cualquier ocasión, el mayor era uno de los más gruñones individuos de su tiempo. La segunda es que él se preparaba justamente para ir a ver, en un baile, los más finos cabellos rubios y los más pensativos ojos azules que este clima nuestro, tan avaro de ellos, había producido. Tenía una semana aquel noviazgo. Su corazón, dejándose prender entre dos valsos, confió a sus ojos, que eran castaños, una declaración en regla, que ellos transmitieron puntualmente a la dama diez minutos antes de la cena, recibiendo respuesta favorable inmediatamente después del chocolate. Tres días después ya iba en camino la primera carta, y por el modo que llevaban las cosas no era de admirarse que, antes del fin de año, estuvieran los dos caminos a la iglesia.

En estas circunstancias, la llegada de Lopo Alves era una verdadera calamidad. Viejo amigo de la familia, compañero de su finado padre en el ejército, merecía el mayor de todos los respetos. Imposible despedirlo o tratarlo con frialdad. Felizmente había una circunstancia atenuante; el mayor estaba emparentado con Cecilia, la dama de ojos azules; en caso de necesidad era un voto seguro.

Duarte se puso una capa y se dirigió a la sala, donde Lopo Alves, con un rollo debajo del brazo y los ojos fijos en el aire, parecía totalmente ajeno a la llegada del bachiller.

—¿Qué buen viento lo trajo a Catumbí a semejante hora? —preguntó Duarte, dando a la voz una expresión de placer, aconsejada nada menos por el interés que por el buen tono.

—No sé si el viento que me trajo es bueno o malo —respondió el mayor sonriendo debajo del espeso bigote gris—; sé que fue un viento pertinaz. ¿Va a salir?

—Voy a Río Comprido.

—Ya sé; va a la casa de la viuda Meneses. Mi mujer y las pequeñas ya deben estar allá: yo iré más tarde si puedo. Creo que es temprano, ¿no?

Lopo Alves sacó el reloj y vio que eran las nueve y media. Pasó su mano por el bigote, se incorporó, dio algunos pasos por la sala, volvió a sentarse y dijo:

—Le doy una noticia que ciertamente no esperaba. Sepa que hice, que hice una obra de teatro.

—¡Una obra! —exclamó el bachiller.

—¿Qué quiere? Desde niño padecí de estos achaques literarios. El servicio militar no fue remedio para que me curase, fue un paliativo. La enfermedad regresó con la fuerza de los primeros tiempos. Ya ahora no hay más remedio sino soltarla, e ir simplemente ayudando a la naturaleza.

Duarte recordó que, efectivamente, el mayor hablaba en otro tiempo de algunos discursos inaugurales, dos o tres cantos fúnebres, y una buena suma de artículos que había escrito acerca de las campañas del Río de la Plata.

Hacía sin embargo muchos años que Lopo Alves había dejado en paz a los generales platinos y a los difuntos; nada hacía suponer que la enfermedad volviese, sobre todo caracterizada en una obra de teatro, un drama. Esta circunstancia se la explicaría el bachiller si supiera que Lopo Alves había asistido unas semanas antes a la representación de una obra del género ultrarromántico, pieza que le agradó

mucho y le sugirió la idea de afrontar las luces del escenario. No entró el mayor en estas minucias necesarias y el bachiller se quedó sin conocer el motivo de la explosión dramática del militar. Ni lo supo ni le fue necesario. Atendió con cuidado las facultades mentales del mayor, manifestó calurosamente la ambición que nutría de verlo salir triunfante de aquel estreno, prometió que lo recomendaría a algunos amigos que tenía en el *Correio Mercantil*, y sólo se sorprendió y se puso pálido cuando vio al mayor, tembloroso de bienaventuranza, abrir el rollo que traía consigo.

—Le agradezco sus buenas intenciones —dijo Lopo Alves— y acepto el obsequio que me promete; antes de él, deseo otro. Sé que es inteligente y leído; dígame francamente lo que piensa de este trabajo. No le pido elogios, exijo franqueza, y franqueza ruda, si advierte que no es bueno, dígamelo sin rebuscamientos.

Duarte procuró desviar aquel cáliz de amargura; pero era difícil pedirlo e imposible lograrlo. Consultó melancólicamente el reloj, que marcaba las nueve y cincuenta y cinco minutos, mientras el mayor hojeaba paternalmente las ciento ochenta fojas del manuscrito.

—Esto va de prisa —dijo Lopo Alves—; yo sé lo que son los muchachos y lo que son sus bailes. Descanse, que aún bailará dos o tres vales con *ella*, o con ellas. ¿No considera mejor que vayamos a su estudio?

Era indiferente para el bachiller el lugar del suplicio; accedió al deseo de su huésped, que con las libertades que le daban las relaciones dijo al muleque que no dejara entrar a nadie. El verdugo o juez no quería testigos. La puerta del gabinete cerró; Lopo Alves tomó su lugar al frente de la mesa, teniendo en frente al bachiller, que sumergió el cuerpo y la desesperación en una amplia silla de cuero, resuelto a no pronunciar palabra para llegar más rápido al final.

El drama se dividía en siete cuadros. Esta acotación produjo un escalofrío en el oyente. Nada había de nuevo en

aquellas ciento ochenta páginas, sino la letra del autor. Lo demás eran los lances, los caracteres, las *ficelles*, y hasta el estilo de los más acabados tipos de romanticismo desgrefinado. Lopo Alves suponía poner por obra una invención, cuando no hacía más que alinear sus reminiscencias. En otro momento la obra sería un buen pasatiempo. Había un primer cuadro, especie de prólogo, una niña robada a la familia, un envenenamiento, dos embozados, la punta de un puñal y una cantidad de adjetivos no menos afilados que el puñal. En el segundo cuadro se daba cuenta de la muerte de uno de los embozados, que debía resucitar al tercer cuadro para ser preso en el quinto y matar al tirano en el séptimo. Más allá de la muerte aparente del embozado, había en el segundo cuadro el rapto de la niña, ya entonces muchacha de diecisiete años, un monólogo que parecía durar el mismo plazo y el robo de un testamento.

Eran casi las once cuando acabó la lectura de esa segunda escena. Duarte apenas si podía contener la furia; era ya imposible ir a Río Comprido.

No está fuera de propósito conjeturar que si el mayor se muriera en ese momento, Duarte agradecería su muerte como un beneficio de la providencia. Los sentimientos del bachiller no habían de creer tamaña ferocidad; pero la lectura de un mal libro es capaz de producir fenómenos aún más espantosos. Además, mientras que a los ojos del bachiller aparecía en toda su espesura la greña de Lopo Alves, le brillaban en el espíritu los hilos de oro que adornaban la hermosa cabeza de Cecilia; la veía con los ojos azules, la tez blanca y rosada, el gesto delicado y gracioso, dominando a todas las otras damas que debían estar en el salón de la viuda Meneses. Veía aquello, y escuchaba mentalmente la música, la escena, el sonar de los pasos y el cruje-cruje de las sedas; mientras la voz ronca y desabrida de Lopo Alves iba desarrollando las escenas y los diálogos con la impassibilidad de su enorme convicción.

Volaba el tiempo y el oyente ya había perdido la cuenta de los cuadros y las escenas. La medianoche ya había sonado hacía mucho; el baile estaba perdido. De repente, vio Duarte que el mayor enrollaba otra vez el manuscrito, se erguía, se pavoneaba, clavaba en él unos ojos furiosos y malignos y salía arrebatadamente del estudio. Duarte quiso llamarlo, pero el pasmo le ahogó la voz y los movimientos. Cuando pudo dominarse, escuchó el golpear del tacón rudo y colérico del dramaturgo en las piedras de la calzada.

Fue a la ventana; nada vio ni escuchó; autor y drama habían desaparecido.

—¿Por qué no lo hizo antes? —dijo el muchacho suspirando. El suspiro apenas tuvo tiempo de abrir las alas y salir por la ventana, en demanda de Río Comprido, cuando el muleque del bachiller vino a anunciarle la visita de un hombre bajo y gordo.

—¿A esta hora? —exclamó Duarte.

—A esta hora —repetió el hombre bajo y gordo entrando en la sala—. A esta o a cualquier hora puede la policía entrar a casa del ciudadano una vez que se trata de un delito grave.

—¡Un delito!

—Creo que me conoce...

—No tengo ese honor.

—Soy empleado de la policía.

—¿Pero qué tengo yo que ver con usted?

—Poca cosa: un robo. Está usted acusado de haber sustraído una sandalia turca. Aparentemente no vale nada o vale poco la tal sandalia. Pero hay sandalias y sandalias. Todo depende de las circunstancias.

El hombre dijo esto con una risa sarcástica, y clavando en el bachiller unos ojos de inquisidor. Duarte no sabía siquiera de la existencia del objeto robado. Concluyó que había equívoco de nombre y no se incomodó con la injuria a su persona, y de algún modo a su clase, atribuyéndole la

ratería. Esto mismo dijo al empleado de la policía, agregando que no era motivo, en todo caso, para molestarlo a semejante hora.

—Ha de perdonarme —dijo el representante de la autoridad—. La sandalia de que se trata vale algunas decenas de *contos de reis*; está adornada de finísimos diamantes, que la vuelven singularmente preciosa. No es turca sólo por la forma, sino también por el origen. La dueña, que es uno de nuestros personajes más viajeros, estuvo hace cerca de tres años en Egipto, donde se la compró a un judío. La historia que este alumno de Moisés le refirió acerca de aquel producto de la industria musulmana es verdaderamente milagrosa, y en mi sentir, perfectamente mentirosa. Pero no viene al caso contarla. Lo que importa es que fue robada y que la policía tiene una denuncia contra usted.

En ese punto del discurso el hombre había llegado a la ventana; Duarte sospechó que fuera un loco o un ladrón. No tuvo tiempo de examinar la sospecha, porque pasados algunos segundos vio entrar a cinco hombres armados que le ataron las manos y lo llevaron escalera abajo a pesar de los gritos que soltaba y de los movimientos desesperados que hacía. En la calle había un carro, donde lo metieron a la fuerza, ya estaba ahí el hombre bajo y gordo y además un sujeto alto y delgado, que lo recibieron y lo hicieron sentarse al fondo del carro. Se escuchó el estallido del chicote del cochero y el carro comenzó su trayecto.

—¡Ah! ¡Ah! —dijo el hombre gordo—. Conque entonces usted pensaba que podía hurtar sandalias turcas impunemente, enamorar damas rubias, casarse tal vez con ellas... y reír aún por encima del género humano.

Oyendo aquella alusión a la dama de sus pensamientos, Duarte tuvo un escalofrío. Se trataba, por lo que parecía, de alguna venganza de un rival suplantado. ¿O la alusión sería casual y extraña a la aventura?



Duarte se perdió en un berenjenal de conjeturas, mientras el carro iba siempre a todo galope. Poco después arriesgó una observación.

—Cualesquiera que sean mis crímenes, supongo que la policía...

—Nosotros no somos de la policía —interrumpió fríamente el hombre delgado.

—¡Ah!

—Este caballero y yo hacemos un par. Él, usted y yo hacemos un tercio. Sin embargo un tercio no es mejor que un par; no lo es, no puede ser. Una pareja es lo ideal ¿me entendió?

—No, señor.

—Pero lo va a entender en poco tiempo.

Duarte se resignó a la espera, se cubrió con el silencio, aflojó el cuerpo, y dejó correr el carro de la aventura. Unos cinco minutos después se detenían los caballos.

—Llegamos —dijo el hombre gordo.

Diciendo esto, sacó un pañuelo de su alforja y se lo ofreció al bachiller para que se cubriese los ojos. Duarte se rehusó, pero el hombre delgado le comentó que era más prudente obedecer que resistir. No se resistió el bachiller; se ató el pañuelo y se bajó. Escuchó poco después rechinar una puerta; dos personas —probablemente las que lo acompañaron en el carro— le agarraron las manos y lo condujeron por una infinidad de corredores y escaleras. Mientras caminaba, el bachiller escuchó algunas voces desconocidas, palabras, frases truncadas.

Al final se detuvieron, le dijeron que se sentara y destapase sus ojos. Duarte obedeció; pero al desvendarse no vio a nadie más.

Era una sala amplia, suficientemente iluminada, decorada con elegancia y opulencia. Estaba tal vez saturada de la variedad de los adornos; sin embargo, la persona que los habría escogido debía tener un gusto selecto. Los bronce, ceniceros, tapetes, espejos, la abundancia infinita de los

objetos que llenaban la sala, era todo de la mejor fábrica. La vista de aquello restituyó la serenidad al ánimo del bachiller; no era probable que ahí vivieran ladrones.

Se reclinó el muchacho indolentemente en la otomana... ¡en la otomana! Esta circunstancia trajo a la memoria del muchacho el principio de la aventura y el robo de la sandalia. Algunos minutos de reflexión bastaron para ver que la sandalia era ya ahora más que problemática. Cavando más hondo en el terreno de las conjeturas, le pareció encontrar una explicación nueva y definitiva. La sandalia venía a ser pura metáfora; se trataba del corazón de Cecilia lo que él había robado, delito del que lo quería castigar el ya imaginado rival. A esto debían ligarse naturalmente las palabras misteriosas del hombre delgado: un par es mejor que una tercia; una pareja es lo ideal.

—Ha de ser eso —concluyó Duarte—; ¿pero quién será ese pretendiente derrotado?

En ese momento se abrió una puerta del fondo de la sala y apareció la negra sotana de un padre pálido y calvo. Duarte se levantó, como por efecto de un resorte. El padre atravesó lentamente la sala, al pasar junto a él le echó la bendición y salió por otra puerta dibujada en la pared de enfrente. El bachiller se quedó sin movimiento, mirando la puerta; mirando sin ver, estúpidamente, en todos los sentidos.

Lo inesperado de aquella aparición revolvió totalmente las ideas anteriores con respecto a la aventura. No tuvo tiempo, mientras tanto, de pensar en una nueva explicación, porque la primera puerta fue de nuevo abierta y entró por ella otra figura, esta vez el hombre delgado fue directo a él y lo invitó a seguirlo. Duarte no opuso resistencia. Salieron por una tercera puerta y una vez atravesados algunos corredores más o menos iluminados, fueron a dar a otra sala que sólo lo era por dos velas puestas en candelabros de plata. Los candelabros estaban sobre una mesa larga. En la cabecera estaba un hombre viejo que aparentaba

tener cincuenta y cinco años; era una figura atlética, abundante de cabellos en la cabeza y en la cara.

—¿Me conoce? —preguntó el viejo, cuando Duarte entró en la sala.

—No, señor.

—No es necesario. Lo que vamos a hacer excluye absolutamente la necesidad de cualquier presentación. Sabrá en primer lugar que el robo de la sandalia fue un simple pretexto...

—¡Oh! Es verdad —interrumpió Duarte.

—Un simple pretexto —continuó el viejo— para traerlo a ésta, nuestra casa. La sandalia no fue robada; nunca salió de las manos de la dueña. Juan Rufino, ve a buscar la sandalia. —El hombre delgado salió, y el viejo declaró al bachiller que la famosa sandalia no tenía ningún diamante, ni había sido comprada a ningún judío de Egipto; era sin embargo turca, según se le dijo, y un milagro de pequeñez. Duarte escuchó las explicaciones, y reuniendo todas las fuerzas, preguntó resueltamente.

—Pero, señor, ¿no me dirá de una vez lo que quieren de mí y lo que estoy haciendo en esta casa?

—Va a saberlo —respondió tranquilamente el viejo.

La puerta se abrió y apareció el hombre delgado con la sandalia en la mano. Duarte, invitado a aproximarse a la luz, tuvo ocasión de verificar que la pequeñez era realmente milagrosa. La sandalia era de piel finísima; en el asiento del pie, forrado de seda color azul, brillaban dos letras bordadas en oro.

—Sandalias de niña, ¿no le parece? —dijo el viejo.

—Supongo que sí.

—Pues supone mal; es sandalia de mujer.

—Será; nada tengo con eso.

—¡Perdón! Tiene mucho, porque se va a casar con la dueña.

—¡Casar! —exclamó Duarte.

—Nada menos. Juan Rufino, ve a buscar a la dueña de la sandalia. —Salió el hombre delgado y volvió poco después.

A somando a la puerta, levantó el repostero y dio entrada a una mujer, que caminó hacia el centro de la sala. No era mujer, era una sílfide, una visión de poeta, una criatura divina. Era rubia; tenía los ojos azules, como los de Cecilia, extáticos, unos ojos que buscaban el cielo o parecían vivir de él. Los cabellos peinados cuidadosamente le hacían, alrededor de la cabeza, algo parecido a un resplandor de santa; santa solamente, no mártir, porque la sonrisa que le brotaba en los labios era una sonrisa de bienaventuranza, como raras veces ha de haber tenido la tierra. Un vestido blanco de finísimo cambray le envolvía castamente el cuerpo, cuyas formas además dibujaba poco para los ojos, pero mucho para la imaginación. Un muchacho, como el bachiller, no pierde el sentimiento de la elegancia, aun en lances como aquellos. Duarte, al ver a la muchacha, se compuso el abrigo, se compuso la capa, se palpó la corbata e hizo una ceremoniosa cortesía, a la que ella correspondió con tanta gentileza y gracia, que la aventura comenzó a aparecer mucho menos aterradora.

—Mi querido doctor, ésta es la novia.

La muchacha bajó los ojos; Duarte respondió que no quería casarse.

—Tres cosas hará usted ahora mismo —continuó impasiblemente el viejo—: la primera es casarse; la segunda, escribir su testamento; la tercera, tomar ciertas drogas de Levante...

—¡Veneno!—interrumpió Duarte.

—Vulgarmente es ése el nombre; yo le doy otro: pasaporte al cielo. —Duarte estaba pálido y frío. Quiso hablar, no pudo; no le salió del pecho un gemido siquiera. Rodaría por el suelo, si no hubiera ahí cerca una silla en la que se dejó caer.

—Usted —continuó el viejo— tiene una fortuna de ciento cincuenta *contos*. Esta perla será su heredera universal. Juan Rufino, ve a buscar al padre. El padre entró, el mismo padre calvo que había bendecido al bachiller poco antes;

entró y fue directo al muchacho, recitando somnolientamente un trecho de Nehemías o cualquier otro profeta menor; lo tomó de la mano y le dijo:

—¡Levántese!

—¡No! ¡No quiero! ¡No me casaré!

—¿Y esto? —dijo desde la mesa el viejo, apuntándole con una pistola.

—¿Pero entonces es un asesinato?

—Lo es; la diferencia está en el género de muerte: o violenta con esto o suave con la droga. ¡Escoja! —Duarte sudaba y temblaba. Quiso levantarse y no pudo. Sus rodillas golpeaban una contra la otra. El padre se acercó a su oído y le dijo en voz baja:

—¿Quiere huir?

—¡Oh! ¡Sí! —exclamó, no con los labios, que podía ser escuchado, sino con los ojos en los que puso toda la vida que le quedaba.

—¿Ve aquella ventana? Está abierta; debajo queda un jardín. Tírese de ahí sin miedo.

—¡Oh! ¡Padre! —dijo bajito el bachiller.

—No soy padre, soy teniente del ejército. No diga nada.

La ventana estaba apenas cerrada; se veía por el marco una línea en el cielo, ya medio claro. Duarte no dudó, reunió todas sus fuerzas, dio un brinco desde el lugar donde estaba y se tiró a la misericordia de Dios para abajo. No era grande la altura, la caída fue pequeña; se levantó el muchacho rápidamente pero el hombre gordo, que estaba en el jardín, le cerró el paso.

—¿Qué es esto?—le preguntó riendo.

Duarte no respondió, apretó los puños, golpeó con ellos violentamente el pecho del hombre y se echó a correr por el jardín. El hombre no cayó; sintió apenas un gran estremecimiento; y una vez pasada la impresión, siguió las huellas del fugitivo. Comenzó entonces una carrera vertiginosa. Duarte iba saltando cercas y muros, brincando canteros, esquivando

árboles, que una u otra vez se le ponían enfrente. Le escurría el sudor, se le alteraba el pecho, sus fuerzas iban perdiéndose poco a poco; tenía una de las manos heridas, la camisa salpicada del rocío de las hojas, dos veces estuvo a punto de ser atrapado, la capa se le atoraba en una cerca de espinos. En fin, cansado, herido, ahogado, jadeante, cayó en los escalones de piedra de una casa que había en medio del último jardín que había atravesado. Miró hacia atrás; no vio a nadie; el perseguidor no lo había seguido hasta ahí. Podría venir, sin embargo; Duarte se levantó dificultosamente, subió los cuatro escalones que le faltaban, entró en la casa, cuya puerta, abierta, daba hacia una sala pequeña y baja.

Un hombre que ahí estaba, leyendo un número del *Journal do Commercio*, pareció no haberlo visto entrar. Duarte cayó en una silla. Detuvo los ojos en el hombre. Era el mayor Lopo Alves. El mayor, empuñando la hoja, cuyas dimensiones se iban volviendo extremadamente exiguas, exclamó repentinamente:

—Ángel del cielo, ¡estás vengado! —fin del último cuadro.

Duarte lo miró, miró hacia la mesa, hacia las paredes, se restregó los ojos, respiró largamente.

—Entonces ¿qué tal le pareció?

—Ah, ¡excelente! —respondió el bachiller levantándose.

—Pasiones fuertes, ¿no?

—Fortísimas. ¿Qué horas son?

—Dieron las dos ahora mismo.

Duarte acompañó al mayor a la puerta, respiró aún una vez más, se palpó, fue hasta la ventana. Se ignora lo que pensó durante los primeros minutos; pero, al cabo de un cuarto de hora, esto es lo que él decía consigo:

“Ninfa, dulce amiga, fantasía inquieta y fértil, tú me salvaste de una mala obra de teatro con un sueño original, sustituyiste mi tedio por una pesadilla: fue un buen negocio y una dura lección: me probaste una vez más que el mejor drama está en el espectador y no en el escenario.”

## LA MUJER DE NEGRO

### CAPÍTULO I

La primera vez que el doctor Esteban Soares habló al diputado Meneses fue en el Teatro Lírico en el tiempo de la memorable lucha entre *lagruístas* y *chartonistas*. Un amigo común los presentó. Al final de la noche se despidieron ofreciéndose mutuamente sus servicios e intercambiando sus respectivas tarjetas de visita.

Pasaron dos meses hasta que se encontraron de nuevo.

Esteban Soares tuvo que ir a la casa de un ministro de Estado para conocer la situación de unos papeles relativos a un pariente de provincia, y ahí encontró al diputado Meneses que acababa de tener una conferencia política.

Hubo sincero placer en ambos al encontrarse por segunda vez; y Meneses le arrancó a Esteban la promesa de que iría a su casa dentro de pocos días.

El ministro despachó al joven médico de prisa.

Llegando al corredor, Esteban fue sorprendido por un tremendo aguacero que en ese momento caía y comenzaba a anegar la calle.

El muchacho miró a uno y otro lado a ver si pasaba algún vehículo vacío, pero lo intentó inútilmente; todos iban ocupados.

A la puerta estaba solamente un cupé vacío en espera de alguien, que el muchacho supuso sería el diputado.

Después de algunos minutos, efectivamente, bajó el representante de la nación y se sorprendió al ver al médico aún a la puerta.

—¿Qué quiere? —le dijo Esteban—, la lluvia me impidió salir; me quedé aquí a ver si pasa un tílburí.

—Es natural que no pase, y en ese caso le ofrezco un lugar en mi cupé. Venga.

—Perdón pero le causo una molestia...

—¡No es molestia! Es un placer. Voy a dejarlo a su casa. ¿Dónde vive?

—Calle de la Misericordia número...

—Bueno, suba.

Esteban dudó un poco, pero no podía dejar de subir sin ofender al digno hombre que con tan buena voluntad le hacía un obsequio.

Subieron.

Sin embargo, en vez de ordenar al cochero dirigirse hacia la calle de la Misericordia, el diputado gritó:

—¡João, a casa!

Y entró en el vehículo.

Esteban lo miró admirado.

—Ya sé —le dijo Meneses—; se sorprende de ver que falté a mi palabra; solamente quiero que conozca mi casa con el fin de que la visite cuanto antes.

El cupé rodaba por la calle debajo de una lluvia torrencial.

Meneses fue el primero que rompió un silencio que se había prolongado algunos minutos, diciendo al joven amigo:

—Espero que la historia de nuestra amistad no termine en el primer capítulo.

Esteban, que ya se había dado cuenta de las maneras solícitas del diputado, quedó enteramente pasmado cuando le escuchó hablar de la historia de su amistad. La razón era simple. El amigo que los había presentado en el Teatro Lírico comentó después:



—Meneses es un misántropo, un escéptico; no cree en nada, ni estima a nadie. En la política como en la sociedad hace un papel puramente negativo.

A pesar de la simpatía que lo arrastraba, ésta era la impresión que tenía Esteban cuando encontró por segunda ocasión a Meneses, y se sorprendía de todo: de las maneras, de las palabras, y del tono afectuoso que parecían revelar.

A las expresiones del diputado el joven médico respondió con igual franqueza.

—¿Por qué acabaremos en el primer capítulo? —le preguntó—; un amigo no es algo que se desprecie, se acoge como un regalo de los dioses.

—¡De los dioses! —dijo Meneses riendo—; ¡ya veo que es pagano!

—Algo hay de eso, es verdad, pero en el buen sentido —respondió Esteban riendo también—. Mi vida se asemeja un poco a la de Ulises...

—¿Tiene al menos una Ítaca, su patria, y una Penélope, su esposa?

—Ni una ni otra.

—Entonces nos entenderemos.

Diciendo esto, el diputado volteó la cara hacia el otro lado, viendo la lluvia que caía en la ventanilla de la portezuela.

Transcurrieron dos o tres minutos durante los cuales Esteban tuvo tiempo de contemplar a placer al compañero de viaje.

Meneses se volvió y comenzó a hablar de un nuevo asunto.

Cuando el cupé entró en la calle del Labrantío, Meneses dijo al médico:

—Vivo en esta calle; estamos cerca de casa. ¿Me promete que ha de venir a verme algunas veces?

—Mañana mismo.

—Bueno. ¿Cómo va su consultorio?

—Apenas comienzo —dijo Esteban—, hay poco trabajo, pero espero lograr algo.

—Su compañero, la noche en que me lo presentó, me dijo que usted es un hombre de muchos merecimientos.

—Tengo ganas de hacer algo en la vida.

Diez minutos después el cupé se detenía a la puerta de una casa de la calle del Labrantío. Se bajaron del vehículo y subieron a la vivienda. Meneses mostró a Esteban su gabinete de trabajo, donde había dos grandes estantes de libros.

—Es mi familia —dijo el diputado mostrando los libros—. Historia, filosofía, poesía... Y algunos libros de política. Aquí estudio y trabajo. Cuando venga, es aquí donde lo recibiré.

Esteban prometió volver al día siguiente, y descendió de nuevo para subirse al cupé que lo esperaba para llevarlo a la calle de la Misericordia. Al entrar a su casa, pensó:

“¿Dónde está la misantropía de ese hombre? Las maneras de un misántropo son más rudas que las suyas; a menos que, más feliz que Diógenes, encontrara en mí al hombre que buscaba.”

## CAPÍTULO II

Esteban era el prototipo del muchacho serio. Tenía talento, ambición y ganas de saber, tres armas poderosas en las manos de un hombre que sabe lo que quiere. Desde los diecisiete años su vida fue un estudio constante, esmerado y profundo. Destinado a la carrera médica, Esteban entró en la academia un poco forzado; no quería desobedecer al padre. Su vocación era completamente para las matemáticas. “¿Qué importa?”, se dijo al saber de la resolución paterna; estudiaría medicina y matemáticas. Efectivamente tuvo tiempo para una y otra cosa; tuvo tiempo incluso para estudiar literatura, y las principales obras de la antigüedad y contemporáneas le eran tan familiares como los tratados de operaciones y de higiene.

Para estudiar tanto le fue necesario sacrificar una parte de la salud. A los veinticuatro años Esteban había adquirido

una delgadez que no era la de los dieciséis; tenía la tez pálida, la cabeza le caía un poco al frente por el largo hábito de la lectura. Pero esos vestigios de una larga aplicación intelectual no le alteraron la regularidad y la armonía de las facciones, ni los ojos perdieron en los libros el brillo ni la expresión. Era además naturalmente elegante, no digo arreglado, que es cosa diferente: elegante en las maneras, en la actitud, en la sonrisa, en el traje, todo mezclado con una cierta severidad que era el cuño de su carácter. Se le podían notar muchas infracciones al código de la moda, pero nadie podría decir que faltase nunca a las buenas reglas del *gentleman*.

Había perdido a sus padres a los veinte años, pero le había quedado bastante juicio para continuar solo el viaje del mundo. El estudio le sirvió de refugio y de soporte. No sabía nada de lo que era el amor. Se había ocupado tanto de su cabeza que había olvidado que tenía un corazón dentro del pecho. No se infiera aquí que Esteban fuera puramente un positivista. Por el contrario, su alma poseía plenamente la gracia y la fuerza de dos alas que la naturaleza le había dado. No raras veces rompían con la cárcel de la carne para ir a correr los espacios del cielo en busca de no sé qué ideal mal definido, oscuro, incierto. Cuando regresaba de ese éxtasis, Esteban se curaba de ellos enterrándose en los volúmenes en busca de una verdad científica. Newton era el antídoto de Goethe.

Esteban, además, tenía ideas singulares. Había un sacerdote amigo suyo, muchacho de treinta años de la escuela de Fénelon, que entraba con Telémaco en la isla de Calipso. Muchas veces este padre le repetía a Esteban que sólo una cosa le faltaba para ser completo: casarse.

—Cuando tengas —le decía— una mujer amada y amante junto a ti, serás un hombre feliz y completo. Dividirás entonces el tiempo entre las dos cosas más elevadas que la naturaleza dio al hombre, la inteligencia y el corazón. Ese día yo mismo quiero casarte...

—Padre Luis —respondía Esteban—, hágame entonces el servicio completo: tráigame la mujer y la bendición.

El padre sonreía al escuchar la respuesta del médico, y como la sonrisa le parecía a Esteban una nueva pregunta, el médico continuaba:

—Si encontrara a una mujer tan completa como la que exijo, le garantizo que me casaría. Me dirá que las obras humanas son imperfectas, y yo no voy a protestárselo, padre Luis, pero en ese caso déjeme caminar solo con mis imperfecciones.

De aquí se originaba siempre una discusión que se animaba y crecía hasta el punto en que Esteban concluía de esta manera:

—Padre Luis, una chiquilla que deja los afeites para ir a aprender de memoria mecánicamente algunos libros mal escogidos; que interrumpe una lección para oír contar una escena de enamoramiento; que en materia de arte sólo conoce los figurines parisienses; que deja los pantalones para entrar en el baile, y que antes de suspirar por un hombre, examina en él la corrección de la corbata y lo apretado de su botín; padre Luis, esta chiquilla puede ser un espléndido ornamento de salón y hasta una fecunda madre de familia, pero nunca será una mujer.

Esta sentencia de Esteban tenía el defecto de ciertas reglas absolutas. Por eso el padre le decía siempre:

—Tienes razón, pero yo no te digo que te cases con la regla. Procura encontrar la excepción y llevarla al altar, donde yo estaré para unirlos.

Tales eran los sentimientos de Esteban en relación con el amor y con la mujer. La naturaleza le dio en parte esos sentimientos; pero en parte los adquirió en los libros. Exigía la percepción intelectual y moral de una Eloísa; y partía de la excepción para establecer una regla. Era intolerante con los errores veniales. No los reconocía como lo que son. No hay error venial, decía, en materia de costumbres y de amor.

A esta rigidez de ánimo había contribuido el espectáculo de la propia familia de Esteban. Hasta los veinte años fue testigo de lo que era la santidad del amor mantenido por la virtud doméstica. Su madre, muerta a los treinta y ocho, amó al marido hasta los últimos días y le sobrevivió pocos meses. Esteban supo que fue ardiente y entusiasta el amor de sus padres en la estación del noviazgo y durante la mañana conyugal. Esto lo sabía por lo que contaba la misma tradición familiar. Pero en la tarde conyugal, que él mismo presenció, vio el amor tranquilo, solícito, confiado, lleno de dedicación y respeto, practicado como un culto; sin repriminaciones ni pesares, y tan profundo como en el primer día. Los padres de Esteban murieron amándose y felices en la tranquila serenidad del deber.

En el ánimo de Esteban, el amor que funda la familia debía ser aquello o no sería nada. Es justo, pero la intolerancia de Esteban comenzaba en su convicción de que, con la suya, había muerto la última familia y se había ido con ella la última tradición del amor. ¿Qué era necesario para derrumbar todo este sistema, por lo demás momentáneo? Una cosa pequeñísima: una sonrisa y dos ojos.

Pero como esos dos ojos no aparecían, Esteban se entregaba la mayor parte del tiempo a sus estudios científicos, empleando las horas libres en algunas distracciones que no lo atrapaban por mucho rato.

Vivía solo. Tenía un esclavo de la misma edad de él, criado en la casa de su padre; más hermano que esclavo en la dedicación y en el afecto. Recibía algunos amigos a quienes visitaba de cuando en cuando, entre los cuales incluimos al joven padre Luis, a quien Esteban llamaba Platón de sotana.

Naturalmente bueno y afectuoso, generoso y caballeresco, sin odios ni rencores, entusiasta por todas las cosas buenas y verdaderas, así era el doctor Esteban Soares a los veinticuatro años de edad.

De su retrato físico ya dijimos alguna cosa. Bastará añadir que tenía una bella cabeza, cubierta de vastos cabellos castaños, dos ojos del mismo color, vivos y observadores; la palidez del rostro hacía realzar el bigote naturalmente ondulado. Era alto y tenía unas manos admirables.

### CAPÍTULO III

Esteban Soares visitó a Meneses al día siguiente.

El diputado lo esperaba y lo recibió como si fuera un viejo amigo. Esteban fijó la hora de la visita, haciendo imposible la presencia de Meneses en la Cámara; pero al diputado no le importó: no fue a la Cámara. Aunque tuvo la delicadeza de no decírselo a Esteban.

Meneses estaba en su despacho cuando el criado le anunció la llegada del médico. Fue a recibirlo a la puerta.

—Puntual como un rey —le dijo alegremente.

—Era mi deber. Le demuestro que no me olvidé.

—Y se lo agradezco.

Se sentaron los dos.

—Se lo agradezco porque supuse que me podía haber comprendido mal; y que los impulsos de mi simpatía pudieran no merecer de su parte ninguna consideración...

Esteban iba a protestar.

—Perdón —continuó Meneses—, veo bien que me equivoqué, y es por eso que le agradezco. Ya no soy un muchacho; tengo cuarenta y siete años; y para su edad las relaciones con un hombre como yo ya no tienen valor.

—La vejez, cuando es respetable, debe ser respetada; y amada cuando es amable. Pero usted, Su Excelencia, no es viejo; tiene los cabellos apenas grisáceos: se puede decir que está en la segunda juventud.

—Eso le parece...

—Me parece y es.

—Sea como sea —dijo Meneses—, la verdad es que podemos ser amigos. ¿Cuántos años tiene?

—Veinticuatro.

—Imagínese, podría ser mi hijo. ¿Viven sus padres?

—Murieron hace cuatro años.

—Recuerdo que me dijo que era soltero...

—Es verdad.

—¿De manera que sus cuidados son todos para la ciencia?

—Es mi esposa.

—Sí, su esposa intelectual; pero ésa no basta a un hombre como usted... En fin, eso es con el tiempo. Usted es joven todavía.

Durante este diálogo Esteban contemplaba y observaba a Meneses, en cuyo rostro daba de golpe la luz que entraba por una de las ventanas. Era una cabeza severa, llena de cabellos ya grisáceos que le caían en gracioso desaliño. Tenía los ojos negros y un poco mortecinos; se adivinaba, no obstante, que debían haber sido vivos y ardientes. Las patillas, también grisáceas, eran como las de lord Palmerston, según dicen los grabados. No tenía las arrugas de la vejez; tenía una arruga en la frente, entre las cejas, indicio de la concentración del espíritu y no vestigio del tiempo. La frente era alta, y la quijada y los pómulos un poco salientes. Se evidenciaba que debía haber sido atractivo en tiempos de la primera mocedad; y se notaba ya una vejez imponente y augusta. Sonreía de cuando en cuando; y la sonrisa, aunque aquel rostro no fuera el de un anciano, producía una impresión singular; parecía un rayo de luna en medio de una vieja ruina. Es que la sonrisa era amable, pero no era alegre.

Todo aquel conjunto impresionaba y atraía, Esteban se sentía cada vez más cautivado por aquel hombre, que lo procuraba y le extendía la mano.

La conversación continuó en el tono afectuoso con que había comenzado; la primera entrevista de la amistad es lo opuesto a la primera entrevista de amor; en ésta la mudez

es la gran elocuencia; en aquella se inspira y se gana la confianza por la franca exposición de los sentimientos y de las ideas.

No se habló de política. Esteban aludió de pasada las funciones de Meneses, pero fue un verdadero incidente al que el diputado no prestó atención.

Al final de una hora, Esteban se levantó para salir; debía visitar a un enfermo.

—El motivo es sagrado. Si no, lo retendría.

—Pero volveré otras veces.

—Sin duda alguna, y yo iré a verlo también. Si después de quince días no se aburre... Mire, venga de tarde; venga a cenar de vez en cuando conmigo; después de la Cámara estoy completamente libre.

Esteban salió prometiendo todo.

Volvió, efectivamente, y cenó dos veces con el diputado, quien también visitó a Esteban en casa. Fueron juntos al teatro; se relacionaron íntimamente con las familias conocidas. Al final de un mes eran dos viejos amigos. Se habían observado recíprocamente el carácter y los sentimientos. A Meneses le gustaba ver la seriedad del médico y su buen sentido común; lo estimaba con sus intolerancias, aplaudiéndole la generosa ambición que lo dominaba. Por su parte el médico veía en Meneses un hombre que sabía ligar la austeridad de los años a la amabilidad del caballero, modesto en sus maneras, instruido, sentimental. De la misantropía anunciada no encontró vestigios. Es verdad que en algunas ocasiones Meneses parecía más dispuesto a escuchar que a hablar; y entonces la mirada se le volvía sombría y fija, como si en vez de ver los objetos exteriores, estuviese contemplando su propia conciencia. Pero eran rápidos esos momentos, y Meneses volvía luego a sus modos habituales.

“No es un misántropo —pensaba entonces Esteban—, pero en este hombre hay un drama interno.”



La observación de Esteban adquirió cierto carácter de verosimilitud cuando, una noche en que se encontraban en el Teatro Lírico, Esteban llamó la atención de Meneses hacia una mujer vestida de negro que se hallaba en un palco de la primera sección.

—No conozco a aquella mujer —dijo Esteban—. ¿Sabe quién es?

Meneses miró hacia el palco indicado, contempló a la mujer por algunos instantes y respondió:

—No la conozco.

Ahí quedó la conversación; pero el médico advirtió que la mujer miró dos veces hacia Meneses, y éste dos veces hacia ella, encontrándose los ojos de ambos.

Al fin del espectáculo los dos amigos se dirigieron al corredor del lado donde estaba la mujer de negro. Esteban tuvo una nueva curiosidad, la curiosidad del artista: quiso verla de cerca. Pero la puerta del palco estaba cerrada. ¿Habría salido ya o no? Era imposible saberlo. Meneses pasó sin mirar. Al llegar al descanso de la escalera que da hacia la calle de los Gitanos se detuvieron por la gran afluencia de gente. Casi inmediatamente se escucharon pasos apresurados; Meneses volvió el rostro y dando el brazo a Esteban bajó rápidamente, a pesar de la dificultad.

Esteban comprendió, pero no vio nada.

Por su parte, Meneses no dio ningún indicio.

Apenas se desembarazaron de la multitud, el diputado inició una alegre conversación con el médico.

—¿Qué efecto le produce —preguntó— cuando pasa en medio de tantas damas elegantes, aquella confusión de sedas y perfumes?

Esteban respondió distraídamente y Meneses continuó la conversación en el mismo estilo; cinco minutos después la aventura del teatro se le había esfumado de la memoria.

## CAPÍTULO IV

Un día Esteban Soares fue invitado a un baile en casa de un viejo amigo de su padre.

La concurrencia era elegante y numerosa. Aunque había vivido muy apartado, encontró ahí gran número de conocidas. No bailó: vio, conversó, rió un poco y salió.

Pero si al entrar llevaba el corazón libre, al salir traía en él una flecha, para hablar en el lenguaje de los poetas de la Arcadia; era la flecha del amor.

¿Del amor? A decir verdad, no se puede dar este nombre al sentimiento experimentado por Esteban. No era amor aún, más bien podía llegar a serlo. En ese momento era un sentimiento de fascinación dulce y blanda: una de las asistentes a la fiesta produjo en él la impresión que las hadas producen en los príncipes errantes o en las princesas perseguidas, según rezan los cuentos de las viejas.

La mujer en cuestión no era una virgen; era una viuda de treinta y cuatro años, bella como el día, graciosa y tierna. Esteban la veía por primera vez; por lo menos no recordaba sus facciones. Conversó con ella durante media hora, y tan encantado quedó con las maneras, la voz, la belleza de Magdalena, que al llegar a casa no pudo dormir.

Como verdadero médico que era, sentía en sí mismo los síntomas de esa hipertrofia del corazón que se llama amor y procuró combatir la enfermedad naciente. Leyó algunas páginas de matemáticas; esto es, las recorrió con los ojos, porque apenas comenzaba a leer el espíritu se alejaba del libro donde solamente permanecía la mirada: el espíritu iba a encontrarse con la viuda.

El cansancio fue más feliz que Euclides: sobre la madrugada Esteban Soares se quedó dormido.

Pero soñó con la viuda.

Soñó que la apretaba entre sus brazos, que la cubría de besos, que era su esposo ante la iglesia y ante de la sociedad.

Cuando despertó y se acordó del sueño, Esteban sonrió.

—¡Casarme! —exclamó—. Era lo que me faltaba. ¿Cómo podría yo ser feliz con el espíritu receloso y ambicioso que la naturaleza me dio? Acabemos con esto; nunca más veré a aquella mujer... Y a otra cosa.

Comenzó a vestirse.

Le trajeron el almuerzo. Esteban comió rápidamente, porque era tarde, y salió a visitar a algunos enfermos.

Pero al pasar por la calle del Conde se acordó que Magdalena le había dicho que vivía ahí, ¿pero dónde? La viuda le había dicho el número. El médico, no obstante, estaba tan embebido en escucharla hablar que no lo guardó en la memoria.

Quería y no quería. Se proponía olvidarla y con todo, en aquel momento, habría dado todo por saber el número de la casa.

Como nadie podía decirle, el muchacho tomó la decisión de alejarse de ahí.

Al día siguiente, sin embargo, tuvo el cuidado de pasar dos veces por la calle del Conde a ver si descubría a la encantadora viuda. No descubrió nada; pero cuando iba a tomar un tíburi para regresar, encontró al amigo de su padre en cuya casa había conocido a Magdalena.

Esteban ya había pensado en él; pero inmediatamente eliminó ese pensamiento, porque preguntarle dónde vivía la viuda era una cosa que podía traicionarlo.

Esteban ya usaba el verbo *traicionar*.

El hombre en cuestión, después de saludar al médico y cambiar con él algunas palabras, le dijo que iba a la casa de Magdalena, y se despidió.

Esteban se estremeció de satisfacción.

Acompañó de lejos al amigo y lo vio entrar en una casa.

“Es ahí”, pensó.

Y se apartó rápidamente.

Cuando volvió a su casa encontró una carta para él; la letra, que le era desconocida, estaba trazada con elegancia y cuidado: la carta olía intensamente a sándalo.

El médico rompió el lacre. La carta decía así:

Mañana se toma el té en mi casa. Si quisiera venir a pasar algunas horas con nosotros nos dará sumo placer.

Magdalena C...

Esteban leyó y releyó el mensaje; tuvo el pensamiento de llevárselo a los labios, pero avergonzado ante sí mismo por una idea que le parecía de debilidad, simplemente olió la nota y la metió en el bolsillo.

Esteban era un poco fatalista.

“Si yo no hubiera ido a aquel baile no habría conocido a esta mujer, no andaría ahora con estas preocupaciones, y habría conjurado una desgracia o una felicidad, porque ambas cosas pueden nacer de este encuentro fortuito. ¿Qué será? Heme aquí en la duda de Hamlet. ¿Debo ir a su casa? La cortesía exige que vaya. Debo ir; pero llevaré una armadura contra todo. Es necesario terminar con estas ideas, y continuar la vida tranquila que he tenido.”

Estaba en esto cuando Meneses entró a su casa. Venía a buscarlo para cenar. Esteban salió con el diputado. En el camino le hizo preguntas curiosas.

Por ejemplo:

—¿Cree usted en el destino, mi amigo? ¿Piensa que hay un dios del bien y un dios del mal en conflicto trabado sobre la vida del hombre?

—El destino es la voluntad —respondía Meneses—, cada hombre hace su destino.

—Pero al final, tenemos presentimientos... A veces adivinamos sucesos en que no tomamos parte; ¿no le parece que es un dios benefactor el que nos los revela?

—Habla como un pagano, yo no creo en nada de eso. Creo que tengo el estómago vacío, y que lo mejor que podemos hacer es cenar aquí mismo en el Hotel de Europa en vez de ir a la calle del Labrantío.

Subieron al Hotel de Europa.

Había varios diputados que conversaban de política y que se unieron a Meneses. Esteban escuchaba y respondía, sin olvidar nunca a la viuda, la carta y el sándalo.

Así pues, se daban contrastes singulares entre la conversación general y el pensamiento de Esteban.

Decía por ejemplo un diputado:

—El gobierno es un armatoste; las provincias no pueden soportarlo más. Los principios están todos olvidados, en mi provincia cesaron a algunos subdelegados por la única razón de que eran mis parientes; mi cuñado, que era director de impuestos, fue echado de su puesto y le dieron el empleo a un vago, pariente lejano de los Valladares. Yo confieso que mañana desobedeceré la oposición.

Esteban miraba al diputado; pero en su interior decía esto: “Efectivamente, Magdalena es bella, es admirablemente bella. Tiene unos ojos que matan. Los cabellos son lindísimos: todo en ella es fascinante. Si pudiese ser mi mujer, yo sería feliz. Pero ¿quién sabe?... A pesar de todo siento que voy a amarla. Ya es irresistible; es necesario amarla; ¿y ella? ¿Qué quiere decir aquella invitación? ¿Me amaré?”

Esteban estaba tan embebecido en esta contemplación ideal que, cuando un diputado le preguntó si no encontraba la situación negra y escabrosa, Esteban, entregado a su pensamiento respondió:

—¡Es lindísima!

—¡Ah! —dijo el diputado—, veo que el señor es ministerialista.

Esteban sonrió, pero Meneses frunció las cejas.

Había entendido todo.

## CAPÍTULO V

Cuando salieron, el diputado dijo al médico:

—Mi amigo, usted es desleal conmigo...

—¿Por qué? —preguntó Esteban medio serio y medio risueño, sin comprender la observación del diputado.

—Sí —continuó Meneses—, usted me esconde un secreto...

—¿Yo?

—Es verdad: un secreto de amor.

—¡Ah!... —exclamó Esteban— ¿Por qué dice eso?

—Me di cuenta hace poco de que mientras los demás conversaban de política usted pensaba en una mujer, y una... lindísima...

Esteban comprendió que estaba descubierto; no lo negó.

—Es verdad, pensaba en una mujer.

—¿Y yo seré el último en saberlo?

—Pero, ¿saber qué? No hay amor, no hay nada. Encontré una mujer que me impresionó y aún ahora me preocupa; pero es bien posible que no pase de esto. Ahí está. Es un capítulo interrumpido; un romance que se queda en la primera página. Yo le digo: ha de serme difícil amar.

—¿Por qué?

—No lo sé. Me cuesta creer en el amor.

Meneses miró fijamente a Esteban, sonrió, movió la cabeza y dijo:

—Mire, deje la desconfianza para los que ya sufrieron las decepciones; usted es joven, no conoce aún nada de ese sentimiento. A su edad nadie es escéptico... Además, si la mujer es bonita, apuesto que dentro de poco me ha de decir lo contrario.

—Puede ser... —respondió Esteban.

Y al mismo tiempo comenzó a pensar en las palabras de Meneses, palabras que comparaba con el episodio del Teatro Lírico.

Mientras tanto, Esteban acudió a la invitación de Magdalena. Se preparó y se perfumó como si fuera a hablar a una novia. ¿Qué saldría de aquel encuentro? ¿Vendría de allá libre o cautivo? ¿Ya sería amado? Esteban no dejó de pensarlo. Aquella invitación le parecía una prueba irrecusable. El médico, entrando en un tílburí, comenzó a formar varios castillos en el aire.

Seguidamente, llegó a la casa.

## CAPÍTULO VI

Magdalena estaba en la sala acompañada de su hijo.

Nadie más.

Eran las nueve y media.

—¿Habré venido demasiado temprano? —preguntó a la dueña de la casa.

—De ninguna manera...

Esteban hizo una reverencia.

Magdalena continuó:

—Si me encuentra sola es porque me enfermé un poco y mandé cancelar a las pocas personas que había invitado.

—Ah, pero yo no recibí...

—Naturalmente. No le mandé decir nada. Era la primera vez que lo convidaba y no quería de modo alguno alejar de casa a un hombre tan distinguido.

Estas palabras de Magdalena no valían cosa alguna, ni aun como disculpa, porque la disculpa era debilísima.

Esteban comprendió de inmediato que había algún motivo oculto.

¿Sería el amor?

Esteban pensó que lo era, y le dolió, porque a pesar de todo había soñado una pasión más reservada y menos precipitada. No quería, aunque le agradase, ser objeto de aquella preferencia; y más que todo se encontraba incomodísimo

delante de una mujer a quien comenzaba a amar, y que tal vez lo amase. ¿Qué le diría? Era la primera vez que el médico se encontraba en tales apuros. Hay toda clase de razones para suponer que en aquel momento Esteban prefería estar a cien leguas de distancia y, a pesar de eso, por lejos que estuviera, pensaría en ella.

Magdalena era sumamente bella, aunque mostraba en el rostro señales de largo sufrimiento. Era alta, llena, su cuello y sus hombros eran bellísimos, magníficos brazos, ojos castaños y grandes, boca hecha para nido de amores.

En aquel momento traía un vestido negro.

El color negro le iba muy bien.

Esteban contemplaba aquella figura con amor y adoración; la escuchaba hablar y se sentía encantado y dominado por un sentimiento que no podía explicar.

Era una mezcla de amor y de recelo.

Magdalena se mostró delicada y solícita. Habló del merecimiento del muchacho y de su naciente reputación, y lo instó para que fuera algunas veces a visitarla.

A las diez treinta se sirvió el té en la sala, Esteban se quedó ahí hasta las once.

Llegando a la calle el médico estaba completamente enamorado. Magdalena lo había atado a su carro, y el pobre muchacho no tenía ganas de romper el yugo.

Caminando a casa iba formando proyectos: se veía casado con ella, amado y amante, causando envidia a todos; y, más que todo, feliz en su interior.

Cuando llegó a casa pensó escribir una carta que mandaría al día siguiente a Meneses. Escribió cinco y rompió todas.

Al final consiguió una simple nota en estos términos:

Amigo mío:

Usted tiene razón; a mi edad se cree; yo creo y amo. Nunca lo pensé; pero es verdad. Amo... ¿Quiere saber a quién? He de presentarlo en casa de ella. Ha de hallarla bonita... ¡Sí que lo es...!



La carta decía muchas cosas más. Sin embargo todo era una glosa del mismo cantar.

Esteban volvió a casa de Magdalena y sus visitas comenzaron a ser regulares y asiduas.

La viuda le dedicaba tantas atenciones, que no era posible dudar del sentimiento que la impulsaba. Por lo menos así lo pensaba Esteban. Se encontraba casi siempre solo con ella y se complacía en escucharla. La intimidad comenzó a establecerse.

Ya en la segunda visita, Esteban le contó de Meneses pidiéndole permiso para presentárselo. La viuda dijo que le daría mucho gusto recibir a sus amigos, pero le pedía aplazar la presentación. Todos los pedidos y todas las razones de Magdalena eran dignas de atención para el médico; no dijo nada más.

Como era natural, al paso que las visitas a la viuda eran más asiduas, las visitas al amigo eran más raras. Meneses no se quejó; comprendió, y se lo dijo al muchacho.

—No se disculpe —agregó el diputado—, es natural; la amistad debe ceder el paso al amor. Lo que yo quiero es que sea feliz.

Un día Esteban le pidió al amigo que le contase el motivo que lo había hecho descreer del amor, y si algún gran infortunio le había sucedido.

—Nada me sucedió —dijo Meneses.

Pero al mismo tiempo, comprendiendo que el médico le merecía toda la confianza y podía no creerle en lo absoluto, le dijo:

—¿Por qué negarlo? Sí, me sucedió un gran infortunio; también amé, pero no encontré en el amor las dulzuras y la dignidad del sentimiento; en fin, es un drama íntimo del que no quiero hablar: olvídelo.

## CAPÍTULO VII

—Cuándo quiere que le presente a mi amigo Meneses...

—decía Esteban una noche a la viuda Magdalena.

—¡Ah!, es verdad, un día de estos. Veo que usted es amigo de él.

—Somos amigos íntimos.

—¿Verdaderos?

—Verdaderos.

Magdalena sonrió; y como estaba jugando con los cabellos del hijo, le dio un beso en la frente.

El niño rio alegremente y abrazó a la madre.

La idea de convertirse en padre honorario del pequeño se presentó en el espíritu de Esteban. Lo contempló, lo llamó, lo acarició y le dio un beso en el mismo lugar en que se habían posado los labios de Magdalena.

Esteban tocaba el piano, y a veces ejecutaba algún trozo de música a pedido de Magdalena.

En esas y en otras distracciones pasaban las horas.

El amor no adelantaba un paso.

Podían ser ambos dos cráteres listos para reventar de lava; pero hasta entonces no daban la menor señal de sí.

Esta situación incomodaba al muchacho, lo intimidaba y lo hacía sufrir; pero cuando pensaba lanzar un ataque decisivo, era exactamente cuando se mostraba más cobarde y amedrentado.

Para él era el primer amor: ni siquiera conocía las palabras propias de ese sentimiento.

Un día decidió escribirle a la viuda.

“Es mejor —pensaba—, una carta es elocuente y tiene la gran ventaja de que se está lejos.”

Entró a su estudio y comenzó una carta.

Gastó en eso una hora; cada frase le tomaba mucho tiempo. Esteban quería evitar la posibilidad de ser clasificado de ingenuo o de liviano. Quería que la carta no respirara

sentimientos frívolos ni malvados; quería revelarse puro, como era.

¿Pero de cuántas cosas no dependen a veces los acontecimientos? Esteban estaba releyendo y enmendando la carta cuando entró a su casa un muchacho que tenía intimidad con él. Se llamaba Oliveira y pasaba por ser el primer *janota* de Río de Janeiro, el primer dandi.

Entró con un rollo de papeles en la mano.

Esteban escondió rápidamente la carta.

—¿Qué hay, Esteban! —dijo el recién llegado—. ¿Estabas escribiendo algún libelo o carta de amor?

—Ni una ni otra cosa —respondió Esteban secamente.

—Te doy una noticia.

—¿Cuál?

—Entré en la literatura.

—¡Ah!

—Es verdad, y te vengo a leer mi primer comedia.

—¡Dios me libre! —dijo Esteban levantándose.

—Tendrás que escuchar, mi amigo. Al menos algunas escenas; ¿o se dará el caso de que no me apoyes en las letras? Anda, al menos dos escenas, ¿sí? Es poca cosa.

Esteban se sentó.

El dramaturgo continuó:

—Tal vez prefieres escuchar mi tragedia titulada *El puñal de Bruto*...

—No, no, prefiero la comedia: es menos sanguinaria, anda, vamos.

Oliveira desplegó el rollo, arregló las hojas, tosió y comenzó a leer lo que sigue, con voz pausada y gangosa:

#### ESCENA UNO

CÉSAR (*Entrando por la derecha*); JOÃO (*por la izquierda*)

CÉSAR:        ¡Cerrada! ¿La señora ya se levantó?

JOÃO:         Ya, sí señor; pero está indispuesta.

CÉSAR: ¿Qué tiene?  
JOÃO: Lo que tiene es que... Está indispuesta.  
CÉSAR: Ya sé (*consigo*): "la misma indisposición de costumbre". (*A João*): ¿Cuál es hoy entonces el remedio?  
JOÃO: ¿El remedio? (*Después de una pausa*) No sé.  
CÉSAR: Está bien, ¡vete!

## ESCENA DOS

CÉSAR, FREITAS (*por la derecha*)  
CÉSAR: Buen día, señor procurador...  
FREITAS: De causas perdidas. Sólo me ocupo de procurar las perdidas. Procurar lo que no se perdió es estupidez. ¿Y mi clienta?  
CÉSAR: Me dijo João que está indispuesta.  
FREITAS: ¿Incluso para Su Excelencia?  
CÉSAR: (*Sentándose*) Inclusive para mí. ¿Por qué me mira de esa manera? ¿Tiene envidia?  
FREITAS: No es envidia, ¡es admiración! Comúnmente nadie corresponde al nombre que recibió en la pila; pero usted, señor César, Dios lo bendiga, no desmiente que lleva un nombre significativo, y trata de ser en las páginas amorosas lo que el otro fue en las batallas campales.  
CÉSAR: ¿Así que también los procuradores dicen cosas de éstas?  
FREITAS: De vez en cuando. (*Yendo a sentarse*) ¿Usted se admira?  
CÉSAR: (*Sacando habanos*) Como no es habitual... ¿Quiere un habano?  
FREITAS: Gracias... Yo tomo rapé (*saca la cajita de rapé*), ¿quiere un poco?  
CÉSAR: Gracias.  
FREITAS: (*Sentándose*) Pues la causa de mi clienta va a las mil maravillas. La parte contraria solicitó aplazamiento de diez días, pero yo voy...

- CÉSAR: Está bien, señor Freitas, le dispenso del resto; ya no me hable con lenguaje jurídico. En resumen, ¿ella gana?
- FREITAS: Está claro. Tratando de probar que...
- CÉSAR: Gana, es lo que importa.
- FREITAS: ¡Pudiera no ganar! Si yo no anduviera en esto...
- CÉSAR: ¡Tanto mejor!
- FREITAS: Aún no me acuerdo de haber perdido una sola causa: esto es, ya perdí una, pero fue porque en las vísperas de ganar me dijo mi cliente que deseaba perderla. Dicho y hecho. Probé lo contrario de lo que había probado, y perdí... O mejor dicho, gané, porque perder así es ganar.
- CÉSAR: Es el fénix de los abogados.
- FREITAS: *(Modestamente)* Son sus buenos ojos...
- CÉSAR: ¿Pero la conciencia?
- FREITAS: ¿Quién es la conciencia?
- CÉSAR: ¿La conciencia?, su conciencia.
- FREITAS: ¿Mi conciencia? ¡Ah!, ésa también gana.
- CÉSAR: *(Levantándose)* ¡Ah!, ¿también?
- FREITAS: *(Lo mismo)* ¿Tiene usted alguna demandita por ahí?
- CÉSAR: No, no, no tengo; pero cuando tenga, esté tranquilo, voy a tocar a su puerta...
- FREITAS: Siempre a las órdenes de Su Señoría.

## CAPÍTULO VIII

Esteban interrumpió violentamente la lectura, lo que disgustó bastante al novel poeta. El pobre candidato a las musas mal pudo balbucear una súplica; Esteban se mostró sordo, y lo más que le concedió fue quedarse con la comedia para leerla después.

Oliveira se contentó con eso; pero no se retiró sin recitarle de memoria un parlamento del protagonista de la

tragedia, en versos rígidos y extensos, dándole de ribete la estrofa de una poesía lírica, al estilo de *Les Djinns* de Victor Hugo.

Finalmente salió.

Mientras tanto había pasado el tiempo.

Esteban releyó la carta y quiso aún mandarla; pero la interrupción del poeta había sido provechosa; releiendo la carta, Esteban la encontró fría y nula; el lenguaje era ardiente pero no le correspondía al fuego del corazón.

—Es inútil —dijo rasgando la carta en mil pedazos—. La lengua humana ha de ser siempre impotente para expresar ciertos afectos del alma; todo aquello es frío y diferente a lo que siento. Estoy condenado a no decir nada o a decirlo mal. Al lado de ella no tengo fuerzas, me siento débil...

Esteban se paró delante de una de las ventanas que daba hacia la calle. En ese momento pasó uno de sus antiguos colegas con una mujer del brazo; la mujer, bonita, era con quien se había casado un mes antes.

Los dos iban alegres y felices.

Esteban contempló aquel cuadro con adoración y tristeza. El casamiento ya no era para él aquel imposible del que hablaba cuando apenas tenía ideas y no sentimientos. Ahora era una aventura realizable.

La pareja que había pasado le dió nuevas fuerzas.

—Es necesario acabar con esto —dijo—; yo no puedo dejar de ir con aquella mujer y decirle que la amo, que la adoro, que deseo ser su marido. Ella me amará, si no es que ya me ama: sí, me ama...

Y comenzó a vestirse.

Cuando se había calzado en los guantes y lanzado una mirada hacia el reloj, el criado le trajo una carta.

Era de Magdalena.

Espero, mi querido doctor, que no deje de venir hoy; ayer lo esperé en vano. Deseo hablarle.

Esteban acabó de leer la nota en la escalera, bajaba con prisa, pues tenía urgencia de encontrarse en casa de la viuda.

Lo que no quería era perder aquel asomo de valor.

Partió.

Cuando llegó a la casa de Magdalena, ella se encontraba en la ventana. Lo recibió con la acostumbrada afabilidad. Esteban se disculpó como pudo por no haber podido ir en la víspera, añadiendo que sólo con gran disgusto de su corazón había faltado.

¿Qué mejor ocasión que esa para lanzar la bomba de una declaración franca y apasionada? Esteban dudó algunos segundos; pero tomando ánimo, iba a continuar la frase, cuando la viuda le dijo:

—Estaba ansiosa por verlo para comunicarle una cosa de cierta importancia, y que sólo a un hombre de honor, como usted, se puede confiar.

Esteban palideció.

—¿Sabe dónde lo vi por primera vez?

—En el baile de...

—No; fue antes de eso; fue en el Teatro Lírico.

—¡Ah!

—Allá lo vi con su amigo Meneses.

—Fuimos ahí algunas veces.

Magdalena entró entonces en una larga exposición que el muchacho escuchó sin pestañear, pero pálido y agitado por conmociones íntimas. Las últimas palabras de la viuda fueron éstas:

—Bien ve usted; cosas de éstas sólo un alma grande puede escucharlas. Las pequeñas no las comprenden. Si le merezco alguna cosa, y si esta confianza puede ser pagada con un beneficio, le pido que haga lo que le pedí.

El médico pasó la mano por los ojos y apenas murmuró:

—Pero...

En este momento entraba en la sala el hijito de Magdalena. La viuda se levantó y lo trajo de la mano hasta el lugar donde se encontraba Esteban Soares.

—Si no por mí —dijo—, ¡al menos por este niño inocente!

El niño, sin comprender nada, se tiró a los brazos de Esteban. El muchacho le dio un beso en la frente, y le dijo a la viuda:

—Si vacilé no fue porque dudase de lo que me acaba de contar; fue porque la misión es espinosa; pero prometo que he de cumplirla.

## CAPÍTULO IX

Esteban salió de la casa de la viuda agitado por diversos sentimientos, con el paso trémulo y la vista turbada. La conversación había representado un largo combate; la última promesa fue un golpe decisivo y mortal. Esteban salía de ahí como un hombre que acababa de matar sus esperanzas en flor; caminaba al azar, necesitaba aire y quería meterse en un cuarto sombrío; quería al mismo tiempo estar solo que en medio de una inmensa multitud.

En el camino encontró a Oliveira, el novel poeta.

Recordó que la lectura de la comedia había impedido el envío de la carta, y por lo tanto le había ahorrado un tristísimo desengaño.

Involuntariamente abrazó al poeta con toda la efusión del alma.

Oliveira correspondió al abrazo, y cuando pudo separarse del médico le dijo:

—Gracias amigo mío, estas manifestaciones son muy honrosas para mí; siempre te tuve por un magnífico juez literario, y la prueba que acabas de darme es un consuelo y un impulso; me consuela de lo que he sufrido, me impulsa a emprender nuevas cosas. Si Torquato Tasso...



Ante la amenaza del discurso y viendo, sobre todo, la interpretación que se le había dado a su abrazo, Esteban decidió continuar su camino abandonando al poeta.

—Adiós, tengo prisa.

—Adiós, ¡gracias!

Esteban llegó a casa y se tiró en la cama. Nadie lo supo nunca, sólo las paredes del cuarto fueron testigo de las amargas lágrimas que lloró.

¿Pero que le había dicho Magdalena y que había exigido de él?

La viuda no era viuda; era la mujer de Meneses. Había venido del Norte meses antes que el marido, quien sólo vino como diputado. Meneses, que la amaba locamente y era amado con igual delirio, la acusaba de infidelidad: una carta y un retrato eran los indicios. Ella lo negó, pero se explicó mal. El marido se separó y la mandó a Río de Janeiro.

Magdalena aceptó la situación con resignación y valor: no murmuró ni suplicó; cumplió la orden del esposo.

Sin embargo no había cometido ningún delito; su delito lo era sólo en apariencia; la habían condenado por mantenerse fiel a su palabra. La carta y el retrato no le pertenecían; eran solamente un depósito imprudente y fatal. Magdalena podía decir todo, pero era traicionar una promesa. No quiso. Prefirió que la tempestad doméstica cayera únicamente sobre ella.

Ahora, sin embargo, la necesidad del secreto había expirado: recibió del Norte una carta en que la amiga, en el lecho de muerte, le pedía que inutilizase la carta y el retrato, o los restituyese al hombre que se los había dado. Esta carta era una justificación.

Magdalena podía mandar la carta al marido, o pedirle una entrevista; pero dudaba de todo. Sabía que sería inútil, porque Meneses era extremadamente severo.

Había visto al médico una noche en el teatro en compañía de su marido; había indagado y supo que eran amigos; le pedía pues que fuera mediador entre los dos, que la salvase, que reconstruyese una familia.

No era entonces solamente el amor de Esteban el que sufría; era también su amor propio. Comprendió rápidamente que no había sido atraído a aquella casa para otra cosa. Es verdad que la carta había llegado apenas la víspera, pero también que sólo venía a apresurar la decisión de Magdalena quien, era evidente, en algún momento le pediría, aun sin que hubiera carta ninguna, algún servicio similar al que ahora le pedía.

Si se tratara de cualquier otro hombre, Esteban rehusaría el servicio que le pedía la viuda; pero se trataba de su amigo, de un hombre a quien le debía estima y servicios de amistad.

Aceptó, pues, la cruel misión.

—Cúmplase el destino —dijo—, he de ir a lanzar a la mujer que amo a los brazos de otro; y para desgracia mayor, en vez de gozar con este restablecimiento de concordia doméstica, me veo en la dura situación de amar a la mujer de mi amigo. Esto es, tendré que huir lejos...

Esteban no salió más de casa ese día.

Quiso escribir al diputado contándole todo; pero pensó que lo mejor era hablarle de viva voz. Aunque le costase más, sería de mayor efecto para el desempeño de su promesa.

Atrasó, no obstante, para el día siguiente el encuentro; o para el mismo día, en realidad, porque la noche transcurrió sin interrumpir el tiempo, puesto que Esteban no durmió un minuto siquiera.

## CAPÍTULO X

Se levantó de la cama el pobre enamorado sin haber podido dormir. Venía naciendo el sol.

Quiso leer los diarios y los pidió.

Ya los iba dejando a un lado, puesto que había terminado de leer, cuando repentinamente vio su nombre impreso en el *Journal do Commercio*.

Era una inserción pagada con el título de “Una ópera prima”.  
Decía el artículo:

Tenemos el placer de anunciar al país la próxima aparición de una excelente comedia, estreno de un joven literato fluminense de nombre Antonio Carlos de Oliveira. Este vigoroso talento, por mucho tiempo incógnito, va por fin a entrar en el mar de las publicaciones y para eso buscó de inmediato probarse con una obra de cierto peso.

Nos consta que el autor, solicitado por sus numerosos amigos, leyó hace días la comedia en casa del señor doctor Esteban Soares, frente a un selecto auditorio que lo aplaudió mucho y profetizó en el señor Oliveira un futuro Shakespeare.

El señor doctor Esteban Soares llevó su amabilidad al punto de pedirle la comedia para leerla por segunda vez, y ayer al encontrarse en la calle con el señor Oliveira, de tanto entusiasmo venía poseído, que lo abrazó estrechamente ante el pasmo de los numerosos transeúntes. De parte de un juez tan competente en materias literarias, ese acto es honroso para el señor Oliveira.

Estamos ansiosos por leer la pieza del señor Oliveira y estamos seguros de que la obra hará fortuna en cualquier teatro.

El Amigo de las Letras.

Esteban, a pesar de los sentimientos que lo agitaban entonces, se enfureció con el artículo que acababa de leer. No había duda de que el autor era el mismo de la comedia.

El abrazo de la víspera había sido mal interpretado, y el poetastro lo aprovechaba a su favor. Si al menos no hablara en nombre de Esteban podría disculpar la vanidad del escritor. Pero su nombre estaba ahí como cómplice de la obra.

Poniendo de lado el *Jornal do Commercio*, Esteban tuvo la idea de protestar, e iba ya a escribir un artículo cuando recibió una cartita de Oliveira.

Decía en la carta:

Esteban mío.

Se le ocurrió a un amigo mío escribir algo a propósito de mi pieza. Le expliqué cómo se dio la lectura en tu casa, y le dije cómo es que a pesar del vivo deseo que tenías de escuchar la lectura me interrumpiste para ir a cuidar de un enfermo. A pesar de todo esto, mi referido amigo le contó hoy al *Jornal do Commercio* la historia, alterando un poco la verdad. Discúlpalo; es el lenguaje de la amistad y de la benevolencia.

Ayer entré a casa tan orgulloso con tu abrazo que escribí una oda, y así se manifestó en mí la vena lírica, después de la cómica y de la trágica. Ahí te mando el borrador; si no te interesa, rómpelo.

La carta tenía, por equivocación, la fecha de la víspera.

La oda era muy larga; Esteban ni la leyó, la tiró en un rincón.

La oda comenzaba así:

Sal de tu monte, ¡oh, musa!  
Ven a inspirar la lira del poeta;  
Llena de luz mi frente osada,  
Y mandemos a los evos,  
En las alas de una estrofa ingente y altísima,  
Del caro amigo, el animador abrazo,  
¡No canto los altos hechos  
De Aquiles, no traduzco los sonidos tremendos  
De redobles marciales llenando los campos!  
Otro asunto me inspira.  
No canto la espada que da muerte y campa;  
¡Canto el abrazo que da vida y gloria!

## CAPÍTULO XI

Como había prometido, Esteban fue de inmediato a buscar al diputado Meneses. En vez de ir directamente al asunto, quiso antes sondearlo respecto de su pasado. Era la primera vez que el muchacho tocaba el tema. Meneses no desconfió, pero le extrañó, aunque tenía tanta confianza en su amigo que no rehusó responderle nada.

—Siempre imaginé —le dijo Esteban— que en su vida hay un drama. Tal vez me equivoco, pero la verdad es que no puedo dejar de creerlo así.

—Hay, en efecto, un drama. Pero un drama censurado. No sonría; es así. ¿Qué supone entonces?

—No supongo nada. Imagino que...

—¿Pide dramas a un hombre político?

—¿Por qué no?

—Yo le digo. Soy político y no soy. No entré en la vida pública por vocación; entré como se entra en una sepultura: para dormir mejor. ¿Por qué lo hice? La razón es el infortunio del que me habla.

—Una mujer, tal vez...

—Sí, una mujer.

—Tal vez, incluso —dijo Esteban procurando sonreír—, tal vez una esposa.

Meneses se estremeció y miró al amigo, sorprendido y desconfiado.

—¿Quién lo dice?

—Pregunto.

—Una esposa, sí; pero no le diré nada más. Es la primera persona que escucha tantas cosas de mí. Dejemos el pasado que murió: *Parce sepultis*.

—De acuerdo —dijo Esteban—, y si yo perteneciera a una secta filosófica que pretende resucitar a los muertos, incluso cuando pertenecen al pasado...

—Sus palabras, o quieren decir mucho, o nada. ¿Cuál es su intención?

—Mi intención no es resucitar el pasado únicamente, es repararlo, es restaurarlo en todo su esplendor, con toda la legitimidad de su derecho; mi fin es decirle, mi querido amigo, que la mujer condenada es una mujer inocente.

Al escuchar estas palabras, Meneses dio un pequeño grito.

Después, levantándose con rapidez pidió a Esteban que le dijera lo que sabía y cómo lo sabía.

Esteban refirió todo.

Cuando concluyó su narración, el diputado movió la cabeza con aquel último síntoma de incredulidad que es aún un eco de las grandes catástrofes domésticas.

Pero Esteban iba armado contra las objeciones del marido. Protestó enérgicamente en defensa de la mujer. Lo instó al cumplimiento del deber.

Ésta fue la última respuesta de Meneses:

—Mi querido Esteban, la mujer del César no debe ser motivo de sospecha. Creo en todo; pero lo que está hecho, está hecho.

—La sentencia es cruel, amigo mío.

—Es fatal.

Esteban salió.

A solas, Meneses cayó en una profunda meditación. Creía en todo, amaba a su mujer; pero no creía que los hermosos días pudieran volver.

Negarse, pensaba, era quedarse en la tumba donde había tenido un sueño tan blando.

Esteban, no obstante, no se desanimó.

Cuando llegó a su casa, escribió una larga misiva al diputado exhortándolo a que restaurara a la familia, separada y desecha en un instante. Esteban era elocuente; el corazón de Meneses se contentaba con poco.

En resumen, en esta misión diplomática el médico se manejó con suprema habilidad. Después de algunos días las nubes del pasado se disiparon, y el matrimonio se reunió.

¿Cómo?

Magdalena supo de las disposiciones de Meneses y recibió el anuncio de una visita de su marido.

Cuando el diputado se preparaba para salir, vinieron a decirle que una señora lo buscaba.

La señora era Magdalena.

Meneses no quiso abrazarla; se arrodilló a sus pies.

Todo estaba olvidado.

Quisieron celebrar la reconciliación, y Esteban fue invitado a pasar el día en compañía de los amigos que le debían la felicidad.

Esteban no fue.

Pero al día siguiente, Meneses recibió esta nota:

Disculpe, amigo mío, si no voy a despedirme personalmente. Estoy obligado a partir repentinamente a Minas. Volveré de aquí a algunos meses.

Sé que serán felices y espero que no se olviden de mí.

Meneses fue apresuradamente a la casa de Esteban, y aún lo encontró preparando las maletas. Le pareció extraño el viaje, y más extraño el recado, pero el médico no dio el menor indicio del verdadero motivo de su partida.

Cuando Meneses volvió le comunicó a su mujer sus impresiones, preguntándole si ella comprendía aquello.

—No —respondió Magdalena.

Pero había comprendido todo al fin.

“¡Alma noble!” se dijo.

Nada le dijo al marido. En eso se mostraba solícita esposa cuidando la tranquilidad conyugal; pero se mostraba, sobre todo, mujer.

Meneses no fue la Cámara durante muchos días, y en la primera oportunidad volvió al Norte.

Su ausencia trastornó algunas votaciones, y su partida causó muchas especulaciones.

Pero un hombre tiene derecho de buscar su felicidad, y la felicidad de Meneses nada tenía que ver con la política.



## ÍNDICE

PRÓLOGO	9
<i>MISS DOLLAR</i>	15
LUIS SOARES	45
EL SECRETO DE AUGUSTA	71
FRAY SIMÓN	103
TEORÍA DEL MEDALLÓN	113
LA SANDALIA TURCA	123
LA MUJER DE NEGRO	135



*Primeros cuentos*, de Joaquim Maria Machado de Assis, traducido por Eduardo Langagne, de la Serie Rayuela de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 8 de septiembre de 2017 en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V., Calle 5 de Febrero 2309, Col. San Jerónimo Chicahualco, C.P. 52170, Metepec, Estado de México. Se tiraron 1000 ejemplares en papel cultural de 90 g. La composición se realizó en tipo Veljovic Book de 11/13. Impresión en offset. La edición estuvo al cuidado de Martha Santos. La lectura de pruebas fue de Jorge Pérez.

